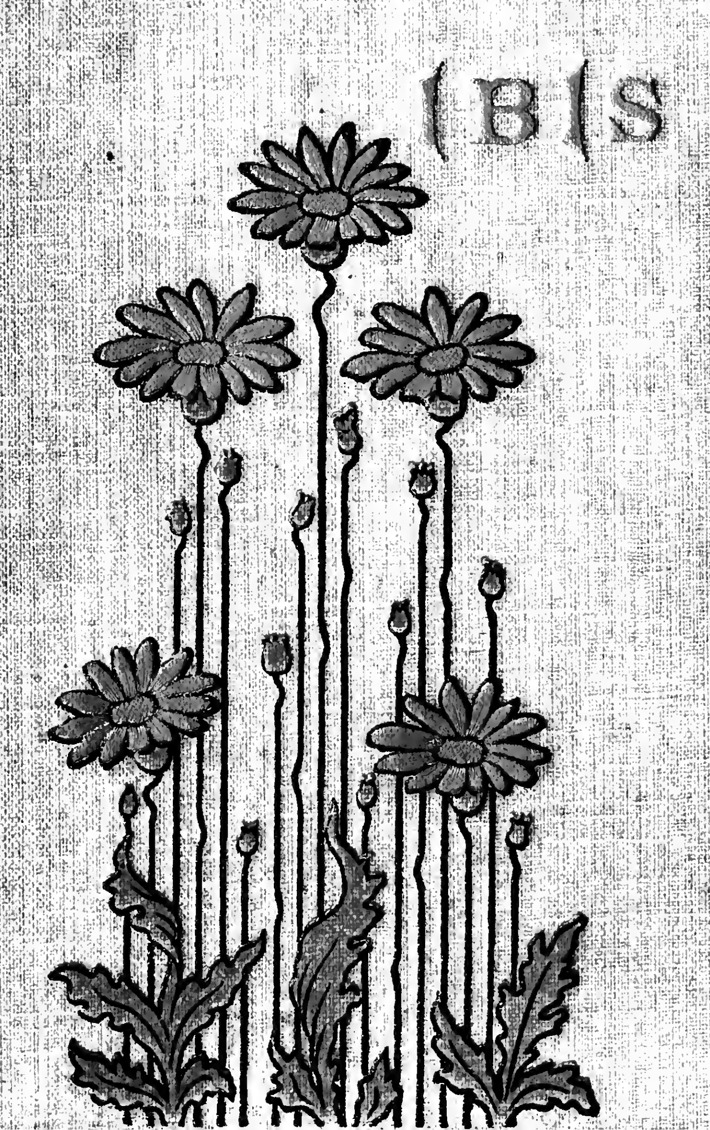
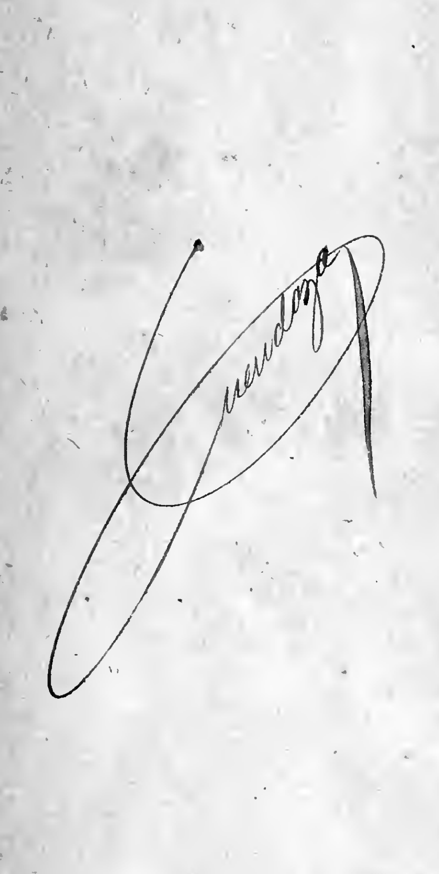
J. M. VARGAS VILA

IBIS





IBIS

J. M. VARGAS VILA

IBIS

On trouve une femme qu'on ne peut plus quitter dès qu'on l'a possédée, et qu'on veut toujours et qu'on veut encore..... C'est la fleur de sa chair qui donne ce mal inguérissable d'aimer.

LIBRERÍA AMERICANA

1917

A

ALBERTO SMITH

HOMENAJE DE ALTO APRECIO

EL AUTOR

En Roma, Enero de 1900.

ISAGOGE

I

cercando il bello...

El Arte es la expresión sensible de lo bello.

Lo bello es la materialización del sueño; lo irreal hecho tangible; el Ideal tomando forma, ya en la armonía del color, ya en la perfección de la línea, ya en la euritmia lucidora y vibrante del estilo.

Y es también del Ideal lo subjetivo y rítmico; lo que se adivina y se revela en el limbo de la visión; la evocación del Silencio y del Ensueño; el soplo del Misterio: el *Símbolo.*

Es la encarnación de Venus la divina en la desnudez casta y tumularia de la piedra, irguiéndose como un lis de belleza, — mágica flor del Placer, — entre

el humo del incienso, y el vuelo de idálicas palomas, en el misterio de su Altar, en Milos.

Es Campespes desnudada por Alejandro ante el pincel de Apeles, inmortalizada por el Genio, consagrada á la posteridad, así, desnuda como una perla, en la nobleza de sus líneas, en la sinfonía de sus proporciones, en el himno triunfal de su belleza de holocausto.

Son las beatitudes sagradas, el Éxtasis fecundo y triste de los predestinados de la Vida.

Son los poemas inmortales del Lienzo, del Mármol y del Verbo.

Son las corzas fugitivas que en los vasos de Pergamo rompen el líquen sagrado en los campos de Asfodelos.

Son la Amadriada que respira rosas en el friso del Templo de Arthemis Leucophirne, y las vírgenes difuntas que inmortalizó el dolor en el mármol policromo de sarcófagos fenicios.

Y las intallas negras, como hechas por titanes cíclopes, de donde emergen como de un sueño ancestral, cabezas extrañas de Emperatrices diademadas; los tetradracmas arcaicos de Abderé de Thrasea; los dijes monetiformes de orfebrería bizantina; las ánforas áticas de Caeré que parecen hechas por la lira divina de Theocrito; los vasos de Tharso; las estatuas diminutas de Myrena; los hipocéfalos mágicos de Agnon.....

Son la intensa voluptuosidad de un cuadro de Albani y la infinita melancolía, la misteriosa lonta-

nanza, la grandeza desolada de una marina de Backluissen.

Son los tonos glaucos y tristes de una llanura de Otoño, la floración de sueños de un cuadro de Poussino.

Son los cuerpos desmaterializados, los ojos de éxtasis, las desnudeces gráciles de la vírgenes videntes de Botticelli.

Y la belleza etérea, cuasi astral, de blancuras de hostia y de azucena, de lineamientos mágicos que esboza como un sueño de mármol Donatello.

Son las praderas bíblicas, las doncellas núbiles, las viñas sagradas de Mulet.

Son : un verso de Virgilio, una sinfonía de Betowen, un Poema de Mistral.

Es todo eso que pasa por el alma, en onda de secretas vibraciones, como hálito de bosques muy remotos, palabras de un idioma ya olvidado.....

Son las aves de Idalia tan lejana!....

Las aves del país de la Belleza.

El Arte en la antigüedad pagana era una religión : el culto de lo bello.

Era un culto hosco y fanático.

La Belleza era inmutable é impecable en las líneas severas de sus formas. Su rostro olímpico, sus músculos divinos, no se contraían al contacto de la vida.

Ella, como el deseo de Baudelaire : odiaba el movi-

miento que desperfecciona las líneas, y no lloraba nunca, no reía jamas.....

Era hija de dioses, y, como su madre la Divinidad, era impasible.

Timanto, en el *Sacrificio de Ifigenia*, comprendiendo que la emoción del dolor desperfecciona los lineamientos del rostro, puso un velo sobre la cabeza de Agamenón.

El *Hércules Sufriente*, obra de un pintor desconocido, y el *Philoctetes* de Phitágoras de Leontium, representan el dolor en su expresión más violenta, y, sin embargo, sus autores supieron velar con un tacto exquisito de Artistas, con una delicadeza infinita, para que lo violento, lo odioso del dolor, no apareciese en el fondo de sus cuadros.

Timoniano, en su *Ayax* y en su *Medéa*, al avanzar en la tragedia, se detuvo en la linde del horror, y pintó la Maga asesina, en la irresolución precursora del crimen, no en la pavorosa ejecución del crimen mismo; y Ayax, vencido y triste, aparece, no en el furor de la locura, sino en el cansancio de ella, en una como lucidez, soñadora de la muerte.

La Belleza era divina, y atacarla sacrilegio.

La Justicia deslumbrada no se atrevía á condenarla.....

La desnudez radiante de Friné, cegó sus jueces, y la balanza de Astrea se inclinó al lado de la Belleza impecable.

¡ Oh, eran bien los hijos de aquella edad en que los dioses vagaban aún sobre la tierra, y su sombra

augusta protegía la estatua sobre el zócalo sagrado!

No se había aún escrito el verso blasfemador, Evangelio de estos tiempos de Tristeza y de espanto :

Oh, Beauté, dur fléau des âmes, tu le veux!...

Y la Belleza pasaba como en un paisaje elíseo, con luz de inmortalidad, en una visión de canéforas impúberes, de cortesanas de Efeso y de Eleusis en peplos rojos con bordados de oro, bajo el bosque de acantos de Corinto, la radiación de las volutas jónicas, y la plástica policroma de la ciudad de Palas Atenea, en la vibración difusa y opulenta de aquella luz ínica, que aun hoy baña con un azul diáfano su poema de ruinas, y acaricia las osamentas de su grandeza, las faldas del Erectheion, el Partenon sagrado, la explanada del Ágora, las Propileas desiertas, a Colina de las Nymphas, y la tumba de Cimmon.

¡ Oh, Imperio de la Belleza!

Cuando el judío profanador subió al Acrópolis, la barbarie te hirió en el corazón.

Y, cuando el Galileo subió á su Cruz, el culto de la risteza se extendió sobre la tierra.

El Semita bárbaro fundó el Imperio del Dolor. Y ú, hija de dioses, humanizada por piedad, huiste, deando la tierra entregada al culto de la fealdad, á la adoración del patíbulo, de la angustia impudente, de a agonía tétrica, de las carnes martirizadas, de los miembros contorsionados, del dolor hecho Musa, del Betlemita hecho dios.

Shackespeare fué acusado de deforme; Hugo de excesivo.

Estaban fuera del arte : eran sublimes.

Hay los cíclopes y los orfebres; la generación de Polifemo y la de Benvenuto ; el martillo de Encelado y el cincel de Diosdocoro : el Etna y el Taller.

A veces, un cíclope trabaja un dije.

Y se dan libros de pensadores, laborados por mentes de artistas, especies de relicarios, labrados por un Titán, para regalo de una Abadesa noble, de un Convento florentino , en tiempos de Lorenzo el Magnífico.

Hay el grito de Ayax en la sombra silenciosa : lo formidable.

Hay la serenata de Schubert, en la noche misteriosa : lo admirable.

El Dolor y el Amor. Toda la Vida.

II

cercando il vero...

Este no es un libro de Arte: es un libro de Pasión.

No es un libro de Belleza : es un libro de Dolor.

El alma de un libro es la sinceridad. Este es un libro sincero.

La verdad es cauterio y es cicuta. La Vida es fango y es lágrimas.

Mi libro es libro de Verdad y de Vida.

Yo sé de los corazones quemados por ese hierro, y sé de los labios ardidos por ese tósigo.

Yo sé del lodo ungido por las plantas de los peregrinos inconsolables del Ideal ; y sé de los ojos cegados por las lágrimas inagotables del Mal.

Y ese espanto de la Vida ha quedado impreso en mis libros, como el espanto del Dolor en el lienzo de la mujer piadosa, que salió al encuentro del Martirio en la Colina Sagrada

---

¡ Libro soberbio !

¡ Libro desolado !

¡ Libro triste !

Su soberbia no pide ser imitada.

Su tristeza no quiere ser consolada.

Su inmensa desolación no teme ser superada.

Árido como el desierto, amargo como la raíz del lignaloe, áspero como la hoja del cactus.

Así es él.

Libro de análisis : libro estéril para el Ensueño.

No hay en él un solo rincón de sombra á donde abra el sentimiento su pálida floración.

Ardoroso y estéril como un médano. La misma luz es inclemente en él.

Una acuarela siria.

Perspectivas de desierto, rojas y fulgentes; tierras abrasadoras, calcinadas; soledad incendiada; sol de fuego; siluetas de leones nostálgicos; vuelo de buitres carniceros.

Todo alto, todo ardiente, todo triste...

Libro de afirmaciones, no de emociones.

El Amor aparece en él como es siempre en la vida: fatal é irredimible.

La Mujer cruza por la intemperie de esas páginas como pasa siempre por la existencia de los hombres: inconsciente y trágica. Flor de Lascivia y Desventura.

El alma que solloza en este libro desafía con su sinceridad los pudores coligados.

Se presenta á ellos desnuda, profunda y formidable, como el Mar.

Comprender es igualar.

Y el dolor que aquí aparece va hacia las almas capaces de comprenderlo.

Amargo como la vida, desolado como el espanto, hosco como la lucha surge este libro.

Libro blasfemo, libro maldito, libro impío. Así le dirán.

No me inquieto.

Mis libros pertenecen, como yo, á la proscripción. Son flores de batalla y de derrota. Ignoran el sol del

triunfo. Se han abierto en plena noche, en su tristeza opulenta, en espera de la aurora...

¡La *gloria* del presente no me tienta.

La popularidad es una flor de estercolero que mis manos de escritor no se bajan á tocar.

Tengo el alma demasiado altiva para ensayar cualquiera forma de la adulación.

Mi orgullo no sabe corromper al lector con la lisonja.

Así va mi libro, soberbio y solo, hacia el lugar del combate.

No temo ese país del Odio.

Yo he recorrido con mis libros esas llanuras ilimitadas, inclementes, donde bajo la luz borrosa de un sol de Envidia, se extiende el desierto, constelado de extrañas flores trágicas y hostiles...

Hoy, que, como dice Wyzewa, no son ya poemas de Amor, sino ensayos sobre Ibsen, lo que canta el corazón de los adolescentes, hay que escribir libros de conciencia y de agresión, de energía y de lucha, como un regalo salvador para estas generaciones débiles y voluptuosas, indiferentes á la libertad, pasivas y pueriles, obsesionadas por la Fé, vencidas por el Amor, humilladas por la Vida.

Yo sé que esas obras no tienen sino un público exquisito y escaso en América. Público de psicólogos, de Artistas, de escritores, de poetas.

La gran masa queda indiferente. Y permanecen hostiles á ellas los que no quieren comprenderlas.

Esa excepción constituye excelsitud.

Hay que poner entre esos libros y el Éxito el medio siglo que Stendhal puso entre los suyos y su gloria: toda una etapa de la civilización.

Hay que dedicar como Esquilo su obra al: *Tiempo.*

Es el gran reparador.

Tengamos Fé.

Mañana, cuando esta onda de necedad piadosa, que sube al horizonte con el sordo rumor de una marea, haya bajado. Cuando la mediocridad triunfante, que en avalancha tumultuosa inunda el campo de las letras, haya vuelto á su centro natural de tristeza y de olvido, esos libros se alzarán como unos de los pocos, los únicos, acaso, que representaron un *estado de alma* en esta época turbada, llena de las altas angustias del Destino; que lanzaron un grito viril en este silencio ignominioso, en la conflagración del Miedo y de la Envidia; como especímenes de Arte puro y fuerte en esta época de eclipse, en que una coroplastia bárbara suplió al sagrado esplendor de la estatuaria antigua.

Y, entonces, de estos libros se escapará el alma de una época, como el perfume, de una ánfora hallada bajo el pórtico de un Templo. Y el espíritu de una generación y de una escuela se alzarán de ellos, como la esencia del sicomoro de un sarcófago egipcio, con el gesto severo y mutilado de una estatua sacada de las ruinas.

Y las almas que han gritado en esos libros más alto que la bajeza ignominiosa de su tiempo, que han clamado en el desastre pavoroso, en la irremediable decadencia de su época, surgirán del fondo de esos libros, como lises albos del fondo de un vaso de basalto, perfumadas y luminosas, eternamente jóvenes, en su tristeza indómita, admiradas y grandes, cuando yá no quede ni el recuerdo de esta cabalgata del Orgullo, de esta gran parada de la mediocridad triunfal á que asistimos.

En tanto, si el odio amenaza los grandes libros, como al águila á Ganímedes en el cuadro de Rembrand, dejémoslo aletear en el vacío. Su sombra no da la muerte.

El odio es una consagración. Recibámosla.

La bruma se posa sobre las altas cimas.

Las individualidadas poderosas, como las grandes ideas, permanecen así, ocultas á su tiempo por la perpetua tempestad que las rodea, misteriosas y tronantes, cómo una montaña incendiada; perdidas en la niebla, como la línea majestuosa de un continente lejano.

Ve, libro mío. Ve, lucha la batalla de tu Ideal.

Tú no encantarás á los amadores del Ensueño y del Amor. No aumentarás el Éxodo de las almas sensibles al País de la Quimera.

No eres hecho para la adolescencia soñadora.

Son los vencidos del Amor, los dolorosos de la vida, los que han de leerte.

Ojos bellos no se posarán en ti. No eres libro de adoración ni de mentira. En ti no hay himnos. Las deidades no han de amarte. Eres templo sin dioses y sin cultos. Tu soledad austera no cautiva.

No eres bello como una acuarela sugestiva : eres grave como una agua fuerte de Docoriowtz.

No eres tierno como un Poema : eres doloroso como un drama. No serás amado de almas amantes.

Las pocas frases de Amor que en ti murmuran, se ocultan melancólicas, con la palidez de las rosas blancas que tienen frío...

Vete, libro mío. Hay áspides en el desierto : no los temas. No temas á Livor, la Furia triste.

La Verdad es serena, como el mármol.

La lengua de la sierpe no es cincel : lame, no talla. Su mordedura es caricia para el mármol formidable.

Ve, libro mío, cumple tu Destino.

Cada libro, como cada alma, tiene el suyo.

Habeant sua fata libelli.

VARGAS VILA.

Roma..... 1900

IBIS

PRIMERA PARTE

> Le désir délicieux triomphe dans les yeux brillants de la femme et il l'emporte sur la Mort.
>
> SOPHOCLE-ANTIGONE.

Teme al Amor como á la Muerte.

Él es la Muerte misma.

Por él nacemos y por él morimos.

¡Seamos fuertes para vivir sin él!

El Amor es Alfa y Omega: Principio y Fin de la existencia. Es la Maldición.

Es Eva y Jetzabel, Judit y Dalila, Raab y Magdalena.

Es seducción en el Paraíso; destrucción bajo la Tienda; mutilación en el lecho; delación en la muralla; tentación al pie mismo de la Cruz.

Es la paloma de Ascalón, que vuela de Siria al Eufrates, para arrebatar á Nino el trono y la vida en el calor de un beso.

Ama el Placer. No ames el Amor.

Ama á la Mujer, diosa de carne. Ámala por su carne solamente.

Ella es la Sara de Tobías, habitada de los siete espíritus, engendrados por el Deseo.

¡ Virgen fatal! ¡Satisfácelos!

Es la Artarot de Siria; el sueño de la generación siempre en vela. La sangre roja de Adonis circula por sus venas, como en la primavera de Biblos. ¡Vendimia del Placer! Busca su vid.

Es Anaitis, Attis, de Lidia y Frigia : el poderío de la carne. ¡Árbol castigado! Árbol de Myrra y Loth! Busca su sombra.

Es Maa, la de los senos próvidos; Cibeles, la fecunda productora. Es surco del Amor. Siembra tu grano.

Es. Derceto, la diosa pez, henchida del dios Deseo. Un soplo sirio, mórbido, otoñal, se escapa de sus labios. Es la tempestad de la pasión. Plégate al ardor de ese viento líbico.

Es la ardiente sulamita del CANTAR DE LOS CANTARES, obscura como la noche, MÁS TERRIBLE QUE EL ARMA EN LA BATALLA. Toca sus pechos erectos, bebe en su boca el vino del Amor y abandona su lecho en la vendimia, antes que llegue á él el olor de la mandrágora.

Es Mihr — Milita, (Venus — Amor,) Los leones hambrientos de Cibeles rugen en ella. ¡Aplácalos!

Es la hembra á horcajadas sobre Aristóteles; la magia de los siete espíritus grita en su vientre. ¡Pónla en tierra y dómala!

Humilladora de la sabiduría. ¡Humíllala!

LA MUJER ES MÁS AMARGA QUE LA MUERTE, dice Salomón.

Prueba su cicuta y rompe el vaso. No morirás de su hechizo. El vaso roto pierde el poder del encanto, decían los sacerdotes de la cábala, los Magos Polípteros de Oriente.

Ama á la Mujer. No ames el Amor.

El Amor es el vértigo, es el aliento malsano de la serpiente bíblica. Es la locura y el Ensueño, la desesperación y la Muerte.

En lenguaje antiguo, quien dice Amor, dice : VENCIDO, clama Vico.

El Amor, en la Historia, se llama : ACTIUM.

El hombre da su vida por el Amor, y cree no haber dado nada, dice el libro hebreo.

Y exclama luego : EL AMOR ES FUERTE COMO LA MUERTE.

¡Teme al Amor!

¡Pon la sabiduría, como un sello sobre tu corazón.

El Amor es el Jabalí que mutiló á Adonis.

El Amor es Isis y Baaltis.

El Amor es la cuchilla de Moloch y el abismo de Astartea.

Es el Minotauro insaciable.

¡Huye de él!

Refúgiate en el Cinozargo de Hércules : es la Fuerza. Busca á Palas Atenea : es la luz.

Satisface los leones del deseo. Cuando rujan en tí, apresúrate á darles carne fresca y roja sangre, oblación de juventud, hostias de carne. Aliméntalos de cuerpos como lirios, de sangre juvenil, color de púrpura.

Sacrifícales, y sacrifícate. No dejes inconsolables sus fauces bostezadoras.

Á la paloma del Amor corta las alas. No la dejes volar en tu corazón. Su vuelo letárgico da el Ensueño. El Ensueño mata.

Arroja las palomas de Citerea al Ave de Minerva que las devore.

¡No ames! ¡No ames!

El Amor es la debilidad irredimible.

Lo que hay de débil en el hombre le viene de que es hijo del Amor.

¡Bendita sea la cópula carnal!

Ama el amor de los sentidos. Huye del Amor del sentimiento.

Sé sensual. No seas sentimental.

Mutila tu corazón.

El Amor es la Esclavitud. Toda la libertad perece en él.

Ama á las mujeres. No ames á la Mujer.

No ames nunca á una mujer. Esa será tu perdición.

La Mujer es la fuente del Mal y del Dolor.

La mujer lleva en el vientre la Tragedia.

¡Inocente y fatal, hay en ella algo irredimido, que le hace llevar la catástrofe á la vida y al Amor!...

Por el placer la mujer es una esclava.

Sé su Señor.

Por el Amor la mujer es una reina. No seas su esclavo.

El hombre que ama es un conquistador vencido por su conquista,

Goza á la Mujer. No la ames nunca!

Sé solo.

Si eres solo serás todo tuyo, dijo Vinci.

El hombre solo es el hombre libre, dijo Ibsen.

El hombre que no es libre no es el hombre

Sé libre. Sé hombre.

. . . .

Cuando Teodoro acabó de leer estas páginas, una sonrisa complaciente asomó á sus labios y pensó en su distante amigo.

El rebelde formidable se apareció á su mente con el triple prestigio del cariño, de la superioridad y de la lejanía.

Había, entre él y aquel pensador ausente á quien llamaba *Maestro*, un lazo más fuerte y más puro que el amor: una amistad respetuosa y vehemente, nacida de una admiración apasionada por aquel ser fulgente y temido, por aquel carácter alto y hosco, por

aquella naturaleza de excepción, por aquel paladín, á quien todos veían á través de la nube roja del combate, como en un Sinaí amenazante, mientras á él le había sido dado admirarlo en la serena transfiguración de la intimidad, duro, es verdad, pero para el mal, y por lo demás, severo y grave, meditabundo y fuerte.

¡Mártir ó Demonio!

El libelista terrible había aparecido así, á su admiración de niño, entre los resplandores de la lucha; insultado, abandonado por todos; calumniado y soberbio; haciendo retroceder á sus contrarios con la sonora vibración de sus apóstrofes violentos; deslumbrándolos con el centelleo de sus frases formidables; azotándolos con sus sarcasmos asesinos; imponiéndoles el respeto de su carácter con la fuerza de su pluma; sellándoles en los labios la palabra vil, con la punta de su espada; haciendo retroceder á la calumnia pálida de miedo; poniendo la muerte como centinela de su honor..... Así, llevado por la tempestad, envuelto en el torbellino de la polémica, cegado por los propios resplandores de su elocuencia, por la nube de su pasión, como los legionarios de Pablo Emilio por el polvo de Cannes, y no sintiendo, como los de Trasimena, si la tierra temblaba bajo sus plantas.....

Su pluma como la lanza de Argail no dejaba nada en pie. Dioses y hombres, todos sentían su choque formidable.

Su acento tenía del Profeta y del Poeta.

Como Ezequiel, apostrofaba las multitudes, queriendo infundir soplo de vida sobre las osamentas de esos pueblos, diezmados por el hierro de las guerras, devorados por los leones salvajes del despotismo, roi-

dos en la noche de su ignorancia, por los sucios chacales de la religiosidad y de la Fe.

Retaba á los poderosos, y parecía que todos los alientos del desierto, todos los huracanes de la selva, todas las tempestades del África, àletearan en sus apóstrofes soberbios.

Descendía hasta la conmiseración, y entonces, en la amargura altiva de su frase, parecía que un soplo jonio pasara entre las cuerdas de su lira.

Sus palabras, como las palomas de Tebas, se hacían blancas ó negras, según las inspiraran el Odio ó el Amor. Y, como las de Dodona y Amón, eran oráculos para pueblos oprimidos.

Fulminaba sobre los opresores de los hombres.

Se encaraba con ellos..... Y, por momentos, no se oía más que el diálogo sombrío entre los tiranos y él, en el silencio asombrado de la conciencia pública.....

Y, entre el crepúsculo rojizo, sobre el muro negro, se veía su mano pálida trazar la sentencia formidable : *Mane, Thecel, Phares.*

El extremo de su fusta caía también sobre las espaldas cortesanas : las azotaba con violencia.

Los cortesanos, decía él, entran al corazón de su amo para devorarlo, como el Icneumon, que come el corazón del cocodrilo, entrándole por las fauces, después de haber acariciado la lengua del Saurio voluptuoso.

Y son más temibles que el monstruo mismo. Aquilao pudo matar á Pompeyo sin vencerlo. ¡ Siniestro poder de un cortesano ! ¡ El tirano sombra es peor que el tirano cuerpo ! El áspid mata al león..

En el cortesano hay del verdugo, del delator y del

esclavo. Y hay también del eunuco: el odio al mérito. Eutropio es el tipo clásico de la especie. Ese mutilado ha engendrado una raza inacabable.

¡ Triste secreto de la generación prodigiosa de las larvas !

Los cortesanos viven en el poder como las ratas en la cabeza del dios del Serapeum. Al primer golpe de hacha huyen despavoridos.

Y él golpeaba el rostro del Ídolo.

Hay hombres, que escapan por el ridículo, de la pena de la infamia, que son en la Historia no una sombra, sino una mueca. Cabezas trágicas de histriones ! El verdugo las escupe, no las corta.

La muerte no es pena de bufones. Polichinela se azota, no se mata.

Así trataba él las majestades selváticas, la obscura legión de déspotas tropicales, que pasan por la Historia el tiempo no más de deshonrarla, y se pierden en el crepúsculo trágico, se esfuman en la sombra, proyectando en el lívido horizonte sus siluetas grotescas de monos sanguinarios.

La Justicia engrandece más al que la tributa que al que la recibe. *Honrar honra*. Él honraba el Genio y el Carácter.

La verdad á medias es una forma del engaño; como la libertad á medias es una forma del despotismo.

Él decía la verdad, toda la verdad, y pedía la libertad, toda la libertad. Se le decía visionario y violento.

Su polémica era un combate. Aleteaba en ella como un cóndor furioso. Su espíritu flameaba como una antorcha avivada por un soplo de huracán. Su prosa semejaba una selva en fuego. Las ideas se escapaban como águilas sorprendidas por la llama, y brotaba de

sus frases algo como el perfume de un bosque de laureles incendiado, cual si deshojasen en el aire rosas pálidas de Otoño.

Lo llamaban por esto apasionado.

Él tenía el derecho de despreciar, como sus contrarios el de preferir, otro género de polémica.

Veía en el fondo de los acontecimientos, exploraba las revoluciones, y las anunciaba en el clarín de acero de su prosa. La sátira, que es el genio de los que no tienen ninguno, burlaba su profética brillante. No la entendía.

Sólo el águila ve venir la tempestad, y sigue con ojo inmóvil la carrera silenciosa de las nubes.

La Independencia aísla; la Verdad contraría; el Valor espanta. Todo hombre independiente, sincero y valeroso, tiene contra él la liga de los serviles, de los impostores y de los cobardes, que son los más.

Él la tenía, y no la temía.

La confianza es el valor del espíritu. Él confiaba en su estrella.

Iba adelante, como un iluminado, como un vidente.

Las multitudes se apartaban á su paso.

Ese iconoclasta llevaba el anatema de los dioses. Ese rebelde llevaba la maldición del Amo.

Le abrían paso, y cerraban después sus ondas de carne, y vociferaban contra él.

No las culpaba.

Las multitudes quedan siempre esclavas, porque tienen necesidad de tender sus puños á la cadena. Nunca tendrán en el corazón el sentimiento de la libertad. No os dejéis engañar por sus vociferaciones.

Siempre ejecutarán el mandato del César.

Siempre irán al encuentro de Jesús para escupirlo.

La visión de la multitud es la última tristeza de los mártires. Y el principio de su expiación.

Él tenía el alma demasiado fuerte para entristecerse. Nada le hacía retroceder en su sueño luminoso. Y pasaba así, erguido y soberbio, retador y augusto, entre los sicarios y la chusma, en la tempestad del Odio, arrullado por el himno triunfal de la batalla.

El adolescente enclaustrado había oído aquel nombre vibrador, volando así, en las alas del escándalo, y pronunciado entre los anatemas piadosos de su madre, que lo condenaba en nombre de la Religión, y las sentencias pomposas de su padre, que lo condenaba en nombre de la Moral.

Aquella celebridad tumultuaria lo atraía con el encanto de algo demoníaco.

De su colegio estaba proscrito ese escritor, que asustaba las conciencias opacas y culpables de los viejos pedagogos.

Pero había entre los estudiantes, admiradores y partidarios de ese hombre, á quienes un amor ciego á la verdad, el valor ingénito de su edad y de su raza, llevaban á rodear ese indignado, ese rebelde, y á tributarle una especie de culto fanático y ruidoso.

Y ellos lo iniciaron en las bellezas de aquel estilo luminoso y cortante, que tenía del acero y de la llama; en el encanto de esa frase fulguradora y vibrante, llena de una seducción extraña, que hacía la desesperación de los mediocres y era el pasto de críticos rumiantes; en esa originalidad atrevida, que era el sello de su estilo y la rabia de los grafómanos profesionales.

Y ansió conocer personalmente al hombre.

¡Corrían tantas versiones sobre él!

La fábula se había apoderado de su nombre en la cuna de su celebridad, y como los gitanos á Gwinplain, lo había deformado á su antojo.

El odio religioso mutilaba aquella figura egregia, y la exhibía así, profanada y deforme, á los ojos de la multitud, para que la escupiera.

La calumnia no había respetado nada en la vida de aquel hombre. Pero el mármol desafiaba el veneno de las sierpes. La baba corría por sobre él sin ultrajar su alba impermeabilidad. Los rayos de su genio secaban la saliva del áspid. Y el mármol se alzaba intacto, bajo el sacrilegio de las víboras.

Se contaban cosas siniestras de su adolescencia tumultuosa, del despuntar de su juventud terrible.

La credulidad acogía esos rumores, porque el vulgo es malo y ruin. Tiene el odio instintivo de todas las grandezas.

El hombre es natural é inconsolablamente perverso, y la bellota de la calumnia, más que el fruto de la verdad, gusta á sus apetitos de bestia.

El gruñido de piara de su aldea acrecía aquel aullido de fieras.

Nacido en un lugar semisalvaje, fanático, estulto, había sentido al surgir, el hálito del odio parroquial.

La nidada de cuervos no se perdonaba haber empollado una águila, y la picoteaba ferozmente.

La Parroquia es la tumba de los talentos á quienes no acompaña un gran carácter.

La Parroquia no se conquista, se desprecia.

Se le corta el odio con la cabeza, ó se le hace la limosnal de Olvido.

De la parroquia se sale en asno y se vuelve en mármol. Eso lo sabía él bien, y temía esa última mancilla de su gloria.

Él había amado á su pueblo, y casi niño había ido como un nuevo David al encuentro de Goliath. Y había rodado al suelo, abrazado al fantasma del honor.

Había creído en la virtud de su aldea, y como un cruzado adolescente había ido á su defensa... Todas las liviandades, todas las hipocresías, todas las corrupciones heridas se aunaron contra él.

Y lapidado fué el Apóstol.

Superior á su edad, á su medio y á su época, el supremo desdén que ya germinaba en su alma y había de ser la fuerza de su vida, se le apareció entonces, le subió al corazón y á los labios, y sin perdonar — porque su alma grande no tuvo nunca esa debilidad — alta la frente inmutable, que nada haría inclinar ya, atalaya desafiadora del insulto, inaccesible á la onda pálida del miedo, volvió la espalda á su parroquia hostil, y principió su marcha triunfal á través de los pueblos, dejando atrás esa primera hoguera de odio, que proyectaba con luz cárdena su silueta, hecha para prolongarse inmensamente en los vastos horizontes de la Historia...

Los gritos de su pueblo lo persiguieron hasta más allá de la línea visual del horizonte.

Y, como el ruido de los monos de la selva, se fué extinguiendo gradualmente, hasta morir del todo en las fronteras del mundo culto.

Allí, en una gran ciudad, plantó su tienda.

Su talento genial se impuso.

El exotismo de su personalidad, las rarezas de su

carácter, su desenfado altanero, su franqueza ruda, le crearon enemigos. *Hospes Hostis.*

Castigó á unos. Usó con otros la magnanimidad de su desdén.

La piedad debe ser inagotable, como las arenas del Pactolo, cuando el contrario es tan vil que la reclama, ó tan pequeño que la merece.

La forma aristocrática del desprecio es el perdón.

El odio intenta cuanto le permite el desdén. Él no le permitía nada.

No castigar el insulto es sancionar la dictadura del Escándalo. Él castigó siempre.

¿Quién no ha contestado alguna vez el insulto miserable? *Insanavimus omnes.*

Todos hemos pagado tributo á esa locura.

El miedo no es argumento. Tiembla, no objeta. Él no tocó jamás á los que temblaban.

Era generoso, porque era fuerte.

En ocasiones, su desprecio era más grande que su cólera, y callaba. . . . .

El silencio de los fuertes es más insultante que su apóstrofe. Reía á veces. La risa es arma formidable. El grito hiere. La carcajada mata.

Su característica era el desdén, el lúgubre desdén de Manfredo en las nieves del Jungfrau.

Su inteligencia le creó envidiosos.

Agradeció á esas almas viles la dulce fruición que le causaban. Por ellas supo que era grande.

Tuvo también críticos.

Pájaros tristes del desierto bajaron á buscar parásitos en la melena hirsuta del león, y se hartaron de adverbios y vocablos raros, de giros extraños, cazados acá y allá en sus artículos tempestuosos.

Esos golpes de alfiler en las guedejas, no perturbaban su desdeñosa calma olímpica.

El hombre de genio no se da la pena de violar leyes ficticias de lenguaje. Las olvida : eso es todo.

Los gramáticos hirsutos tenían el don de divertirlo. La aparición de estos eunucos, guardadores del serralloléxico, le inspiraba el placer de exasperarlos. Los creía malos y ruines, y se explicaba su cólera, porque sabía que la impotencia es hostil, como la esterilidad; tenía por ellos un desprecio compasivo, y les dejaba ser testigos de sus licencias gramaticales, como el sultán no se cuida de los ojos del eunuco en sus licencias carnales. Y gozaba en violar la lengua madre en su presencia.

No aplacó nunca el Odio. No desarmó jamás la Envidia. Los tenía siempre en vela, montando la guardia de Honor de su talento. Allí estaban para anunciar en sus clarines la aparición suya al público.

Eran los heraldos de su fama.

Acre é inflexible profesor de libertad, como diría Juvenal, no se preocupó jamás de lo que se dijo contra él. Lo ignoró siempre. Las almas muy altas ignoran el dialecto de los viles. Y no piden la traducción de la infamia. Las águilas ignoran lo que el pantano dice.

La lealtad de sus convicciones, el calor tan honrado de sus luchas, su valor indomable, el lado generoso y épico de su vida, le atrajeron nobles é innúmeros amigos.

Los amó bien, los defendió siempre, no los traicionó jamás.

Su amistad era un *Paladium*, y gozaba del derecho de asilo, como los templos antiguos.

Sus enemigos mismos se inclinaban ante aquel sentimiento que en él iba al heroísmo.

Fué en ese período fulgurante de sus luchas que Teodoro anheló conocerlo.

Y con una mezcla de admiración, de respeto y de temor, llegó hasta él.

Y el *Maestro* se le apareció tal como era, en el fondo de su sinceridad deslumbradora.

Espíritu de Justicia y de Verdad; amable con los débiles, hosco con los fuertes.

Un luchador sin ilusiones en la lucha.

Un sembrador de ideales, ante el cual no se extendía esta palabra inconmensurable : *Esperanza*...

Un demócrata, que servía á la democracia sin amarla, convencido de que ella es madre cariñosa de las medianías, y madrastra de las almas superiores; que es terreno apropiado para las plantas rastreras, en donde todo crecimiento, hasta el del arbusto, sufre la cuchilla igualitaria de Tarquino; que en ella, alzar la cabeza por sobre la multitud, es arriesgar que se la rompan ó se la corten; que ella castiga como en la fábula griega, todo lo que tiene alas, ó lo condena á la petrificación, como las naves ligeras de los poemas homéricos.

Alma heroica y trágica.

Amaba la libertad con Amor rudo y salvaje : al pueblo con una conmiseración infinita que iba hasta la piedad y el sacrificio.

Defendía las multitudes sin mezclarse á ellas : les daba su inteligencia y no su corazón. Les arrojaba su talento como una dádiva, y habría dado su vida en holocausto con el mismo aristocrático desdén, con que repartía el pan de su palabra evangélica á muche-

dumbres ávidas de su sangre, y lidiaba el combate diario, asaltado por la jauría negra, como un león acosado por chacales.

El sacrificio era una vocación de su alma inquieta y bravía, de su raza borrascosa y rápida como un vuelo de relámpagos.

Tres siglos antes, habría sido un cruzado heroico, muerto sobre el campo, caído contra la muralla, al golpe de la lanza sarracena, tendidas las manos al sepulcro de su dios.

Había nacido armado caballero para las grandes luchas de la vida.

Si la fe no se hubiera extinguido en su alma, habría sido acaso un misionero ardoroso, errante de clima en clima, sembrador de la palabra divina, ansioso del martirio, buscándolo y pereciendo en él, en arrobo místico, los brazos tendidos al cielo lejano, y los labios al beso invisible de lo eterno.

En una nación conquistadora y heroica, habría sido un héroe, llevador del nombre de su patria sobre la punta roja de su espada más allá de los lindes del desierto; un soñador de la visión de púrpura sangrienta; un paladín de gloria nacional, llevando su bandera hasta plantarla vencedora indiscutida, ó caer envuelto en sus pliegues desgarrados, de cara al sol, teniendo el aire del desierto por el último beso de la vida y la soledad por único testigo de su muerte.....

Había nacido en un país y en una época pequeños, sin brillo y sin virtudes, y superior á ellos, era un soñador incomprendido, un revolucionario odiado, un perseguido que iba de clima en clima con el ruido de sus luchas, el brillo de su nombre, la majestad de sus tristezas y el bagaje de sus sueños, con el dolor incu-

rable de la vida, con su alma atormentada é inquieta, vagando como una águila herida, que aletea sobre la monotonía de una llanura de zarzas y de arbustos, sin el refugio de un árbol, de una cima, solitaria en el espacio inclemente, llevando en la pupila salvaje la visión de cumbres muy remotas, en la mente el fulgor de sus sueños de dominio y de soberbia, en las garras las crispaturas del coraje, y en los miembros todos, esa fuerza prodigiosa que cambia los horizontes con solo un golpe de ala.

Era soberbio, desdeñoso y triste. Eso lo aislaba.

El aislamiento es el terreno señorial de las almas superiores. La Gloria vive en esa cima como los sueños. Y es en esas soledades donde el pensamiento abre sus grandes flores mágicas. El silencio es como el lotus, genitor de quimeras encantadas. La sabiduría es flor de aislamiento y de tristeza. Hombre aislado es hombre fuerte.

Era un solitario. Ni al Poder ni á la Multitud se acercó nunca. Huía de la Autoridad y la Popularidad : ambas envilecen.

La autoridad es como el sol, *de cerca quema y de lejos ilumina*. Esquivaba el calor y el brillo de ese astro.

Aspiró siempre á esa forma aristocrática y exquisita de la gloria, que se llama : la Impopularidad.

La popularidad es la señal de la vulgaridad. Nada en su estilo ni en su persona tendía á hacerlo popular. Dejaba á los escritores mediocres el goce de esa *gloriole* de callejuela.

La modestia es el talento de las nulidades, y la nulidad de los talentos. No usó nunca esa forma tolerada del Orgullo. Ostentó siempre aparatosa y grande su soberbia no domada.

Tener el valor de sus virtudes es un negocio.

Tener el valor de sus defectos es el valor.

Él lo tenía.

No cortejó nunca el criterio público, por eso no se extravió jamás. La Opinión Pública principiaba y acababa en él.

La Sanción social, esa meretriz cínica, cortesana del Éxito, querida del más audaz, no lo sedujo.

Prefería, como Carlyle, el poema vivido al poema escrito. Y había hecho de su vida un drama: el drama del sacrificio á las multitudes y al Ideal.

El mármol numídico no tenía más albura y solidez que aquel carácter.

Querer, querer hasta lo imposible, era su frase de combate.

Lo inaccesible está más allá de lo posible.

Esa última cima es la conquista de las almas indomadas. Y es la nostalgia de las águilas bravías. Hacia ella tienden las alas hipnotizadas por el fulgor de la Cumbre.

Usaba como divisa un Fenicóptero con las alas abiertas en un campo de tinieblas, y este exergo latino : *Sic itur ad astra.*

Las viscosidades silenciosas del Odio se extendían en torno suyo, para apagar las ondas sonoras de su fama.

Su grito de águila, que vibraba más alto que el espanto, más alto que el dolor, rompía el silencio, y poblaba la soledad hostil, con sus rumores.

El orgullo de la vida acorazaba su corazón.

Y pasaba así, soberbio y solo, sin aplausos y sin afectos, sín sectarios y sin iguales, en la visión luminosa de sus sueños, con el enjambre de sus quimeras,

con el séquito de sus ideas, como un cóndor misterioso, vagando entre las nubes rojas del crepúsculo.

Así lo conoció.

Intimó luego con él, y entró en los secretos de aquella alma de artista, en cuyo fondo vivía un poeta mutilado, á quien el fuego del combate había quemado las alas, y la realidad de la vida había enfermado del disgusto de vivir.

El *Maestro* se inclinó sobre aquella alma adolescente y la despertó á la vida intelectual.

Desde entonces, el más puro de los cariños, la más noble de las admiraciones, lo poseyeron. Tendió hacia el *Maestro* las alas, como una mariposa fascinada por la luz, sufrió el deslumbramiento de aquella inteligencia fúlgida; sintió imprimirse en su alma el sello de aquella *âme d'élite;* modeló su pensamiento en el pensamiento de ella; y la amó con el más fuerte y puro sentimiento: el de la admiración intelectual.

El Amor es vil, porque tiene de la carne. Solo la amistad es fuerte porque es pura. Víve del alma. *La verdadera amistad es más rara que el verdadero Amor,* ha dicho La Rochefoucauld. Y el verdadero Amor no existe...

Unido al *Maestro* por esa admiración cariñosa; fanatizado por esa palabra que hacía el hipnotismo de las multitudes; conociendo de cerca aquella alma, que se le hacía tanto más pura cuanto más negra se la había esbozado la maledicencia; encontrando como en extraña floración submarina, un mundo de virtudes ocultas, allí donde le habían hecho creer en un nidal de áspides y monstruos. virtudes que aquella conciencia alta y hosca desdeñaba mostrar á un

mundo al cual despreciaba sinceramente, se adhirió á él con una fidelidad que recordaba la de los discípulos de filósofos antiguos, y lo había seguido en su vida agitada y pura, tormentosa y radiante.

Así, como una águila fascinada por el Sol.

⁂

Una tristeza infinita, como la sombra glacial de un día hiperbóreo, caía sobre el corazón de Teodoro.

Y los recuerdos venían á su mente, perfumados y tristes, como si rosas de Trebizonda abrieran cerca de él sus cálices dolientes.

Y en silenciosa avalancha, en ondas negras, sus recientes dolores le cubrían el corazón llenándole de lágrimas los ojos.

Y la ola creciente de la vida subía hasta él, amenazante y fría, con el ronco rumor de una marea de Equinoccio.

Y en la soledad de su desastre, la imagen de su *Maestro* se alzaba, como la del Cristo sobre las olas, en actitud salvadora, y avanzaba hacia él, en la corriente misteriosa del recuerdo...

Y le parecía verlo aún, de pie, entre la bruma pálida de esa mañana invernal, allá en el lejano puerto europeo, cuando ante el mar inclemente le estrechó las manos para decirle: ¡Adiós!...

Y le parecía oir aún el rumor de aquella palabra cautivadora, tan cariñosa y tan tierna, tan llena de recuerdos para él.

Y creía escuchar aún el Evangelio de la vida, dicho por aquella alma tan alta, inaccesible á las pasiones

ordinarias de la existencia, tan augusta en su soledad, tan grande en su aislamiento.

Y á través de la distancia la sugestión del *Maestro* querido se sentía más fuerte, más dominadora que nunca, embellecida por la lejanía, por el pesar creciente de la ausencia.

Y su dolor se acrecía con el recuerdo de su viaje; la llegada á su hogar; su madre moribunda; la catástrofe inevitable; su duelo, su orfandad...

Y, luego, esta extraña complicación sentimental en su vida: la aparición de la mujer.

¿Cómo había surgido el escollo ante él, el adolescente fuerte, el meditabundo analítico, que bajo el dictado del *Maestro* había analizado una á una las fibras del corazón, pesado los sentimientos, descifrado las sensaciones, impulsado hasta la crueldad los análisis del alma, fatigado la psicología en el estudio de sus secretos, desarrollado el culto del *Yo*, la doctrina salvadora, hasta matar el germen del altruismo enervante, y establecer sobre sus pensamientos y sus pasiones domesticadas, el *self control*, el dominio absoluto de su cerebro y de su corazón?

¿Era el Amor lo que él sentía?

Con su insaciable sed de análisis disecaba el sentimiento que lo poseía.

Habituado á esos exámenes detenidos del *Yo*; á esas exploraciones subterráneas de la conciencia; á esas delicuescencias subtiles del espíritu, á esas submersiones en el fondo de su alma, bajaba como un buzo, protegido por la impermeabilidad de su escepticismo y alumbrado por la linterna sorda de su análisis, allá á lo más obscuro de su ser, á donde en rara germinación se mueven las pasiones como larvas, los senti-

mientos informes se agitan como cuerpos en estado coloide, y el fenómeno del sentir palpita como la vida en el protoplasma indescifrado.

Él se creía fuerte para la subterránea exploración.

La ciencia le había enseñado el fonómeno de la vida.

Á los veinte años que acababa de cumplir, sabía secretos que ignoraban los ancianos de sus país, y tenía ideas, que no germinaban aún en la mayoría de los cerebros de los jóvenes de su edad.

Cinco años inclinado sobre el grande abismo de la vida habían habituado su pupila moral á ver en la densa sombra.

Creía distinguir los matices del sentimiento, y poder graduar la intensidad de sus sensaciones, dejándolas lucir y vibrar á voluntad, hasta donde no rompieran el concierto ni la armonía de su *Yo* dominador.

Creía haber llegado, como su *Maestro*, á secar por completo en él las fuentes del sentimiento; á extirpar la sensibilidad como una excrescencia inútil y dañina; á matar la pasión de los Amores.

Él sabía bien que era imposible impedir el nacimiento de las pasiones, como la aparición de los tumores ó la presencia del cáncer, pero sabía que era necesario extirparlos, antes que nos devoren, matar la nidada de sierpes antes de que nos inoculen su veneno, extrangularlas en la cuna, como una madre valerosa al hijo que compromete su honor y su ventura.

Este infanticidio perpetuo y glorioso afirma nuestro ser y nos hace libres.

Vivir así, con la mano asesina tendida hacia el

vientre genitor, para ahogar en germen todo amor posible, es la única garantía de independencia, y por ende, de felicidad en la vida.

El Amor para él no era sino el instinto de la bestia, la atracción de los sexos, más ó menos disfrazados por la hipocresía, que es la moral de la sociedad.

Él sabía que el Amor no era sino :

Una epilepsia de algunos segundos ; según un psicólogo eminente.

Una pequeña convulsión, según otro.

Y según el viejo Diccionario de Medicina de Nysten, *el amor es el conjunto de fenómenos cerebrales que constituyen el instinto sexual.*

Fuera de eso, él no comprendía el Amor sino como un desequilibrio intelectual, como una locura.

Sabía que las hembras lo amaban porque era : *un hombre.*

La más pura de las vírgines no amaba en él sino su sexo.

El instinto de la hembra palpita aún en la virgen más púdica, que se deleita en la belleza de sus formas y en las curvas intocadas de su seno, porque sabe que el hombre ama esas formas y ese seno, y las ama con sed de posesión y amor de carne.

El Pudor es la negación de la inocencia. El sonrojo es la púrpura del deseo. El deseo es la aurora del Amor.

De la Amistad, él sabía que existe esta forma de comercio entre los hombres, máscara de Aristófanes, bajo la cual se gesticula á su antojo ; consorcio de dos vanidades ; ayuntamiento de dos mentiras, bajo cualquier interés siempre bastardo. Él sabía que la hipo-

cresía es el lazo que une á los hombres en sociedad: el día en que la franqueza imperara, se destruirían unos á otros como los soldados de Cadmos.

En el humano carnaval nadie deja oir su propia voz.

Se ocultan los sentimientos como las facciones, y nadie bajo el disfraz distinguc á César de Arlequín.

Él creía en la sugestión en el Amor, como en la Amistad creía en las afinidades afectivas. Así creía en la amistad entre seres de diversas edades, diversas condiciones y diversas carreras. Así había tenido un amigo: su *Maestro*.

Ese escepticismo lo había preservado hasta entonces de ligazones peligrosas y de sentimentalismos pueriles.

Había velado sobre la independencia de su corazón, con un celo salvaje, como de loba que cuida su cachorro.

Cuando notaba que una simpatía lo iba invadiendo, la desterraba en el acto, como un huésped peligroso.

Si una mujer de sociedad le agradaba más que las otras, se apartaba de ella temeroso de ir al amor.

Bastaba que una hembra de placer colmara todos sus deseos y se sintiera atraído hacia ella, para que no volviera á frecuentarla nunca, temeroso del *colage*.

Él sabía que la costumbre es la mitad de las pasiones. La vida del placer matando el culto ideal de la mujer, libra de los amores románticos. Y él había cultivado el placer como un artista. En el fondo de la crápula, había quitado una á una las plumas del arcángel, dejando en el lecho la hembra envilecida, y había sentido la náusea de la bestia.

No tenía vicios por no tener esclavitudes. Beber mancillaba la pureza de su talento. Jugar manchaba

la aristocracia de sus ideas. No creía en el vicio llamado : la prostitución.

Y así había vivido libre como un pájaro del monte, sin cadenas en el corazón ni en los afectos, en el mundo sereno y puro de la idea, en la abstracción gloriosa de los pensamientos grandes.

Así habían transcurrido esos cinco años que lo llevaron de una adolescencia pura á una juventud fuerte y viril, sin debilidades y sin mancilla.

Y, por eso, la vaga inquietud que hoy sentía en su ánimo, lo preocupaba y lo indignaba.

Esa blanca aparición, surgida de súbito á la vera del camino, desconocida y triste, con palideces liliales y ojos de ensueño ¿era la Tentación? ¿era la Dominatriz temida?

Esa virgen romántica, lánguida como las rosas del otoño, bella con belleza ideal, con mirada profunda y ardorosa, de una feminilidad exquisita y turbadora, apareciendo así, en la senda de su vida, como una gran flor de misterio, alba y flébil, como un inmenso lirio abierto al rayo de la tarde, en una comarca silenciosa y lejana, con pétalos de ópalo bañados por la tenue luz del véspero, ¿sería la Pasión? ¿sería el Amor?

La había visto por primera vez cerca del lecho de su madre, en aquella noche dolorosa, en los momentos de la agonía, conmovida y pálida, llena de una angustia sincera y silenciosa. Había ido con las Hermanas de Caridad, que velaban allí como enfermeras, y las acompañaba en un traje extraño, que luego supo era el de las niñas huérfanas, de un Asilo anexo al Convento, en el cual principiaría pronto su noviciado.

Era, pues, una huérfana.

Se notaba bien en la tristeza infinita de sus ojos grandes y lánguidos, como asombrados á la vista de la vida, ojos de un azul obscuro y denso, en los cuales flotaba algo así como un vapor de pesadumbre, una bruma alzada del torrente de las lágrimas.

Era una alma de dolor y de Pasión.

Lo decía la impresión de infinita tristeza impresa en todo su rostro silencioso y grave, de facciones finas, como de un Tanagra delicado y frágil, con sus labios de un rojo encendido, algo temblorosos y húmedos, como si hubiesen sido hechos, más para el beso que para la perpetua oración ó para el ruego; sus cabellos castaños, de un color castaño claro, casi rubio, recogidos hacia atrás como los de una estatua antigua, y ocultos bajo una toca de encajes delicados, que la hacían semejante á la Aretusa Siracusana, con su red entretejida en torno á los cabellos.

Así la había visto en aquel instante supremo en que su madre agonizaba, cuando de rodillas ante el lecho, sentía la última caricia de la moribunda, que después de bendecirlo, había dejado caer la mano sobre su cabeza, y ensayaba acariciarlo, jugando con sus cabellos, como cuando lo dormía de niño, moviendo sus dedos enflaquecidos, largos y torpes, en las guedejas opulentas de la melena negra y ondulosa.

El rumor de las plegarias, el estertor de la agonía, sonaban á sus oídos, y al alzar la vista hallaba aquel rostro de virgen, triste y grave, con los ojos humedecidos por el llanto, salmodiando el lúgubre rezo de los moribundos, cerca de las religiosas, que al otro lado del lecho cumplían el piadoso deber, con su calma marmórea y su aire de dolor profesional.

Cuando la mano maternal dejó de acariciarlo, y un

estremecimiento convulsivo agitó el cuerpo de la madre, y las religiosas en coro invocaron el nombre de su Dios, y él se lanzó sobre la muerta amada para aspirar en sus labios el último aliento de la vida, tropezó con una mano tenue y alba como un lirio, que cerraba los ojos de la muerta, llenos del estupor trágico de la tumba. Era la mano de la novicia, que lloraba temblando, como si cerrara los ojos de su propia madre.

Después, la había observado, cuando velaban el cadáver, conmovida, silenciosa, llena de unción, resplandeciente en su belleza mística, á la luz crepitante de los cirios.

Y cuando volvió del cementerio, y se halló sólo en la casa paterna, á la soledad dejada por la madre se unía otra soledad profanadora : la de la virgen sagrada, cuya silueta de ensueño veía él al lado del lecho materno ya vacío, y en el gran salón tendido de negro, donde se consumían las flores tristes, cerca de los cirios extintos.

La violencia de su dolor no le permitía analizar aquel sentimiento, que nacía así, bajo las alas mismas de la muerte, extraña flor de duelo, brotada entre las losas de un sepulcro.

Los días pasaron. La exacerbación de la pena fué mitigándose, y el gran pesar, tomando posesión del alma, quedó como él es : el gran Dolor Indestructible.

Volvió al tren de su vida habitual, y al verse en la calle, su primer pensamiento fué para el lugar sagrado donde dormía su madre, el otro, para el gran monasterio, donde se consumía la huérfana enclaustrada

Y fueron desde entonces los lugares de su peregrinación diaria, el Campo Santo, en el cual gemía como un niño abandonado, y el templo del Convento, donde veía pasar la reclusa como una sombra doliente, con sus cabellos en bandas, como una hija de Faraones, sus párpados inmóviles, su marcha rítmica de sacerdotisa, manejando su manto como un *zaimph* y dejando en pos de sí uno como estremecimiento de las cosas, la soledad de un *iceberg*, la tristeza de un astro en un cielo pálido otoñal.

El dolor de la pérdida de su madre se lo explicaba; tenía la voluptuosidad de sentirlo; lo exacerbaba con su propio análisis, y lo enconaba hallándolo lógico.

No así el otro sentimiento.

Lo creía gratitud, curiosidad, interés de hombre pensador por saber algo de aquella vida, por levantar una punta siquiera del velo que cubría aquella existencia.

El novelista prematuro que dormía en él, pensaba hallar allí algún objeto de estudio, argumento para algún esbozo psicológico, de esos que guardaba en *carnet*, como elementos de su libro próximo. Y dejaba errar su fantasía, forjando ficción tras de ficción, novela tras de novela, en torno de esa existencia desconocida.

Lo que de romántico había en el psicólogo, se empeñó en lo que de dramático había en la vida de la huérfana, y una piedad inmensa se unió á ese interés puramente artístico.

Continuó en ir todos los días á la misa del Convento. Y él, que no creía en nada, soportaba largas horas de ceremonias piadosas, sólo por mirar el rostro

pálido y la figura esbelta de la reclusa, quien bajaba los ojos al verlo, mientras un tinte purpúreo cubría su rostro, se aumentaba el temblor natural de sus labios, y se agitaba el rosario entre sus manos convulsas.

Él había escrito á su Maestro sobre la llegada á la patria, las sensaciones que había experimentado al ver dibujarse en lontananza los altos cerros de su nativa tierra, y alargaba sus observaciones personales sobre la política, la literatura y las artes embrionarias de su país. Después, le había notificado la horrible catástrofe, el fin de su madre, su grande y dolorosa orfandad y el anhelo loco de volver á juntarse á él para siempre, cuando hubiera arreglado la enfadosa cuestión de la testamentaría.

Luego, ya más sereno, le había esbozado vaga, brumosamente, con frase literaria, la figura de la reclusa, sin mostrar interés, sin definir ese sentimiento, que se iba levantando en su alma, gradual, insensiblemente, como un grande árbol, cuya raigambre subterránea podía quebrantar los fundamentos del grande y sólido edificio de su ciencia.

Hasta entonces, él no daba valor á ese sentimiento, y se interesaba en analizarlo con pasión de artista y presunción de filósofo, seguro de dejarlo crecer, y destruirlo á su antojo. No lo temía.

Estaba seguro de su triunfo.

Había un grano de misterio, algo velado y como supra-humano, en ese entretenimiento con una virgen reclusa, y ese germen de religiosidad y de misticismo, daba no sé qué voluptuosidad al sentimiento, qué encanto como de fruta vedada, que crecía y se abría al calor de los cirios, entre el humo del incienso,

en la soledad del templo, como en una gran pradera de asfodelos, á la ribera melancólica de un mudo y lúgubre Estigia, en las fronteras del reinado de Dios ó de la Muerte.

Y ese acre sabor de misterio religioso y de lúgubres recuerdos, ese terror sagrado, esa vecindad de la muerte, ese capricho, nacido así, entre lágrimas, como una flor que brotara de la boca de un cadáver, exasperaban más aquella alma herida, sedienta de emociones, orgullosa de su fuerza dominatríz.

Y por eso seguía sin miedo la visión extraña de esa virgen, aparecida así, como el fulgor de una esperanza, con su silueta irídea en el fondo negro de su pena, á la luz amarilla de los cirios, á través del velo de sus lágrimas, en la hora más triste de su vida, en el desastre de su corazón, meditabunda y augusta, como un *Ibis* de Libia, contemplativo y sagrado en la linde del desierto. . . . .

Y, desde entonces, tal fué el nombre que le dió en su pensamiento. *Ibis* la llamó. Y como un *Ibis* se le aparecía, así, en las alburas liliales de su rostro, en las blancuras eucarísticas de sus largas vestiduras conventuales, que la cubrían como un plumón inmaculado, cual grandes alas pro tectrices y níveas, en la inmutable beatitud de sus ojos como hechos á ver la soledad desmesurada, la tristeza inconmensurable, la intemperie y la muerte. . . . .

¡Oh, el *Ibis*, el pájaro sagrado! Hijo de la soledad. Así era ella. Así la llamaba en su anhelo. Así la veía en sus sueños dolorosos de Poeta.

Y cerraba los ojos y estiraba los labios, como para besar aquella mano de lirio que había cerrado los ojos de la muerta.

Y la visión huía como un *Ibis* de ópalo, con las alas plegadas en la tristeza nácar del crepúsculo.

*
* *

¡Tarde espléndida, primaveral!

Ligero, perfumado, como un aliento de mujer, el viento entraba por la ventana abierta, desde la cual se abarcaba el horizonte todo, diáfano en el estremecimiento misterioso de la luz, cielo polvoreado de oro y blanco, serenidad impecable, que cortaban allá á lo lejos, la mole gris del *Panteón* y la cúpula centellante de los *Inválidos*.

En esa atmósfera de un encanto penetrante, insondable, en el recogimento de esa quietud austera, solo, ante su mesa de trabajo, el *Maestro* leía la carta de su discípulo, de la cual se desprendía un afecto tan tierno, tan sincera admiración, que llegaban casi á conmover la naturaleza adusta del implacable escritor.

Amaba mucho á ese joven que se había adherido á él desde la más temprana adolescencia, y se le había unido por la más respetuosa estimación y por el afecto más puro.

Por ese niño extraño había casi sentido las debilidades de la paternidad, las ambiciones del porvenir, las inquietudes de la suerte.

A la edad á que había llegado, en ese crepúsculo definitivo de la juventud, tanto más precoz para los hombres cuanto más han vivido por el pensamiento, en la soledad orgullosa de su aislamiento, en la incurable esterilidad de su corazón, en su rebeldía sistemática al sentimiento, el calor de aquel cariño tan

fuerte, tan inocente, tan espontáneo, le hacía mucho bien.

Mezclábase en gran dosis á este cariño una refinada vanidad de artista.

Si aquel cuerpo no era obra suya, aquella alma sí lo era.

Él era el artífice de esa mente.

¡Con cuánto interés la había cultivado! ¡Con cuánto cariño la había pulido! ¡Con qué celosa inquietud había visto germinar el grano sembrado! ¡Con cuánto orgullo lo había visto abrirse al sol, generoso y opulento!

Aquel ser era hijo de su Alma.

Él había modelado ese cerebro para la ciencia; había templado esa alma para la lucha; había formado aquel corazón, fuerte contra las pasiones, insensible á las bajezas, á las pequeñeces, á las tristezas de la vida.

Y estaba orgulloso de su obra.

Teodoro tenía veinte años y no había sorprendido en él la primera debilidad.

Serio, fuerte, varonil, era el soldado del Bien, armado para luchar; el cruzado ideal; el sueño acariciado por su mente; lo que hubiera deseado ser él á esa edad; su obra; su continuador; toda su alma fundida allí.

Y se extasiaba ante esa estatua viva de su pensamiento.

Y leía su carta, orgulloso de aquel caudal de pensamiento, de aquella soberbia de espíritu; de aquella riqueza de ideas, tan fuertes y tan claras; de aquella ausencia absoluta de emocionalidades enfermizas; de aquella indiferencia marmórea, supraterrestre, que había querido dejar en él, cuando había perseguido

en su corazón todo germen de morbosidades pasionales; toda corriente de afectos; todo reato atávico de adherencias á seres extraños.

El equilibrio perfecto de su ser, la conciencia neta de su *Yo*, absorbente y soberano, se revelaban desbordantes en esa carta primera del ausente.

Y despertaban en el Maestro encontrados sentimientos.

Teodoro le hablaba de la Patria, de la Madre, de la Política. Y él veía el reflejo de su pensamiento en aquellas líneas concisas, sonoras, llenas de sentencias apretadas, de pensamientos soberbios, de frases amargas, de ideas tan adustas, que parecían águilas prisioneras en la red de las palabras; de sarcasmos tan fuertes, que fingían fulgor de acero en el papel; de críticas desdeñosas; de estoicas reflexiones, y de un desdén amargo, desbordante, implacable, por los hombres y las cosas.

Y gozaba inmensamente con el brillo y con la pompa de aquel estilo, admirablemente paradójico y rítmico...

*
* *

¡La Patria! ¡La Madre!

Fantasmas dolorosos para el Maestro.

Su Patria era en el fondo de su recuerdo el paisaje de un mundo de dolor, la costa desolada de un país muy lejano, muy hostil, muy triste: una visión de angustia.

Su madre había sido la idolatría de su vida, su dios, su ícono bendito, y la veía pasar en su cerebro, blanca y furtiva, como un estremecimiento de ala, como un cisne de ensueño camino para el cielo.

¡Su Patria!...

¡La había abandonado tan joven!

Una nube de pensamientos crueles, de dolores acerbos, se alzaba entre los dos, como púas erizadas de un muro silencioso.

Todo un pasado hostil los separaba.

Su Patria había sido cuasi su enemiga, celosa de su gloria, rebelde á la conquista de su genio.

Todo lo que de doloroso había en su vida, estaba unido á esa palabra : la Patria.

Su recuerdo lo llenaba de una angustia infinita, de una tristeza mortal, de un horror inquietante y extraño.....

Él habia visto en otras tierras, escrito para él, el verso hospitalario de la ciudad itálica y era sobre extraños muros que había visto el saludo generoso.

Extranjero : Sienna te abre su corazón.

Y había conocido el Amor, la Gloria, la Amistad, todo en extrañas tierras.

Y las palabras de aquella carta, y la bruma de aquella tarde, viajera de la luz, fugitiva hacia el país del sueño, venían á despertar en su alma la sombra de aquella idea tan triste : la Patria.

A este recuerdo, una melancolía infinita cayó sobre su corazón, que se envolvió en tinieblas, como el horror de una playa escandinava, al morir el crepúsculo nocturno.

Como aves espantadas, los recuerdos volotearon en su cerebro, pájaros ciegos, en el limbo de esa región casi olvidada, y brumas lamentables ahogaron toda la luz de sus pupilas.

Su niñez enclaustrada y solitaria, su adolescencia

orgullosa y meditabunda se alzaron ante él, como las primeras etapas de ese paseo doloroso á través de paisajes entristecidos, brumosos, lejanos : valles sin sol en el país de los recuerdos.

Una nota guerrera, como anunciatriz de su vida combatiente, rompía la marcha augural de sus evocaciones.

Su memoria despertaba en un ruido de cañones y fusilerías, de atambores y trompetas, estrépito de batalla: el tumulto de una ciudad tomada á sangre y fuego.

La silueta de un militar muy joven, cubierto de bordados y de pólvora, besándolo apasionadamente y ausentándose luego, atravesaba como una nota multicolor y épica la bruma en su cerebro.

Una laguna en el recuerdo.

Luego, muchos soldados, banderas enlutadas, músicas fúnebres, y su padre en un ataúd, cruzadas las manos sobre el pecho decorado; vestido en grande uniforme, abandonando su casa, llevado por hombres galoneados, al compás de atambores con sordinas. Era su primera idea de la muerte, que se le había aparecido así, en una decoración de gloria.

Los paseos de tarde, esas visitas al Campo-Santo, prendido al traje de la madre silenciosa, que rezaba horas enteras ante la cruz de mármol, y cuyo perfil místico se destacaba en la claridad vaga del crepúsculo, en el fondo del horizonte pálido, con una palidez azul de ópalo húngaro, cerca á la tumba reciente, en medio á la floración de anémonas pálidas, de margaritas dolientes y de asfodelos en botón !... Y él, persiguiendo en la pradera mortuoria, cosas fugitivas, cosas aladas : sueños de niño, mariposas nítidas y pé-

talos de rosas deshojadas, que volaban como alas de libélulas...

La vieja casa solariega alzaba su mole blanca en el fondo del recuerdo, como el castillo señorial, en una selva germana.

¡Oh el viejo rincón de sombra y de quietud! El asilo de la paz, con su antigua y maciza construcción, sus corredores moriscos, sus grandes patios, matizados de flores, rodeados de verdura, sus salones inmensos, silenciosos, donde en festín permanente, las polillas consumían las sedas y el nogal de los muebles seculares, testigos mudos de la opulencia extinta; los espejos opacos, donde se habían mirado viejos oidores y prelados omnipotentes; los retratos al óleo, antiguos pasteles donde conservaban sus faces patibularias caballeros engolillados con la mano en la tizona, damas empelucadas á lo *Parc de cerf* y monjas pálidas de rostros largos y ojos tristes, descolorados, como esbozos ingenuos de maestros primitivos.

Y la hosquedad incurable que imprimió en su alma de niño el primer encuentro con la Injusticia Social.

Un día, unos hombres, vestidos de negro, llegaron á esa casa, y mostraron á la viuda desamparada un papel lleno de sellos, y se fueron, dejando á la pobre mujer desolada y absorta, con el rostro hundido entre las manos, llorando silenciosa y trágica.

¡El Destino empezaba su lluvia de flechas sobre el seno y los hijos de esa Niobe desventurada!...

Pocos días después, el huracán de la ley aventaba del hogar los huérfanos despojados.

No se borró jamás de su cerebro la imagen de su madre, en la hora de aquella expulsión violenta, de pie en el descanso de la grande escalera, seria, inmu-

table, solemne, sostenida por su orgullo inagotable, arrojando la última, indescifrable mirada á aquella casa donde había sido hija, esposa, madre y viuda; donde vagaba el alma de sus padres, de sus hermanos, de su esposo muertos: y de la cual la arrojaban con sus hijos, en nombre de la ley, que amparaba á los ladrones miserables de una madre desvalida.

Tal fué su primer encuentro con la mentira, con el despojo, con la maldad de los hombres.

La rebeldía de su carácter gritó en su corazón de niño, como un cachorro de león se agita en la matriz de la madre, con visiones confusas de sangre y de desierto.

Como un pelícano humano, la madre abrió su seno, y con la sangre de su corazón nutrió sus hijos.

Y principió el calvario de una de esas pobrezas inconfesadas, oscuras, silenciosas, de las grandes familias decaídas.

La figura señorial y austera de su madre dominaba este cuadro de tristeza, severa, indomable, en el ensueño de su orgullo, rebelde á confesar su dura suerte; encerrando en el aislamiento más profundo el drama de su ruina; enterrando en el silencio su dolor y su familia; tapiándolos y murándolos, ante una sociedad advenediza, que ella sabía incapaz de respetar el dolor que el oro no hace augusto.

¡Qué años de soledad! ¡Qué medio altivo y agreste aquel en que vivían!

¡Cómo crecieron allí él y sus hermanos hasta llegar á una virilidad fuerte y triste, hosca con el Destino, rebelde y digna! ¡Cómo engrandecieron sus hermanas en la soledad y en el retiro voluntario, cual grandes flores pálidas en el silencio de un claustro,

como cisnes salvajes, albos y señoriales, en la sombra azul de un lago ignorado: intocadas é indomadas; rebeldes como su madre al golpe de la suerte, tristes y desdeñosas, alimentándose de un pasado de grandeza, de un extraño brevaje histórico de nobleza parroquial! ¡Inocente neurosis de esas almas bellas!

Como una canción de amor en la noche silenciosa, cual la estrofa empurpurada de algún poema de Amor, pasaron por su memoria aquellos años del campo, aquella primavera de su vida, en que el sol de la ventura, lleno de una embriguez de colores, envolvía el paisaje en una feria estival.

Ondas temblantes de una luz difusa cayeron en la sombra del recuerdo, como un polvo de oro brillante en el aire entibiecido, y, como una gran flor de la montaña, idílica, núbil, con aspecto de canéfora, la virgen muerta, la visión inmortal de sus amores cruzó por su cerebro entristecido.

Como almas de flores muertas, vinieron á su memoria los recuerdos de ese Idilio, el único de su vida, y pensó en esos días de envidiable adolescencia, en que pobló aquellos bosques con su amores ingenuos, y realizó en ese cuadro el divino verso de Scheley:

...... Je rêve de soirs
où la musique, le clair de la lune
et la femme ne font qu'un.

Su corazón marmóreo no se estremeció siquiera al contacto del recuerdo.

Una sensación de disgusto y de vergüenza, ante la debilidad de haber amado, fué todo lo que reflejó la impasibilidad de su rostro.

En uno de sus primeros libros había contado la historia de esa pasión romántica y funesta.

Libro neurótico y trivial, le había dado la única hora de popularidad femenil que había tenido en su vida de escritor. Odiaba ese libro delator.

Luego, venían sus años de Colegio, enclaustrado y rebelde. Sus horas de misticismo, su gran crisis religiosa.

Como Renán el admirable, como Hugo el formidable, como tantas otras almas de negación, cuya aurora fué la fé, cuya primavera del sentimiento fué toda piadosa y pura, él sintió el opio religioso y el ensueño místico. En su mente de niño, como los divinos pájaros de Aristofanes :

Ne roulaient que des pensées éternelles.

Y en su corazón, como en una pradera virginal, abrió sus hojas purpúreas la rosa roja del amor divino, y la paloma de la oración se escapó de entre sus labios, alba y amante, como el ave de la aurora al prrimer rayo del sol.

Su alma estremecida fué un salterio.

Cantó, como esos niños de coro, que en las grandes basílicas lanzan como flechas de cristal los sonidos agudos y penetrantes de su voz infantil, como fuente de encantamiento en un bosque de leyenda, como una nota vibradora y fúlgida, en la penumbra gris de las naves silenciosas.

Sus estrofas ingenuas y piadosas, sus rimas incorrectas y apasionadas, hechas de adoración ardiente como una llama, de ensueño informe y misterioso, voloteaban como mariposas blancas en el jardín de

su alma edénica, donde se abría en silencio toda la flora mística, fénix inverosímiles tendían sus alas de oro, y la Fe despuntaba como un sol sobre el horizonte lila del Ensueño.

Tenía verdaderas crisis de alucinación y de éxtasis. A los doce años se soñó un vidente, y el mundo ideal de la Visión le mostró las costas brumosas y escarpadas de su Imperio....

Su temperamento apasionado se reveló allí, en el fanatismo rabioso y triste con que se acogió al seno de la Piedad y á las quimeras de la Fé.

En la penumbra sagrada del misterio, persiguiendo esbozos de ensueños, ensayó su alma las alas, como un pichón de águila ensaya en pájaros de la sombra sus garras por crecer y sus alas aun implumes.

La ley de herencia, el atavismo religioso, trabajaban su temperamento impresionable y soberbio.

Sus ascendientes eran una como extraña floración blanca y roja, hecha de alburas y de cármenes.

De un lado, ascéticos y místicos; de otro lado, guerreros y suicidas. De ambos lados: *fanáticos*. Por su Patria ó por su Dios, pero indomables. Raza herida de la neurosis estéril del sacrificio, de la locura consciente de la lucha. Generosos visionarios, amorosos de todas las quimeras: de Dios, de la Libertad y de la Cloria. Habían pasado dejando su huella de sueños y de sangre. De un lado blanco, todo blanco, como el armiño. Del otro lado rojo, todo rojo, como la púrpura.

Las mujeres de su raza, todas austeras, silenciosas, místicas, todas lo habían acariciado, lo habían mimado, dejando en su alma un sedimento de piedad religiosa, que empezaba á fermentarse al calor de la vida.

Le parecía aún sentir el contacto de aquellas sombras de religiosas, que habían pasado por la vida como fantasmas, silenciosas, extrañas, sacrificadas al culto de un ideal.

Legión de tocas blancas y de almas blancas, desfilando en procesión lenta y muda, con su belleza impecable de vestales, dejándole en el alma algo como una visión de claustro, una poesía de psalmo, una soledad de praderas dantescas, un olor de azucenas en botón, una languidez piadosa, un horizonte de paz inmutable, uno como nimbo de amapolas pálidas, en el rayo blanco de una alba misteriosa y triste, una luz ascética de día virginal y lácteo, una tendencia al himno sacro, al cántico divino, á dejar volar del alma las paráfrasis aéreas, las plegarias aladas de la Fe.

Aquellas almas habían vivido todas en Dios y para Dios, consagradas al culto divino, y le parecía aún oir sus tenues voces de psalmodia, enseñándole rezos piadosos, mientras con sus dedos delgados, como filamentos de lirio, cuasi luminosos, le acariciaban la cabeza, en la luz gris letárgica del locutorio, y lo besaban con labios descoloridos, peomas de besos muertos, y se alejaban después, en rebaño litúrgico, como una bandada de golondrinas, que va á posarse sobre un viejo pórtico, invadido ya por las primeras sombras de la noche.

Al otro lado , explosión de negaciones, de animalidad heroica, muertes esplendentes de soldados, ó trágicas faces de suicidas.

La historia de su raza se encerraba así entre el poema místico y el poema épico, y el germen mórbido de ambas neurosis se disputaban su temperamento.

Su madre lo había educado religioso, de una religiosidad exagerada.

Y de ahí que su alma de niño se hubiera lanzado estremecida y furiosa en las voluptuosidades del misticismo.

Hizo la admiración y el encanto de sus maestros — todos sacerdotes — por su piedad exaltada, por su fanatismo irracional.

Absorto en la Hagiografía, exploró el mundo ideal de la Leyenda religiosa, y en su sed de santidad, aspiró sinceramente á estallar como un gran lis de pureza y de piedad, como una gran flor de beatitud, en el jardín de los elegidos del señor.

Sintió el arrepentimiento antes del pecado. Lloró de la sombra de su vida.

Maceró su cuerpo de niño, desgarró sus carnes no tocadas por el beso primero del placer. Amó la soledad de los templos, la meditación á la luz indecisa y borrosa, que entraba por las ventanas de la Iglesia conventual, que como todas las de su pueblo sólo tenía vidrios blancos, cubiertos de polvo, que absorbían los rayos del sol sin reflejarlos.

Y permanecía horas enteras absorto, en la sombra fría de esas naves, en la soledad de esas capillas, donde arquitectos ignaros, pintores y escultores primitivos, habían dejado las huellas de sus almas ingenuas, que no poseyeron más arte que el arte de la Fe.

Y hundía la frente en el polvo, ante las imágenes deformes, que pensativas y estúpidas ostentaban la pompa policroma con que la piedad campesina había adornado sus efigies, formando un inmenso prisma colorido, que reflejaba el gran día por los arcos romanos, los plenos cintrios, los muros blancos,

y la osatura gótica del templo parroquial. Y se extasiaba ante los rostros hoscos y amenazadores de los profetas y Evangelistas que sostenían la Cátedra, los serafines de rodillas bajo los arcos coronados de ninfas y tréboles á cuya sombra suspiraban santos pálidos y macerados, y agonizaban vírgenes, en su nimbo albo, borrado casi en los tintes opacos de la tela, iluminada por la claridad seráfica de sus rostros y la luz diurna, juguetona en la extraña columnata del Santuario, llena de una gracia bárbara y conmovedora.

Los dramas del Coro y del Abside llenaban su alma de un terror sagrado, de una inquietud sutil y turbadora.

Todo lo que los libros de Ruysbrock, Ángela de Foligno, Teresa de Jesús, Catalina de Sena, Magdalena de Pazzi y los más exaltados místicos han contado del limbo de las visiones y del poder sugestionador de la fe, es poco, comparado á lo que sentía aquella alma de niño, iluminada y torturada por un histerismo prematuro, que agitaba sin romperlas sus pasiones en botón.

Cuando estallaba el órgano en el coro, y el vuelo de las voces, como pájaros del monte llenaba el santuario, se estremecía de angustia, como si para él hubiesen sido escritos todos los salmos del dolor, todas las profecías de la venganza, todas las estrofas de la cólera divina, todos los cantos gemidores del rey sátiro, todos los anatemas rimados del poeta inconsolable.

Y temblaba como una flor bajo el vendaval, sintiendo pasar sobre él, como gritos desgarradores, esos himnos desesperados de la Iglesia, llenos del estupor de las amenazas, del horror de las profecías,

del sollozo desgarrador de las almas en tortura, de las horribles desesperanzas de los náufragos del mundo.

La melodía desolada, la pompa augustal; las estrofas vibradoras de esos himnos del espanto universal; esos gritos de miedo ante las cóleras divinas; esas súplicas temblorosas de perdón; estrofas que flamean como el ojo del Eterno, sobre las almas desnudas y abatidas, lo llevaban al paroxismo del espanto, y estallaba en sollozos y en lágrimas, en el desgarramiento de un grito doloroso.

Su efluencia mística se serenaba con la magnificencia, la suavidad majestuosa y grave del canto llano, incomparablemente bello, que caía en su alma como una unción balsámica y lustral.

Fatigado de estas sensaciones de la armonía, fijaba su atención en los esplendores feéricos del culto. Y su alma, como una mariposa ebria de luz, seguía el encanto de la dramaturgia sagrada, de las hieráticas grandezas, de las pompas litúrgicas, saciando sus ojos, embriagándoles de prismas, como sus oídos se habían aturdido de cánticos y de ritmos.

Y no eran ya el gemido siniestro de los órganos tacitunos, el grito entrañablemente doloroso del Arte cristiano, las lentas salmodias, las lamentaciones, la armonía sorda y sonora del grande anonimato musical, lo que embargaba sus sentidos.

Eran las procesiones lentas y graves, el chisporrotear de los cirios, ardiendo como almas de creyentes atormentadas y enfermas, los altares extrañamente blasonados y luminosos, las santas cariátides en la fealdad resignada de su actitud, augustas, en sus trescientos años de inmovilidad, las molduras de los techos extendiéndose en una flora indescifrable de

creaciones demoníacas, de cálices exóticos, de monstruos y de corolas, la decoración, el brillo, el escenario deslumbrador del catolicismo ostentoso y teatral.

Y se mezclaban en sus retinas, y se confundían en una visión de gloria : el Cristo verdoso y dolorido ; los ángeles del ábside ; los santos estáticos de la *Ascensión de la Virgen*, desnudos, en hemiciclo, semejando una tropa de sátiros entontecidos danzando en torno á una Amadríada triste ; y la pompa policroma de los vestidos sacerdotales ; la gloria multicolor de las túnicas rojas y violetas ; las sobrepellices blancas, como atavíos de virgen ; las capas de oro centellantes en falsa pedrería ; las espléndidas pluviales, púrpuras de sangre y sol ; las casullas, donde en campo rojo vuelan palomas níveas ; emerge la hostia en el azul divino ; el cáliz del Sacrificio vaga en un fondo blanco ; y en un violeta pálido, sobre el libro de los sellos, vela el Cordero Pascual... Toda esa fiesta de colores, esa apoteosis de luz, era el cuadro en que nadaba el cisne albo de su fe, entre las desgarraduras inarmónicas de una música ingenua y las salvajes iluminaciones de un arte bárbaro.

En ese ensueño místico despertó su pubertad, hallándolo puro como el lirio de los valles, vagando en pleno mundo del Ensueño ; en el país azul de la Quimera.

¡ Oh el Catecúmeno !.....

Fué al llegar á sus quince años, en unas vacaciones, en la soledad de un campo ignorado, que heridas fueron de muerte su virtud y su fé.

Como las alas de una mariposa prisionera, quedó su inocencia desgarrada en los zarzales de un monte.

Fué á las orillas de un soto, bajo un convólvulo en flor, cerca á la linfa estancada, en una tarde estival, que se alzó en su camino, turbadora y fatal, atractiva y sombría, cielo y abismo, la eterna Eva, la suprema tentadora : ¡ la Mujer !...

Y tuvo el holocausto de su carne y el beso irredimible de sus labios.

Y fué en las hojas de un libro y en un silencio de bosques, que cayó herido de muerte su dulce sueño : la Fé.

Fué allí, entre las páginas de un libro, entre el polvo sagrado de *Las Ruinas de Palmira*, en la desolación de ese horizonte de muerte, en la inconsolable grandeza de esos restos profanados, de esos mármoles divinos, de esas columnas truncas, de esos pórticos desiertos, que tuvo su primer encuentro con la virgen insaciable : *la Duda*.

Y recibió el beso mortal de sus labios de sombra.

¡ Beso irredimible, como el beso del Amor !

Volvió á su colegio, serio y triste, con la augusta seriedad que imprime en las almas grandes el primer encuentro con la vida, y la tristeza inconsolable que deja en los espíritus fuertes el primer contacto con el fango.

Volvió á esos claustros dejando atrás cuanto tenía de blanco, lo blanco de su sueño y lo blanco de sus alas. Y virilizado por el amor, esterilizado por la duda, se sintió extraño en aquel nido de la pureza y de la Fé.

El proceso de su negación fué como el de su piedad :

violento y tempestuoso. Puso en negar el mismo ímpetu que había puesto en creer.

La duda engrandeció en su alma, creció como la higuera de la Biblia, floreció como el rosal silvestre, su ramaje obscuro lo cubrió todo, y bien pronto no hubo lugar en su corazón para una flor, una siquiera, de las que se abrieron espléndidas en la ya muerta primavera de su alma.

Fué una ruina súbita y completa.

Nada quedó en pie.

Su fé no agonizó, murió de un golpe. ¡Ay, para siempre!

Llenó el colegio con el escándalo de sus negaciones, con el rumor de sus protestas, con la exaltación dolorosa de sus dudas.

Asombró á sus viejos maestros con el indomable poder de su herejía, y su alma, como un pájaro encerrado que hiere con el ala los alambres de su jaula, pugnaba por escapar, y llenaba con el eco de sus gritos las murallas de su prisión, y estremecía los vidrios ojivales de ese templo de donde había escapado ya el alma candorosa de su fé. Y sus voces, como aves de pecado, volaban enloquecidas por los claustros, con un vuelo de maldición y de herejía.

Abandonó aquel recinto.

Su rebeldía ingénita, su temperamento luchador, su tendencia al combate, sus atavismos guerreros, aparecieron entonces hoscos, exuberantes, poderosos.

Y surgió ante él la palabra que había de sintetizar su vida toda : la lucha.

Entró en ella calmado, sereno, fuerte.

Refractario adolescente, apóstata soberbio, plantó su bandera virgen en las alturas de la prensa, escaló

la Cátedra, y como Jesús en el Templo, doctrinó entre los doctores.

Aquello fué un escándalo.

Su pueblo era un monasterio laico, un jardín de iglesias en una llanura triste, uno como falansterio moscovita, un nido de almas piadosas, de campesinos intonsos.

Fué implacable con el heresiarca.

El alma de la provincia, celosa y ruin, pequeña y obscura, aulló en su guarida.

Él no se cuidó de ella. Empuñó su lanza y fué contra la legión negra.

¡Cayó vencido!...

Al llegar á este recuerdo, el *Maestro* se estremeció, la cólera empurpuró su rostro... Fué como un relámpago. Después, sonrió desdeñosamente y alargó su mano con repugnancia, como si fuese á sacudir el fango que habían dejado en ella los cabellos de esa sociedad, cuando la tomó por ellos para sacarla de la cloaca inmunda.

El gruñido del gran cerdo le desgarraba los oídos.

Sintió un disgusto inmenso, como siempre que se acordaba de aquel lugar y de aquella época. Y, sin quererlo, pensó en aquel magnífico *Ecce homo*, de Rembrandt que aullado por la muchedumbre, perseguido por los fariseos, muestra su faz triunfal, su serenidad vencedora, en el silencio de una sacristía flamenca, cerca á otras telas empurpuradas del maestro.

Como hálito de praderas florecidas y vientos de libertad, vinieron á él, cuando rememoró el momento del glorioso y definitivo abandono de su país.

Le parecía verse salvo y triunfador en la frontera,

volviendo la vista, como el Patriarca, para ver hundirse en la tiniebla el valle maldecido.

Y se veía á esa distancia, cuasi adolescente, luchador, agresivo, pletórico de juventud y de fuerza, de pie en la linde de la patria, pronto á tender el vuelo á la celebridad cercana, y su pensamiento móvil le traía entonces el recuerdo de aquella estatua de Aquiles que en su último viaje á Grecia había contemplado en las alturas del Gastouri, entre los laureles rosas, las palmas índicas, las lilas blancas y las rosas exuberantes de Corfú, frente al *Achilleion*, el suntuoso palacio, que el sueño de la Emperatriz demente hizo alzar bajo el cielo del Pireo, para el enjambre de sus sueños enfermos y la desolación de su tristeza inconsolable...

Él también, como el héroe homérico, había tenido que inclinarse, para arrancar de su talón el dardo envenenado.

Y sentia aún la impresión dolorosa de la planta que ha pisado el áspid.

Como un viajero, que al partir, fija su vista en la última isla florecida, en el último celaje de crepúsculo que invade y borra la ola montante de la noche, su recuerdo se detuvo en un acontecimiento ya casi olvidado y que había precedido sólo un año al abandono absoluto de su pueblo.

Eran sus últimas vacaciones : tenía diez y nueve años.

Era diciembre, el mes de las canciones y los mitos. En su nativo valle todo se alegra y canta en ese mes. Son las Anthesterias sagradas. Flora danza su danza

perfumada, suelta el manto y las puntas de su halda y es lluvia de colores y de pétalos. La campiña se torna en una égloga. Poema de bucólica sagrada. Y, sobre el valle árido, pasa, como una poesía de colores, el divino verso de Meleagro :

. . . . Déjà la violette blanche fleurit,
Elles fleurissent la fleur qui aime les pluies : les narcisses.
Ils fleurissent les lys qui aiment les montagnes.

Y los misterios sagrados, las fiestas redentorales, las leyendas mesiánicas, reproducidas y celebradas en ese mes, le dan un extraño sabor de idilio bíblico, de encanto pastoril, de pompa oriental, á las fiestas cristianas de ese pueblo primitivo.

Todo es fábula y Amor en la gloria de ese mes.

En su casa, el duelo inacabable de su fortuna, el orgullo indomable de su madre, la visión perpetua de su ruina, no dejaban lugar á la alegría. Allí esos días eran tristes, por el recuerdo de esplendores pasados, de alegrías huídas para siempre. Comidas de familia, ágapes patriarcales en que se recordaban los nombres muertos y los tiempos idos, era todo lo que concurría á celebrar las navidades ruidosas y los recuerdos pascales.

Pero tenía casas de parientes y amigos, donde como en colmenas removidas, susurraba el rumor de la alegría y había franco campo á la expansión.

En una de ellas, conoció una joven viuda, de belleza extraña y enigmática, atractiva y fascinadora, de carnes excitantes y triunfales, de ojos negros, con un negro violeta, como de uvas del monte ya maduras ; ojos nostálgicos de Amor, que brillaban tempestuosos

en la blancura de la piel, teñida de un débil rosa de durazno.

Había leyendas y crónicas en torno de esas formas enlutadas, de ese seno de Pantocrator hecho para altar de Eros, de ese cuerpo níveo, formado para calmante de besos inacabables, para exhibirse desnudo á las miradas ávidas de los veinte mil peregrinos de Eleusis, cerca al faro rojo, sobre las montañas de púrpura...

La virtud es un cuervo que anida en las ruinas.

Y aquel cuerpo no era una ruina. Era una Aurora de Amor, un cántico triunfal de la belleza, un poema de la carne, hecho para las violaciones íntimas, las profanaciones voluptuosas, el encanto de los besos furtivos en las carnes desnudas.

Su viudedad, su posición social, la rigidez del medio en que vivían, ponían un dique inmenso entre ella y aquel mancebo á quien se había habituado hasta hacía poco, á mirar como un niño, repulsivo y soberbio, espécimen marcado de esa raza triste y altiva, á quien ella y otros atribuían algo de maniaco.

El capricho es la ley en la mujer.

Y ella encaprichado se había en ese mozo indómito, ya con leyenda dañina, y marcado con sello de indomable rebeldía.

Ella midió la distancia y se propuso acortarla.

Le buscaba dondequiera, le conversaba íntimamente, usaba con él de bromas suaves, de equívocos sutiles, lo seguía con miradas ardientes como luces, apoyadas como caricias, lujuriantes y cálidas, impregnadas de la nostalgia loca de los besos. Parpadeaba, y de sus ojos magnéticos parecía escaparse todo un vuelo de cántaridas. Y permanecía absorta mirán-

dole, y sus narices se dilataban, como si sintiese el olor voluptuoso y formidable de Adonis, cual si tuviese ante sí la visión de las siete noches innarrables de la obscura y ardiente sulamita.

Él no se apercibía de ella.

Toda mujer es Salomón en el amor. El don de la sabiduría le es innato.

Su deseo es ley.

Ella comprendió bien que toda la tarea de la conquista de este ingenuo, de esta seducción al revés, le estaba encomendada y abrevió el camino.

Una de aquellas noches en que se había danzado hasta muy tarde, manifestó miedo de retirarse sola, y entre las que se le ofrecieron aceptó la compañía de aquel que ella deseaba.

Era una noche serena, estrellada, turbadora como una decoración de sueño.

Los ruidos de la ciudad habían cesado, y reinaban una calma profunda, una quietud protectora y cómplice.

La atmósfera saturada de perfumes extraños, tenía efluvios de voluptuosidad, como arrancados al seno de las flores.

Ella, apoyada suavemente en el brazo del joven, le hablaba paso, con una voz confidencial, acariciadora, que producía como el efecto de un rozamiento en la piel, como la desfloración misteriosa de un beso. Y le envolvía en largas miradas hipnotizadoras, que le erizaban la piel, y despertaban todo el fuego de su virilidad exuberante, estremecida al contacto de algo intenso y ardiente, que fluía de aquel cuerpo de mujer.

La calma de la noche los envolvía en una gran dul-

zura misteriosa, en desfallecimientos de éxtasis, en enternecimientos de piedad, en una esperanza vaga de promesas de ventura, en un deseo infinito de apagar su sed de lujuria en un beso indefinido, en el abrazo ardoroso de sus cuerpos palpitantes.

Y ella continuaba en envolverle en la llama salvaje de sus ojos, en las lenguas de fuego de sus frases incendiadas.

Él temblaba perplejo, sin osar nada.

Prostituído en amores fáciles y fangosos, habituado á aplacar los ardores sensuales de su carne en las fuentes públicas del vicio, no osaba levantar sus ojos, ni su esperanza, hasta esta seducción inesperada.

Y la seducción fué.

Y el hecho inexorable se cumplió.

Y se estableció entre ellos una ligazón culpable y ardiente, durante la cual fatigaron el placer hasta el espasmo, el goce hasta la locura, la voluptuosidad hasta el dolor, el vicio hasta la crápula.

Jugaron la comedia del amor en las rabias carnales del placer, fatigaron el cántico en las estrofas del beso, y vibraron como cuerdas afinadas de un salterio, sus cuerpos enloquecidos en las noches afrodisias.

La poseyó, vestida con la sola belleza de sus formas, sació sus ojos y sus deseos en las cegadoras esplendideces de sus carnes jóvenes y gloriosas, cubiertas, como una flor de histeria mística, por los rojos estígmatas del deseo inapagable.

Vertió el vino en el ánfora vacía.

Saboreó el gusto de la muerte en los labios de la vida. Y aprendió esta verdad de la Escritura, que :

hay tres cosas insaciables, y una cuarta, que no dicen nunca: basta. El infierno, el fuego y la mujer: la tierra que bebe alterada.

Ella era como la mujer armada de los siete espíritus, que tortura y mata al hombre, al decir del Eclesiastes. Era ardiente como venida del desierto, escapada á las caricias de leones y de leopardos, incansable como la yegua árabe del Faraón de que nos habla la Biblia, y sumisa al placer como la hembra del hebreo con la argolla en la nariz.

Irreprochablemente lúbrica, como Ruth, ella inició al adolescente en los ocultos misterios de la liturgia faálica, en las frondas obscuras, en los laberintos densos donde florece el beso culpable, y en una visión de Edén se oye el canto de Afrodita, tiembla la estrella de Venus sobre las carnes desnudas, y titilan las estrellas sobre los cuerpos ardientes por las horas de un contacto interminable.

La tempestad rompió ese Idilio. Y él fué aventado lejos, muy lejos!.....

Por mucho tiempo, sólo le quedó de aquel encuentro brutal, un sabor de pecado en los labios y una impresión de llama en todo el cuerpo.

Después, el silencio vino, y la imagen se borró.

El tiempo mató el último germen de recuerdo.

Sólo supo que del poema bestial había nacido un niño.

No lo vió nunca, no inquirió jamás por él.

Tenía el horror de la paternidad.

Y, después de tantos años, apenas si en momentos de abandono y reflexión recordaba que era reo de ese crimen cobarde, de imposición de la vida, crimen aleve, no castigado aún por los códigos humanos.

No sintió nunca ni amor por ese ser, ni remordimiento por ese hecho.

El amor era una debilidad ajena á su carácter.

El remordimiento, una imbecilidad ajena á su talento.

Hoy, todo eso era un recuerdo, un recuerdo, nada más.

Así pasó á otro orden de ideas.

Las apreciaciones políticas de Teodoro tenían para él el encanto de ser un eco rejuvenecido de su propia voz, la confirmación de sus juicios sobre la política tempestuosa y movediza de las democracias latinas.

Sus noticias sobre Arte y literatura tenían el doble prestigio del recuerdo y del cariño.

Él conocía la legión sagrada, ese grupo selecto de artistas y escritores que combatían por el Ideal, én medios de cultura escasa, en sociedades adoradoras del pasado, indiferentes ó crueles con el talento, de un fanatismo sombrío, de una platitud insuperable, de un culto ardiente por todo lo mediano, ebrias de tradición y de orgullo aldeano, y tocadas ya por la ola invasora del mercantilismo fariseo.

Él amaba á esos nobles espíritus, sus hermanos, predicadores de la Buena Nueva entre los gentiles de Arte, en esos desiertos de almas, más pavorosos que el desierto verdadero que comienza más allá de los lindes habitados.

En todo el mundo, aun en Atenas, hay un punto de Sarmacia.

Y él pensaba con cariño en esas almas nobles, tan desinteresadas, tan altas, tan fuertes, en esos combates por el Arte, ricos en desesperaciones trágicas y muertes ignoradas.

Pero lo que le interesaba particularmente era el estado de alma de Teodoro.

¿Había sido fuerte ante el dolor?

¿Su estoicismo se había conservado ileso en esa prueba la más ruda de su vida?

La frase dolorosa y fuerte de sus cartas no traicionaba debilidad ninguna.

Sufría su dolor, se explicaba su razón de ser, analizaba su intensidad, esperaba, no la desaparición del sufrimiento, sino su gradual y lógico decrecer. La resignación, con una serenidad de alba se alzaba en su horizonte. Esperaba que ese dolor muerto se haría el recuerdo sagrado, el compañero inseparable de su vida. Y esperaba calmado esa transfiguración de su dolor.

Nada hablaba de amistades. Nada de Amor.

Pero, en la descripción de la noche trágica, ¿por qué se detenía tanto en la pintura de esa novicia? ¿por qué ese interés en saber algo de su historia?

¿Era curiosidad de psicólogo? ¿Era pasión de Artista?

Nada podía leer entre las líneas negras, fuertes y netas, que marcaban las huellas de su pensamiento sobre la hoja inmaculada.

Y, sin embargo, como el vapor que se alza de un lago al primer rayo del sol, se alzaba en aquella carta la imagen dolorosa de esa virgen abandonada, y se alzaba tomando forma, interponiéndose como un velo de lágrimas entre su discípulo y él.

Y volvía obstinadamente la vista hacia aquel fantasma, y miraba obstinadamente aquella carta, como queriendo hacer surgir de ella la verdad, al conjuro de su querer dominador.

¡ Oh, si hubiera estado allí Teodoro, cómo hubiera brotado la verdad de su corazón, clara como el agua de un manantial, porque era alma incapaz de fingimiento !

Él sabía que su Maestro odiaba la mentira no por mala, sino por vil.

La mentira es la forma imbécil del miedo.

Ser cobarde es ser vil.

Mas, ¿ cómo saber ahora la verdad ?

Teodoro no le ocultaría nada.

Eso lo sabía él.

Pero entre tanto ¿ cómo velar de lejos por esa alma ? ¿Cómo protegerla contra la debilidad del Amor ?

Y, artista inquieto, escribió entonces esa carta que su discípulo, creyéndose superior á la pasión, había dejado caer sobre la mesa, para pensar á distancia en su Maestro querido.

* * *

En tanto, en el país del Sol, vibraba el drama.

Teodoro, inexperto cazador en bosques inexplorados, había sufrido, no el encuentro aterrador de la belleza implacable, que llenaba de horror al joven cazador laconio en los bosques del Taygeto, sino el de la diosa admirable, que encontró Odisseus al pie de las montañas de Delos, en la bella dualidad de Arete y de Triphé, la diosa omnipotente : Venus Afrodita.

¡Oh, la diosa inmortal! Impera sola.

Brilla como la estrella de su nombre en un jirón pálido del cielo.

Única triunfadora de la muerte, inmóvil en su Olimpo ya vacío, radiante en el crepúsculo trágico

que envolvió á los dioses de la Heliada, serena en su belleza inmutable, ella es la triunfadora, ella es la eterna!

¡Venus, la Tentadora, la Mujer!

De pie sobre la tierra, zócalo de su altar, ella domina el mundo en muda adoración ante su cuerpo, esbelto como un lis, inagotable á la caricia como un Pactolo de besos, saturado de amor, ondulante y pérfido como la mar que fué su madre.

Y, soberbia, vencedora, estalla en su salvaje desnudez, proclamando el reinado de la carne, en medio de supremas languideces, de ocultas y divinas vibraciones, bajo un cielo de púrpura flameante, que recuerda el incendio del Ocaso.

Amour des sens, ô jeune Eros, toi que le roi
Amour, le grand Titan, regarde avec effroi,
Et qui suças la haine impie et ses délices,
Avec le lait cruel de tes noires nourrices.

¡Oh, Amor! ¡Oh, Tirano de los hombres! Tuyo es el mundo.

El Amor es la invasión del sueño en el teatro de la vida. El sueño es la locura.

Toda pasión lleva al abismo, sin exceptuar la pasión de lo infinito.

El amor es la pasión tenebrosa de la carne.

La pasión engendra el delirio, huella las alturas, puebla los abismos, finge los mirajes, pinta los crepúsculos, va como Satán del cielo al fango, llenando el alma con su sombra, haciendo la tiniebla cuando abre ante la vida sus alas membranosas.

Hay un período de lucidez que precede á esta locura.

El decreto de los dioses abre esa puerta, por donde escapa el hombre cuerdo, al tiro de la flecha envenenada.

Teodoro atravesaba ese período.

Seguro de su fuerza, seguía el juego de su corazón, como un jinete que conoce su corcel y lo domina.

El golpe de rayo de que habla Stendhal, había vibrado sobre su cabeza, y él reía de este rayo de Damasco, que no había de convertirlo, Saulo deslumbrado, al culto del amor.

No, él no iría á esa debilidad, que envenena las noches y los días con incomparables tormentos, tan sólo por haber creído con inocencia infantil en esas palabras que arrullan como músicas, aduermen como el opio, mienten como las olas, y cuya duración depende de una sacudida de borrasca, de una sensación de nervios, del capricho de algo tan instable, tan frágil, tan liviano como una alma de mujer.

No, él no sería uno de esos asesinados en la lucha, esas almas torturadas, que han comprendido herida por herida, desgarramiento por desgarramiento, fibra por fibra, lo que cuesta creer y soñar reclinado en el hombro tembloroso de la implacable, de la Instintiva Enemiga, extrayendo el jugo amargo del amor de entre sus labios perjuros, en las torturas refinadas de los besos, en el limbo de las alucinaciones mórbidas, en las peligrosas y perversas languideces en que abdica el hombre, en los espasmos del deseo silencioso, inconfesado, bajo el frotamiento acariciador de los dedos y los labios.

No, él no sería el juguete de ese *bibelot* insaciable, quimérico y cruel, que envenena la vida y la hace triste...

No, él tenía del amor otras ideas.

Creía con Dumas que el amor es la batalla de los sexos, y definía la mujer como Hipócrates : *Fæmina est quod est propter úter.*

No había amado sino con su cuerpo, y sus sueños no pasaban de las beatitudes sensuales de la carne.

En pieles ambaradas como mármoles de la Heliada, en cabelleras rubias dignas de ungir los pies de todos los redentores, mártires de la quimera, en pupilas resplandecientes ya negras y profundas como el abismo, ya azules, luminosas como el éter, ya verdes fosforescentes como el mar, en las salmodias sugestivas de la lujuria, en las curiosidades deliciosas, arrebato de bestia en celo, se anonadaba en un inmenso dolor inconsolable, y neruótico sabio, buscaba sensaciones raras, refinamientos extraños, en los pétalos de aquellas flores de carne, sin tener un segundo de ternura ó de emoción cerebral en el fondo de su ser.

Así, alto y fuerte, con el imperioso desdén de las pasiones humanas; siguiendo con una fijeza hipnótica las fases de su proceso mental y de su proceso sentimental; creyendo saber las modalidades y las finalidades de su afectividad; seguro del predominio de los sentidos sobre su voluntad, no temía al amor, y lo retaba.

Quería poner á prueba su ciencia, su doctrina, su fuerza. Quería probar sus armas, exponer su cota al fuego, y ver si era como él soñaba, invulnerable á las flechas del dios pigmeo.

Necesitaba ostentar vencedora la triple armadura que protegía su corazón contra la magia de las ternezas; retar á quien quisiera detenerlo en el camino que se había valerosamente trazado en su quimera, y

ostentar el orgullo de esa virginidad inviolable de su corazón, que exasperaba á las mujeres como un desafío é intrigaba á los hombres como un misterio.

Puesto que estaba armado para el combate debía buscar la batalla ó no esquivarla.

Si su gran mutilación del sentimiento era real, ¿por qué no acercarse á ese sol fecundador que rompería sus rayos sobre el terreno estéril?

Si quedaba aún un lugar para el crecimiento de los gérmenes; ¿no se le había enseñado á él la grande operación asesina para los corazones refractarios á la absoluta extirpación del mal?

Entonces; ¿por qué temer? Él era fuerte.

Ademas, el hábito de verse vivir, de mirarse pensar, de observar su *Yo*, de disciplinar sus pensamientos, de dominar sus sensaciones, había desarrollado su voluntad consciente y poderosa, y el hábito de autoridad sobre sí mismo lo hacia despótico y soberbio.

Sic volo, sic jubeo, sic pro ratione voluntas, era su divisa.

En todo rebelde hay un déspota.

La rebeldía es el despotismo al revés.

Y él era un rebelde y un déspota.

Él había visto pensar y actuar á su *Maestro* el insurrecto indomable, y sabía bien qué autoritarismo tan violento inspiraba las menores acciones, hasta los menores pensamientos, en la vida toda de aquel hombre.

Así iba, atrevida, consciente, reflexivamente, en busca de una nueva sensación para analizarla. Iba á caza del mal para vencerlo. Iba como Hércules á busca del león.

Y el cadáver de su primera pasión sería la piel noumea que habría de protegerlo para siempre.

Sabía mucho del amor, no había sentido nada de él.

Se sentía incapaz de sentirlo, pero se creía capaz de inspirarlo.

Su sola condición de filósofo no bastaba á su vanidad de hombre. El macho ávido de placeres y conquistas rugía en el fondo de su orgullo. La vida animal desbordaba en él, exuberante y frondosa, como el follaje en una selva virgen.

Su *Maestro* había dicho : *sentir el emor es debilidad, inspirarlo es fuerza.*

Y él se sentía fuerte.

Así jugaba con su corazón, como Aquiles con sus armas, al pie de la ciudad sitiada, bajo la mirada fascinadora de Helena.

Él sabria matar el Amor si osaba medirse con su Ciencia. Él lo haría víctima y trofeo de su victoria.

Más feliz que el hijo de Peleo, no temía la invulnerabilidad de su talón. Nada en él era sensible.

Su corazón de veinte años era viejo de veinte siglos. Extraños *colkitos* le habían enseñado esa petrificación más reçia aún que la del cuerpo milenario de momias faraónicas.

Como el generoso Hartzembuch se producía la fiebre para curarla, así él quería producirse el amor para matarlo.

Y puesto que sentía esa inclinación artística, esa inquietud psicológica del misterio, esa sed de los problemas abstruşos; ¿por qué no ir al fondo del enigma? ¿por qué no llegar hasta la esfinge? ¿por qué no afrontar la mirada del monstruo? En el fondo de ese meditabundo había un soñador y un sensual.

Su *Maestro* había perseguido en él la manía versificadora, asesinando con sarcasmos crueles su tendencia á deformar el pensamiento en el molde profanador de la métrica.

Pero el Poeta vivía en él.

Vivía, soñador enamorado de extrañas formas de lo bello, artista sensitivo y vibrador, dotado de la exquisita facultad de percibir la más lejana percusión de la armonía, el más ligero matiz de los colores, la más vaga ondulación de la línea.

Esteta refinado y culto, inciado en los secretos del Arte, por haberlos sorprendido cuasi niño al pie de las colinas sagradas y apagado su sed en linfas puras de fuentes clásicas, reflejadoras de la alta serenidad inalterable.

Habiendo aprendido á comprender la belleza eternal, al pie de los modelos inmortales, ante los mármoles augustos, los lienzos ungidos por el tiempo, los grandes frescos murales en los cuales como garras de leones en la arena, dejaron los grandes genios su huella luminosa de colores.

Habiendo recorrido, adolescente triste, poeta torturado por la obsesión de la Belleza, las campiñas sonrientes de la Italia, *alma parens* tierra del Arte, tierra sacra, en la cual la humanidad ha percibido mejor la esencia de lo bello, cielo privilegiado, bajo el cual se ha abierto, más espléndida, más fragante, más rica que en ninguna otra parte del Orbe, la divina, turbadora y extraña flor del Arte, sabía bien de la Belleza. Sus pupilas la habían percibido en la forma insuperable, en los mármoles desnudos de Roma y Nápoles, de Florencia y de Venecia, en los lienzos del Vaticano y los Uffici, de *Studi* y de los *Dogi*, de Pisa y de Bolo-

nia, en todo lo que el genio aglomeró por siglos, en esa zona feliz, en donde ha pensado y sentido, trazado y esculpido, amado y odiado mejor el Alma humana.

Él sabía de los antiguos, pintados, esculpidos y cantados. Él sabía de Homero á Hugo, de Praxiteles á Rodó, de Polignoto á Puvis de Chavannes, la genealogía de todos los inmortales. Y sabía todo, de sus obras, de su esfuerzo, de sus campañas triunfales por el Arte.

Y su oído educado estaba para el divino canto que el Genio vierte nota á nota en las almas privilegiadas.

Desde el hecatonquero de Esquilo al alejandrino torturado de la *Leyenda de los Siglos*, de la molicie trágica de Sofocles, á los mármoles impasibles de Leconte, de las mariposas de oro de Meleagro, á la voluptuosa tristeza de los violones de Verlaine, él sabía todo, de los grandes cantores, del Titán enfurecido, al Efebo triste, del dios impasible, al Sátiro irritado, de todos los que en sus cantos, en sus gritos, en sus quejas, han repercutido el eco monótono, engrandeciente, siempre vibrador y siempre nuevo, del grande, del inconsolable dolor, el eterno ritmo en la eterna lira, el inmutable y torturador sollozo humano.

Y era un sensual refinado y nervioso.

Como en todos los intelectuales, su sensualidad consciente era toda cerebral.

El deleite pecaminoso, condenado por la Iglesia, es el deleite de las almas artistas y soñadoras.

El refinamiento es la aristocracia del vicio.

Más que la acción, es la concepción deleitosa, la deleitación morosa del placer, lo que tortura y encanta á una alma refinada.

No hay *hatchis* comparable á los mirajes de la luju-

ria en un cerebro tocado por las alas rojas del ensueño, del refinamiento y del Arte.

El más depravado de los libertinos brutales, de los prácticos de la carne, no alcanza á realizar la mitad del sueño lascivo de un poeta enfermo, ni del más impecable adolescente neurótico, atacado del mal de los cerebrales.

El placer verdadero es todo del cerebro.

Y, por eso, la gran lascivia es la lascivia intelectual.

Un salvaje llegará hasta matar por satisfacer su pasión brutal, y se saciará con la furia amorosa de un tigre.

Todo su placer está en la sensación del momento, en la vibración nerviosa, en el hecho pasajero y brutal.

No así en un intelectual.

La concepción ó el recuerdo del placer son más fuertes en un intelectual que el placer mismo.

El arte, el encanto, la lenta voluptuosidad con que una alma exquisita y refinada arregla y ordena en su mente la escena de placer que debe suceder ó que imagina, son más grandes, y su sensación es más intensa que la que el hecho realizado podría darle.

El recuerdo de una escena de placer, reconstruída en la memoria, lenta, cariñosa, ordenamente, con arte especial, con deleite sutil, con el cuidado de los íntimos detalles, con la complicidad pecaminosa y agradable del recuerdo, que da vida á los objetos y resucita los aromas mismos, es más grato, produce en el cerebro una vibración de voluptuosidad más acerba, más intensa, más fuerte que el goce mismo, cuyo recuerdo torturador se alza en la mente.

En Teodoro, poeta y sensual, al aguijón del re-

cuerdo se unía el del medio ambiente, acreciendo su tendencia al ensueño y al placer.

El calor de los trópicos hacía hervir su sangre, y los amplios, luminosos horizontes, las frondas de las grandes florestas, hacían volar sus sueños.

Y en un medio en que el placer del amor era escaso y malo, el recuerdo de las bellas carnes, tantas veces palpadas, de los senos marmóreos, tantas veces cubiertos de besos, de las blondas cabelleras tantas veces desanudadas, venían á su cerebro con la tumultuosa obsesión con que las visiones del pecado llenan la celda de un joven cenobita.

Y en esa agitación de su ser intelectual y sensorial, buscaba el amor retándolo, seguro de vencerlo y de matarlo.

Y continuaba en ir todas las manañas al Templo para verpasar ante él á la joven enclaustrada, pálida, inmutable, insensible al parecer al culto de que era objeto.

¿Lo ignoraba ella?

Tal parecía, ante la actitud cuasi hierática en que permanecía durante la misa, inmóvil, bajos los ojos, absorta en su oración.

Hubiera sido preciso acercársele, para ver cómo temblaban sus labios, cómo se entreabrían sus párpados, cómo latía su virgen seno bajo la tosca blusa de su sayo, que envolvía sin ocultarlos, sus dos lirios del amor aun en botón.

Esta indiferencia excitaba al poeta voluntarioso.

El deseo se hace amor salvajemente en las naturalezas dominadoras.

Ese fondo de misterio religioso era un extraño acicate á su pasión.

La Religión y la muerte, sazonaban su amor de una extraña voluptuosidad y aguijoneaban su deseo, exacerbándolo, como la picadura del tábano sagrado.

Ansiaba por momentos abalanzarse sobre la joven, torturarla, violarla, poseerla vorazmente entre las cenizas de los muertos, á la luz sepulcral de los blandones, sobre un túmulo negro, haciendo de la urna funeraria un tálamo nupcial. La imagen de la muerte avivaba en él el instinto de la vida. El amor es la animalidad despierta y la tendencia á perpetuar la vida.

Es el pasado, el obscuro pasado, el que determina nuestras pasiones.

Son la voz del primato, el recuerdo de la selva, el atavismo del bruto, el aullido de la *gran Bestia* los que se despiertan y nos dicen : *¡ama!* Es el :

. . . . durus amor
. . . . in silvis jungebat corpora amantum.

La ceniza amarga del pecado se hacía á sus labios manjar apetitoso.

Todo amor es amor de carne. Todo amor es un deseo. Todo deseo es un dolor. Y el dolor es una maldición. ¡La Maldición de Eva! Una verdad muy profunda hay en el mito mosaico. Verdad eterna.

La inquietud del corazón es el burbujear del lodo.

Y Teodoro estaba inquieto.

Él en quien la sensación de la vida intelectual iba hasta el vértigo ; que permanecía horas enteras oyéndose vivir, que por un raro desdoble de su personalidad se miraba pensar como si fuese un extraño, quedaba absorto horas enteras, analizando sin explicarse, esta sensación violenta de deseo, esta incompatibilidad entre su vida intelectual y su vida pasional.

Amaba y se disimulaba la turbación creciente de su ser. Batallaba contra su corazón con sordas cóleras, y marino confiado, ponía rumbo á la tormenta con su nave empavesada.

La sombra de su madre era como un reproche á su deseo.

No; aquella virgen mística que había cerrado los ojos de la muerta, no merecía, no, esta profanación del pensamiento.

Y gozaba del placer satánico de impulsar su sensación y de negarla, de comprender su pasión y dudar de ella.

Y recorría el orbe luminoso de su visual, con los ojos abiertos sobre su alma, como temeroso de escuchar la explosión de la gran flor maldita, que él mismo impulsaba á germinar, seguro de deshojarla y destruir uno á uno sus pétalos venenosos...

Solo el amor permanece irreductible como la muerte á las conveniencias humanas, había dicho un psicólogo eminente.

El amor es el salvaje libre.

Y él esperaba la aparición del salvaje formidable, y lo deseaba grandioso como el Caupolican de Ercilla, para librarle batalla ruidosa y vencerlo y degollarlo como á un guerrero antiguo.

Suyo sería el triunfo.

Fortis nihil deficit.

SEGUNDA PARTE

El alma de una virgen es el alba inquietante del misterio.

Flor capciosa y turbadora ¿ qué guarda en sus pétalos inmaculados y en su cáliz repleto del germen de los sueños?

Lirio místico que se abre ante el altar del *Deo Ignoto*, en actitud confiada de holocausto, ¿ qué vidas irá á perturbar? ¿qué sueños irá á despertar? ¿qué embriagueces causará con su perfume?

Albo cisne que entreabre las pupilas, llenas aún con la bruma de la nada, el ala eucarística besada por la ola montante de la vida ¿ qué riberas embellecerá con su presencia? ¿ por las aguas móviles de qué existencia atravesará dejando en ella la huella de su silueta, hierática, imborrable, bella como un cántico de Amor, ó triste. trágica acaso como la de una ave carnicera? ¡ Ay, *la sombra es negra aun viniendo del cisne !..*

¿Qué surgirá, al romperse aquella crisálida divina? ¿Manon ó Juana de Arco? ¿Lucrecia ó Mesalina? ¡La terrible Belleza va á estallar!....

¡Ay, cuántas existencias envenenadas, cuántos destinos truncos, cuántos genios vencidos, cuánta amargura, cuántas lágrimas, cuántas desesperaciones trágicas regará en la vida aquella núbil existencia en flor?

¿Qué saldrá de esos labios que aún no mienten? ¿El beso que mata ó el que embriaga?

No hay beso salvador.

Todo beso en el Amor es asesino y trágico.

La virgen tiene eso del monstruo: que guarda el Enigma.

En el dintel de la vida mira el porvenir, como una Esfinge inmóvil, en la linde del desierto.

La vida se extiende ante ella como un río elíseo, con riberas florecidas de sueños.

La ceguera divina de los dioses persiste en la pupila adolescente.

La psicología de una virgen es toda de anhelo y de misterio.

Sus tempestades son fisiológicas, más que psicológicas.

Es la pasión, le eterna pasión de Eva, la que grita en sus carnes dormidas, y en sus pechos erectos, al entrar en la pubertad, hábil ya para el Amor.

El vicio inconfesado y núbil duerme en sus formas intocadas y en sus grandes pupilas inocentes, abiertas sobre el mundo ideal del placer que ellas ignoran. Como un pájaro del Paraíso, con grandes golpes de ala, el *Deseo* toca á las puertas de su vida.

El arcano sexual se alza ante ella inquietante y su-

gestivo, y siente anhelos extraños de rasgar e. denso velo.....

De ahí sus tristezas profundas, sus inquietudes irrazonadas, sus anhelos indescifrables, sus amistades apasionadas, sus sueños quiméricos, su religiosidad exaltada y enferma... El anhelo del Amor en todas sus formas.

El principio genitor de su vida, el poema entrevisto, á cuyo fin la maternidad abre sus grandes flores de carnes, ó la Histeria hace crecer su extraña floración de Ensueño y de Locura.

Ó el hombre ó Dios; ó el cuerpo ó la sombra del Amor; el Placer, ó el Sacrificio; el goce, ó la renuncia; el beso ó la locura. Eva la de Moisés, ó Teresa, la de Jesús.

Más ó menos confesado, más ó menos sentido, el Amor es el drama y es el sueño de la nubilidad naciente.

Y en sus noches de fiebre adolescente es á esta quimera adorable á quien se tienden los brazos vírgenes y los labios no tocados por los besos.

El pecado ofrece su eterno fruto, en el árbol del eterno paraíso, y la serpiente del deseo murmura su eterna seducción, arrollada en las curvas de la carne impóluta: ¡ El Eterno Génesis del mundo!

¡Obscura germinación la del deseo! ¡Alba alarmante el Alba de la carne! ¡ Amor! ¡ Eterno Amor que te revelas en el misterio cándido del sexo! ¡ Por tí nacen los hombres, por ti mueren! ¡ Sello de Maldición, Tú eres eterno!

Y la virgen reclusa se asombraba, con los ojos del Alma inmensamente abiertos sobre el mundo insondable del Ensueño.

Como la corola virginal de un lis, algo blanco y perfumado se abría en su corazón. Y la virgen temblaba. ¡ Rosa mística ! Rosa del Señor, sentía que ráfagas de un viento extraño la tocaban, y alzaba su corola pensativa.

¿ Sentía acaso llegar el Gran Tirano ?

¿ Presentía la aproximación del Eterno Mal ?

En la salvaje inocencia de sus diez y siete años ; en el torrente impetuoso de su vida animal que desbordaba ; en la obscura bruma de sus pensamientos ¿ cómo definir, cómo clasificar lo que sentía ?

Al principio, fué un miedo invencible y cerval, miedo de corza que escucha el rugido del león.

Los ojos dominadores, negros, sortílegos, de aquel mancebo, fijos sobre ella, la hacían estremecerse.

Su dolor furioso, estallante y sincero ; el grande y varonil sollozo de su pecho ; su beso apasionado y trágico en los labios de la muerta ; toda aquella escena de dolor filial, vivía en su cerebro, palpitante y lúgubre, con una rara fascinación de muerte y de misterio, como el principio de algo desconocido y turbador, de algo definitivo y temible para ella. Y sacudía su gran mano ducal delgada y pálida, cual si sintiera aún en ella el aliento abrasador de aquellos labios, el contacto de aquel bozo naciente, que la tocaron apenas, al posarse desesperados en los labios de la muerta.

Y una piedad infinita, de huérfana abandonada, se desprendía de su alma dolorosa y pura, y se iba hacia ese ser huérfano como ella, solitario.

En el peripleo de su vida todo era riberas desoladas. ¡ Todo era soledad ! ¡ Todo abandono !

Su infancia enclaustrada y solitaria, su niñez sin

besos y sin caricias la habían hecho sedienta de cariños, y á la indecisa visión de algún afecto, tendía hacia él los brazos, como una golondrina enferma abre las alas friolentas al primer beso del sol.

Así se había aficionado violenta, apasionadamente, á algunas de sus condiscípulas y de sus Maestras, con una sed de Amor impresionable y ardiente, que le venía de su madre, histérica y voluptuosa, y una irascibilidad dominadora, que le venía de su padre, voluntarioso y cruel.

¡ Pobre ser abandonado y enfermo, cuyo recuerdo no guardaba un sólo rayo del Sol de los afectos !

Apenas si recordaba allá en los albores de su memoria, los besos fríos de una aldeana tosca y brutal, que no era su madre, y confusamente veía los primeros años de su infancia en la campiña lejana, en el cuadro desolado de una llanura monótona y fría, bajo un cielo gris, cuasi siempre invernal, entre trigales blondos, que se extendían hasta perderse de vista, fingiendo con los rayos del sol, reflejos de un mar áureo, infinito ; sauces melancólicos sobre fuentes rumorosas ; albas tristes, como de praderas noruegas ; y crepúsculos de una luz difusa de día boreal, en el fondo de los cuales, como en la acuarela soñadora de un paisaje escandinavo, se diseñaban lás siluetas de bueyes pensativos, en la onda verdinegra de alfalfas olorosas y verbenas perfumadas, que se inclinaban en la quietud del horizonte, bajo el ala misteriosa de la sombra y del silencio.

Luego, sus largos, monótonos años de claustro y soledad.

El recinto protector de los conventos : las cruces gigantescas sobre los muros blancos : las capillas

silenciosas con olores de lirios y de incienso.

Los dormitorios uniformes, llenos de sueños castos y de anhelos innombrables : las siluetas de sus amigas, en cuyos labios había aprendido el beso : los coloquios inolvidables : los jardines geométricos, donde las flores se abrían como vergonzosas de su reproducción y las aves se escondían para amarse á la sombra de los arbustos florecidos.

La tristeza de la vida, que le subía al corazón en vagos anhelos.

Sus mudas, insondables desesperaciones, sus lágrimas de inconsolable desesperanza, cuando deseaba morir, y lo pedía á Dios, ante el cielo inclemente, entre las rosas lánguidas, y lloraba su angustia, con la boca contraída y los ojos vagos, en medio á la quietud indiferente de las cosas y la placidez cruel del horizonte.

Las apariciones intermitentes y ruidosas de su madre, que solía hacer irrupción de vez en cuando, perturbando la calma del convento con su belleza espléndida, su lujo escandaloso, sus trajes, sus tocados, su joyería deslumbrante, su alegría profanatriz, su elegancia conquistadora y cortesana. La besaba con pasión, la llenaba de regalos riquísimos, daba dinero á las monjas, que lo recibían avaras y sonrientes, y se marchaba después, ante la mirada asombrada de aquellas viejas vírgenes anémicas, que miraban con piedad, ó acaso con secreta envidia, á la gran cortesana, que llenaba la ciudad con el esplendor de su belleza, de sus joyas y de sus vicios.

Así había consumido su niñez y su adolescencia en el silencio de los claustros, al pie de los altares, sin que nadie la amara, nadie la consolara, ni una voz

amiga le hablara de su padre, de su familia, de su posición en el mundo.....

Así creció pálida y solitaria, con una extraña belleza espectral y melancólica, como un gran nenúfar sobre la onda silenciosa de una laguna olvidada.

En los últimos años, las visitas de su madre se habían hecho más raras, sus trajes menos suntuosos, no ostentaba joyas de valor, su belleza era artificial y envejecida, y sus tocados multicolores, escandalosos, le hacían el efecto de un papagayo ruidoso y charlatán, volando en el locutorio del colegio.

Al fin, un día, se le había aparecido más nerviosa, más conversadora que nunca, para notificarle que iba á retirarla del colegio ; que había cumplido ya quince años ; que era tiempo de pensar en otra cosa, y que iban á emprender un largo viaje en busca de su padre.

— Tú eres ya una mujer, y tan pronto como yo te quite ese aire idiota y esos vestidos horribles, que te ponen estas viejas sucias, te verás de otra manera. ¡Eres bella!

— Ya verás, ya verás, decía la vieja coqueta, componiéndose las plumas del sombrero y abanicándose en el frío inclemente de aquel pueblo de páramo, lejano y triste.

Las sensaciones del viaje habían sido de horror para ella. Cerraba los ojos todavía, al acordarse de aquellos desfiladeros, de aquellos riscos, de aquellos senderos de gamos que veía como en el fondo de una pesadilla torturante y brumosa.

Y el carácter de su madre, tan raro, que había sido siempre inexplicable para ella. Ese carácter voluble, voluntarioso, atrevido, lleno de alegrías inusitadas y

de tristezas sombrías, de cariños extemporáneos y de cóleras súbitas, de locuacidades imprudentes y de largos mutismos insondables.

Su placer por tomar licores fuertes, que ella nunca pudo probar. Se alimentaba de *Champagne* y de *Cognac*.

Sus sueños tan agitados, sus monólogos, las alucinaciones extrañas de que era víctima en la noche, después de que en su cuerpo, lleno de picaduras, se había puesto inyecciones de algo que ella decía ser bueno para sus constantes neuralgias.

Todo eso hacía raro, indescifrable, el carácter de su madre.

Su llegada á la gran ciudad costanera donde debían embarcarse; el suntuoso Hotel; el paseo en coche con su madre, los recordaba muy bien.

Y, luego, aquella noche, la primera en que su madre la había golpeado con furor y le había mesado los cabellos. ¿Por qué? Lo ignoraba. Esa tarde, su madre había partido con unos señores en coche, había regresado á las tres de la mañana, la había golpeado porque no la desvestía pronto, había gritado y llorado, pronunciando palabras inconexas, y se había tendido en el lecho, desnuda, desmelenada, ebria.

Durante los tres días que vivieron en aquella ciudad, fueron las mismas visitas, los mismos paseos, las mismas escenas de embriaguez y de brutalidad.

Así, cuando se embarcaron, fué un grande alivio para ella.

A bordo, podía acostarse temprano. Su madre no entraba al camarote sino muy tarde, y permanecía bebiendo y conversando con los oficiales del buque ó con los pasajeros hasta hora muy avanzada.

Otras noches se quedaba fuera del camarote. Al cuarto día, su madre no pudo levantarse : estaba enferma.

El médico de á bordo vino á verla.

El diagnóstico fué terrible : la fiebre amarilla.

La aislaron, la separaron de su hija : nadie pudo verla.

Después, á los cuatro días, le comunicaron la noticia cruel : su madre había muerto, y la habían echado al mar.

Los pasajeros conmovidos atendían, cuidaban, agasajaban á la pobre huérfana.

Su madre no le había dicho una palabra, no le había dejado escrita una letra, no le había revelado el nombre de su padre.

¡Nada supo del pasado inexorable!

¡Y, el porvenir fantástico y terrible!

Un legajo de cartas, unas pocas joyas, recursos insignificantes, eran toda su herencia. Desamparada, sola, á los diez y seis años de la vida, frente á la inmensidad indiferente, se sintió atraída hacia el abismo, la sed de muerte, la tendencia atávica se mostró en ella, y, una noche de luna espléndida, inclinada sobre la barandilla del buque, intentó arrojarse al mar.

El marinero de guardia la detuvo.

Se atribuyó á su dolor la funesta resolución.

Sor Agueda, superiora de un Convento de Hermanas de Caridad, viajaba allí, y vino en su auxilio, la consoló y la tomó á su cargo, prometiendo llevarla al Convento que iba á regentar en la misma ciudad á donde ella iba con su madre.

Así desembarcó, así llegó á aquella ciudad extraña, así entró en aquel Asilo protector.

Todo su anhelo era profesar, apartarse del mundo, murarse, encerrarse con su dolor, sepultarse viva con el misterio de su vida.

Muy ilustrada, muy seria, muy hacendosa, fué pronto el ídolo de las religiosas, y se le confió la Escuela de niñas anexa al Asilo.

Así vivía, así iba camino hacia Dios, cuando tropezó frente á frente con el hombre.

Sorprendida en su sueño místico, perturbada en su quietud íntima, tuvo miedo, y se preparó á la lucha, como para defenderse de algo desconocido que ella sentía avanzar.....

Y su primera noche sin sueño fué aquella en que, al lado de una muerta, se halló frente á frente con un hombre desconocido que lloraba.

Después, aquel extraño la seguía, la espiaba, la miraba con dolorosa ansiedad.

Ella le sentía en la sombra de la capilla, cuando sus pupilas se fijaban en ella con pasión, perturbándola en su antigua calma angélica, en su oración ardiente y desolada.

Y cerraba los ojos y no quería ver la Tentación, alzada en su camino, la serpiente enrollada en la senda por donde iba al cielo coronada de ensueños, entre los lirios blancos y las rosas enfermas de la Fé, que abrían sus cálices quiméricos en esa región de limbo, bajo el sol blanco y sin rayas de las leyendas místicas.

Y se debatía contra la inquietud creciente que el diario ensueño despertaba en su alma.

Y la visión matinal la seguía á todas partes, y aun en la noche le parecía que sobre su lecho de virgen, velaban abiertos, inquisidores, suplicantes, los grandes ojos del mancebo enamorado.

Y se esquivaba entonces, se fingía enferma, no iba á la Iglesia, y huía, pobre alma cándida, del enemigo que llevaba en sí misma, en su sangre impura, en su cuerpo de virgen, hecho para las oblaciones del placer, en la herencia fatal de gérmenes morbosos, que formaban su temperamento, y apelaba á la mitad de su ser, fuerte, egoísta y soberbio, á su cerebro, en el cual pululaban como larvas sin alas, rebeldes á la vida, rehacias á la lucha, las ideas dominadoras, que vivían como nidadas de águilas en el cerebro poderoso de su padre.

Y, extrema flor de decadencia, libélula del fango, enfermiza y débil ¿ cómo lucharía? En el cuerpo y en el alma llevaba los gérmenes del mal.

Hija de la pasión brutal, del vicio ruin, del egoísmo cruel, de la voluptuosidad enferma, concebida en los más bajos refinamientos del placer, en las más abyectas condiciones de la crápula, traída al seno de la vida en los espasmos impuros, hija de maldicion ¿ cómo cambiar la ineluctable ley de la existencia?

Y á ese padre que la había engendrado por placer, y á esa madre que la había concebido por vicio, el mundo le decía : ¡ Amalos !

Honra á tu padre y á tu madre, le decia el Decálogo.

Porque tu padre te engendró en un rapto de pasión. Porque tu madre te concibió en un arrebato de lascivia.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque ambos se ayuntaron en el espasmo del placer y te impusieron la carga de la vida.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque naciste de ese beso de los labios impuros y de los cuerpos ardientes.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque tu madre te dió su sangre corrompida, germen de histeria, levadura de vicios.

Porque tu padre te dió su temperamento sensual, su cerebralidad dolorosa, todo el hastío de su alma insaciable.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque tu madre te hizo vil. Porque tu padre te hizo triste.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque ambos te hicieron flor de pecado, morbosa, enferma y sensual.

Honra á tu padre y á tu madre.

Porque tu madre al darte su nombre, te dió uno infame por sus vicios.

Porque tu padre al quitarte el suyo, te quitó uno, ilustre por sus luchas.

Honra á tu Padre y á tu madre.

Porque tu madre te dió la infamia con el suyo. Porque tu padre te quitó la gloria con el de él.

Honra á tu padre y á tu madre.

Por haberte legado tu madre el estigma de su conducta. Por haberte legado tu padre la mancha de la bastardía.

Honra á tu padre y á tu madre.

Por haberte condenado tu madre á la deshonra. Por haberte condenado tu padre al abandono.

Honra á tu padre y á tu madre.

Por haberte criado la una para el pecado. Por haberte abandonado el otro para el vicio.

Honra á tu padre y á tu madre.

Por haberte dado la vida así : infame, enferma. envenenada y ruin.

. *Honra á tu padre y á tu madre.*

Por el histerismo vil de la una. Por el egoísmo cruel del otro.

Honra á tu padre y á tu madre.

Y, mañana, cuando hayas caído cediendo á tu temperamento, á la sangre corrompida, á la ley ineluctable de la herencia ¡ oh, víctima irredenta!

Honra á tu padre y á tu madre.

Y cuando sientas el horror, el hastío, el abandono, la tristeza de esa gleba de fango, á que te condenaron dos seres sensuales y egoístas.

Honra á tu padre y á tu madre.

Bajo la pesadumbre, bajo la infamia, bajo el dolor de la vida que te impusieron.

Honra á tu padre y á tu madre.

Y, mañana, cuando sucumbas bajo el peso de tu cruz.

Honra á tu padre y á tu madre.

Y cuando agonices en un Hospital, con la podredumbre de la sangre dañada que te dieron por herencia, llagadas las carnes por la corrupción hereditaria, moribunda de los gérmenes que te dieron vida, no olvides á los seres *generosos* que por darse el lujo del amor, te impusieron esa existencia vil, esa sangre envenenada, esa agonía dolorosa, esa muerte atroz. Y con tu alma donde llorarán todos los dolores; con tus labios tumefactos donde supurarán todos los humores, no olvides orar, ruega por Ellos.

Honra á tu padre y á tu madre.

¡ Oh, creatura de Dolor!

Honra á tu padre y á tu madre!

*
* *

Reflejos moribundos de la tarde formaban un crepúsculo doliente.

Soplos adormecidos, penetrantes, subían de la tierra ardida por el sol.

El cielo aparecía misterioso, iluminado, opulento, como un manto de nácar, y la tarde toda vibraba como una arpa mágica, con algo de augustal y de sonoro.

Una luz vaga descendía del cielo. El abismo del horizonte se hacía denso, y en el aire calmado, el sol vibraba rayos muy blancos, de un fulgor opaco.

¡Hora de la melancolía! ¡Hora de ensueño! ¡Hora en que todas las cosas se confunden en la calma, en la quietud, en la luz indecisa del crepúsculo, y una extraña sensación de misterio y de amor, de voluptuosa tristeza, sube de la tierra doliente y va hacia el espacio mudo, hacia la inmensa calma del cielo taciturno!

¡Crepúsculo suntuoso y silenciario! ¡Crepúsculo del trópico, ardoroso en el esplendor de su púrpura autumnal!

El jardín del convento, entenebrecido, con su aspecto de bosque sagrado, entraba en la gran quietud, bajo la mirada cariñosa del cielo pacífico.

Palpitaciones misteriosas llenaban los arbustos y vibraban en el éter transparente, sobre los pétalos mustios, en las grandes avenidas silenciosas, donde jirones de bruma pálida se enredaban á juncos húmedos, cerca á las aguas dormidas, que parecían soñar en la penumbra.

En los rosales, envueltos en las gasas del crepús-

culo, había rumores extraños, y las rosas embalsamaban el aire tibio, con su aliento penetrante y sutil.

Los nardos saturaban el ambiente de una esencia turbadora, como el alma de vírgenes místicas, estremecidas de pasión extraña.

Geranios rojos, como gotas de sangre, fusias pálidas, como celajes de otoño, violetas de un azul cambiante, como de turquesas húmedas, miosotis melancólicos, como ojos de niños muertos, exhalaban un perfume discreto, enervador en la gran calma del parque conventual

En el silencio de la tarde temblaban las estrellas y, allá lejos, la gran voz, el rugido desesperado del mar, se oía tras el monte gigantesco, que protege el valle adormecido.

En ese crepúsculo de milagro, apoteosis de una noche luminosa, la virgen novicia meditaba.

Sentada en un banco en lo más obscuro y apartado del jardín, con su libro de Horas en la mano, la mirada perdida en las brumas, parecía sufrir el hipnotismo de la soledad.

El fondo verde obscuro de una enredadera silvestre encuadraba admirablemente su cabeza cuasi blonda, que hacía resaltar su blancura eucarística con transparencias de hostia, bajo su toca inmaculada, que le formaba un halo de apoteosis, de claridades cambiantes é inextinguibles.

Pálida como los lises, como las rosas de Octubre, bajo ese dosel de orquídeas florecidas parecía extática, embriagada de ensueño y de misterio.

¡ Insondable su mirada, como su alma !

La tristeza de la tarde parecía retratarse en sus pupilas extrañamente dilatadas, en sus ojos que hacían

pensar en los cielos velados del norte, ó en la profunda quietud de aguas estancadas en viejos recipientes de parques seculares. Ojos llenos de bruma, que hacían pensar en lejanos valles de misterio, florecidos de camelias, donde efebos blondos duermen el sueño casto, reposando bajo laureles en flor el esplendor de sus cuerpos desnudos.

Algo irreal, impalpable, parecía circuírla y se escuchaba como un ruido de alas en torno de ella.

Inmóvil, hierática, bajo los largos velos que la envolvían, ocultando á las miradas del hombre, como grandes alas de misterio, sus formas impecables y el esplendor de su carne radiosa, agitaba sus labios como los pétalos de un jacinto rojo que se cierra.

Parecía orar.

Palabras ininteligibles salían de sus labios y caían en el silencio, como pétalos de una rosa deshojada por manos invisibles.

De súbito, una luz de pasión brotó en sus ojos, como un pistilo de fuego.

Y, llevando al pecho una de sus manos, señoriales y pálidas, sobre uno de cuyos dedos brillaba una esmeralda cuasi negra, engarzada á un aro tosco, abrió su corpiño, donde como en un ostensorio maravilloso brillaba un medallón, y sacó una carta.

Su mirada brilló como una antorcha de triunfo. Todas las brumas huyeron, y el alma del fuego irradió en sus pupilas, que brillaron como gemas mágicas, como extrañas piedras fosforescentes.

Las inmutables tinieblas de su alma se iluminaron de una luz intensa.

Y releía, febricitante, pálida, la carta que temblaba en sus grandes manos diáfanas.

Era una carta de Teodoro. Carta imperiosa, tierna y soñadora.

El alma de aquella carta la besaba en los labios y en los ojos, se le abrazaba al cuello, murmurándole extrañas jaculatorias de pasión, voces secretas de ocultos sortilegios.

La serpiente la mordió en el corazón.

Como si un vapor extraño, un perfume mágico, se escapara de aquellas páginas, la joven cerró los ojos y un torrente de lágrimas le inundó el rostro.

El Amor venía á ella como el Ángel anunciador, diciendo : ¡ Salve !

La beatitud triunfal de amar embargaba sus sentidos, y todo su ser se fundía en una creciente languidez desconocida. Su alma de adoración subió á sus labios, y su ternura se exaltaba en rezos.

¡ Pobre ser, sensitivo y apasionado, temblaba á la caricia del Amor, como una flor del monte bajo las alas violetas de una mariposa del crepúsculo !

Nadie hasta entonces había bajado hasta su soledad para decirle : *yo te amo.*

Nadie había puesto la mano sobre su corazón, murmurándole al oído : *yo te amo.*

Nadie le había dicho : Eres bella, bella como las tardes del estío. *Yo te amo.*

Y aquella carta tenía una alma, una voz y esa voz le decía : *yo te amo ; yo te amo.*

Ella no sabía del Amor, pero lo presentía y había vivido como hipnotizada, en espera de él.

Y había llegado, y había tocado en su corazón y dicho el *Sésamo* divino : *Yo te amo.* ¡ La eterna palabra del Ensueño !

Y, *¡ Yo te amo !* murmuraba todo en torno de ella.

¡Ya no era sola! Ya no era la desamparada, la indiferente, la huérfana!...

Había una alma que la amaba. Había un ser que había llegado hasta su obscuridad, que había bajado hasta su dolor, para decirle: *Yo te amo.*

Y ella, la reclusa, la asilada, bajo su toca blanca y su blusa tosca, había sido hallada bella á los ojos de un hombre, y ese hombre le decía: *Eres bella. ¡Yo te amo!*

Y reconstruía en su memoria la escena de la noche en que había conocido á aquel hombre, á aquel adolescente torturado por el dolor insondable, y lo hallaba bello, con su cabellera difusa de Nazareno adoctrinante, su cutis pálida, sus ojos fulgurantes, su cuerpo grácil y flexible, su aire de un David púber, que ella había visto en su Biblia, marchando al combate con la honda asesina entre las manos, y le provocaba á gritarle: ¡Oh, tú también eres bello! ¡Yo también te amo!

Y la muerta sagrada parecía alzarse como un custodio de su Amor.

Y, al recuerdo de aquella á quien había cerrado los ojos, le parecía aun sentir en su mano aquel aliento abrasador, como de cachorro de león buscando el pezón de la madre, y el roce de aquellos labios tocándole la epidermis, y sin darse cuenta llevó su mano pálida á sus labios temblorosos..... Y el beso se escapó de su boca como un pájaro asustado.

¡Al contacto de aquel ósculo despertó!

Todo cantaba en su alma.

Y le pareció el cielo sereno, el aire puro, y las grandes flores pálidas inclinándose como para saludarla, y los pájaros del nido entonándole canciones

desconocidas, y las estrellas de los cielos brillando con una luz intensa para ella.

Y las flores, y las aves, y los astros, parecían murmurar como la carta : *yo te amo; yo te amo; yo te amo.*

El jardín, el cielo, la penumbra, todo era luminoso á sus pupilas. Todo cantaba en torno de ella las mágicas palabras : *yo te amo ; yo te amo.*

Cantaba un ruiseñor en un mirto florecido la diana triunfal de los amores. Y sus notas perladas, cristalinas, decían en su lenguaje : *yo te amo.*

En los insectos, en las hojas, en el aire, vibraba la llamada aguda del placer. Todo decía : *yo te amo.*

Avalanchas de rosas maravillosas y de hojas muertas venían á abatirse á sus pies, dicendo : *yo te amo.*

El agua armoniosa, murmuradora, tenía un canto de Epitalamio, y susurraba : *yo te amo.*

Todo preludiaba la sinfonía divina del Amor, le salmodiabà versículos de encanto, todo decía : *yo te amo.*

Así le decía el alma de los jazmines que la besaban en los labios.

Así le decían los juncos en flor, que como cirios de un altar, se alzaban ante ella, en muda adoración.

Y todo aquel mosaico de pétalos, aquella fiesta de verdura, aquella vibración de rumores y de alas, le decía : *yo te amo.*

Se puso en pie y anduvo en la sombra, abiertos sus grandes ojos de vidente.

Después, se perdió en las avenidas silenciosas, y penetró en el claustro sombrío, entre los esplendores de su sueño y el último rayo del crepúsculo.

Y la noche se hizo completa, y el viento empujó

las hojas muertas sobre las aguas negras, en cuyo seno duerme el Olvido, el hermano del Amor.

*
* *

Piedad es debilidad.

Compasión es voz del corazón : voz absurda.

La entraña miserable miente siempre; no salva nunca. Lazarillo ciego y pérfido, lleva y estrella en la muralla.

Cuando se obedece al corazón se va al abismo. . . . . .

El corazón tiene veleidades altruistas.

Y la única verdadera virtud en el mundo es el Egoísmo.

Es la única verdadera porque es la única útil.

Obedece á tu cerebro. No obedezcas nunca á tu corazón.

Piedad es Caridad y Caridad es Amor.

Amor es Proteo. Como Visnou cambia de formas. Como el alma oriental tiene avatares.

Teme las transformaciones del Amor que son el Amor mismo. Y la Piedad es una de ellas.

La Piedad es el caballo de Troya : tiene el vientre repleto de enemigos. Se finge el Ídolo y es la Muerte.

Es el incendio y la capitulación definitiva.

No la dejes entrar en tu reino. ¡ Guarda la Muralla! ¡ Guárdala! Ahoga tu generosidad. Quien dice generoso dice vendido, y calumniado, insultado, y muerto.

Nunca te arrepentirás bastante del Bien que hagas.

Hacer bien es hacerse mal. Quien hace el bien siembra la ingratitud : cosechará el Dolor.

Puede haber mal que no produzca bien. Pero no haremos bien que no nos traiga mal.

El hombre es animal ingrato por naturaleza y por temperamento. La carga que soporta menos es la de la gratitud. Es muy fuerte para sus hombros de Insecto Rey. Perdona más fácilmente un bofetón que un beneficio. Por eso se le vé practicar más esa forma de la cobardía

que se llama el OLVIDO DE LAS OFENSAS, que esa forma noble de la memoria: EL RECUERDO DEL FAVOR.

La ingratitud es la indepedencia del Corazón, dice el ingrato.

Y el hombre, por vil que sea, tiende siempre á la Libertad.

Respecto á los hombres : húyelos ó domínalos. La soledad ó el Poder. Respecto á la mujeres : sedúcelas y abandónalas. No extraigas de ese fruto sino el Placer y el Olvido.

El hombre, como todo animal bravío, es hecho para ser dominado y explotado.

La mujer como la multitud, es hecha para ser cortejada, seducida, y abandonada.

El que no procede así, será el esclavo de los hombres y el juguete de la Mujer.

Llorará tarde la desventura del Bien.

Interroga tu corazón en este trance, y no equivoques los términos del dilema.

¿Amas, ó deseas, á esa mujer que se ha alzado como una evocación del Mal en tu camino?

Analiza tu sentimiento como hombre. No lo obedezcas como bestia.

¿Deseas la hembra? ¿Su carne te seduce?

¿Amas á esa mujer? ¿Su suerte te interesa?

Si es lo primero. ¡Adelante! Sé feliz. No temas. Si es lo segundo. ¡Detente! ¡Tiembla! Has llegado á la puerta del Misterio.

La Mujer es el escollo de la vida. Vira tu barca.

Apártala de esa roca donde canta la Sirena.

¿Deseas el esplendor de su belleza, la flor de su juventud, el encanto de sus formas? Vé sobre ella, como un conquistador sobre la plaza.

La Mujer ama el Amor, y nada más.

El Amor es la más fuerte expresión del egoísmo. Y, en la Mujer, amar es una forma de amarse. No ama nunca al

hombre por el hombre, sino por ella. Es una satisfacción de sus sentidos, una vanidad de su corazón, un objeto de lujo, un útil, un capricho, una crueldad.

¿Bajas la cabeza? Hete ahí vencido á tu turno por el eterno femenino. te atraerá, te seducirá, te utilizará, te alejará, te tomará ó te eliminará, según sus exigencias de destino y de función.

Y sabe que siempre será lo mismo, cualquiera que sea el plano en el cual te encuentres con la Mujer. Ella no te toma nunca por Ti, te toma por Ella, no te toma nunca sino para Ella. Desde que la amas eres su propiedad, eres su esclavo.

Nada hay más risible que la mentida autoridad del hombre sobre la mujer.

Es un sueño de una ingenuidad grotesca, de una vanidad conmovedora y pueril.

La Mujer no se vence sino violándola. No reconoce más autoridad que la Conquista. Es la sacerdotisa de un culto: el de la Fuerza.

No la adores. Hazte adorar por ella. Sé su Señor. Y para ser su Señor sé su conquistador.

¡Sedúcela!

¿Que es bella, que es joven, deseable como una fruta primaveral, turbadora como un sueño de placer? Ahí habla tu carne. Satisfácela. ¿Que es huérfana, sola, desamparada, inquietante como el misterio, pura como un rayo de Sol?

Ahí empieza á hablar el sentimiento. ¡Ten miedo á tu corazón!

Su belleza, su juventud, te llevarán al placer y del placer, al hastío. ¡Avanza!

Su aislamiento, su misterio, su desgracia, te llevarán al Amor y del Amor al Dolor. ¡Detente!

Busca su cuerpo. No busques su alma.

El alma de una mujer es un abismo. Y el abismo atrae. No te inclines sobre él.

El labio de una mujer miente siempre. No le interrogues con sed de Verdad.

Hártate de sus besos y su carne. Serás saciado.

No te hagas sediento de Misterio : morirás de sed desconocida.

La sed del alma es insaciable.

La sensación palpita, se satisface y muere.

El sentimiento no se satisface jamás. Es incolmable.

No pidas al Amor sino la sensación. Serás satisfecho y feliz.

No despiertes el buitre silencioso que duerme en tu corazón. No lo despiertes.

Ama con lo sentidos. No ames con el sentimiento.

En la pasión de la carne el hombre es el conquistador. En la pasión del Alma el hombre es el conquistado.

Una mujer seducida es una esclava vencida : no la temas.

Una mujer amada es una reina proclamada. ¡Tiembla!

Corrompe y serás Amo. Ama y serás esclavo.

¿ Qué te importa el pasado, la vida y el dolor de una Mujer si sólo la deseas y no la amas ? ¿Qué puede añadir el misterio de su vida al encanto de sus formas?

Si te interesa su desgracia. ¡Ten cuidado! Es el principio del Amor.

La Mujer es fuerte porque es débil.

El Dolor es una fuerza. Por el camino del Dolor se va al Amor.

Detente y estudia el sentimiento que te asalta.

¿Es la Piedad ? ¡Retrocede! Vuélvete del Propileo. No llegues nunca al Ara. ¡Allí está la Diosa, la Temida!

Si lo que te asalta es el deseo, avanza y vence. Escanciado el licor rompe la copa. Y con el último beso apura el último sorbo. ¡El vino del Placer en rojo cáliz! ¡Cuán distinto al veneno del amor! El vino del placer es la ambrosía de la vida. El jugo del amor es la leche de la higuera infernal, el néctar deletéreo de la Muerte. Apura

el vino, arroja el vaso, y apártate del festín, ebrio aún, antes de que el hastío del hartazgo te sorprenda.

Si la amas, ¡apártate! Húye de ella como de un incendio.

Si sólo la deseas. ¡Sedúcela! ¡Seducela!

Marcha hacia ella como á un combate.

No interrogues nada de su vida ¡Gózala!

No pidas al placer el pasado ni el porvenir. El placer es el presente. Gózalo.

En una mujer el pasado es triste ó necio; el porvenir Olvido y Muerte. ¿Para que evocarlos? ¿Qué hacen esos fantasmas al pie del lecho en que se viola el presente?

No los evoques. Goza tu placer.

La vida es corta y el placer es raro. ¡Apresúrate á los goces de la vida!

Seduce á esa mujer: viola su cuerpo, no su historia.

Aspira el perfume del lirio ¿qué te importa el fango en que naciera? ¿Preguntas al néctar la abeja que lo acendró? ¿Preguntas al violín que te deleita, qué corteza de árbol le dió vida? ¿Preguntas al vino que te embriaga, qué manos podaron la viña en que nació?

Y la Mujer es perfume y armonía y licor. Deleita, encanta y embriaga. Gózala hasta dejarla exhausta de perfume, hasta arrancarle la última gota del vino capcioso del Amor.

Y, después, bota la flor marchita, rompe el arpa sin sonido, haz pedazos el cáliz ya vacío.

Y, tiende tus sentidos á nuevos perfumes, nuevas musicas, nuevas embriagueces de la vida.

El bosque de Afrodita, siempre en flor, te brindará sus músicas sagradas.

¡Goza! ¡No ames!

¡Ten cuidado á tu corazón! Ten cuidado.

Esta vez, ya Teodoro no sonrió leyendo la carta del *Maestro*.

Su corazón turbado sentía sonar de extraño modo

esa voz en su interior. Le sonaba como una admonición, como un reproche. Era el grito de alerta y perturbaba la calma de sus sueños.

A la aparición del águila, sus blancos sentimientos, como pichones implumes temblaron en el fondo de su corazón. Y él también tembló por ellos.

¿ Se había equivocado acaso ?

¿ Había hecho mal en comprometer su corazón en esta lucha formidable contra el Amor?

¿Se había hecho ilusión sobre su fuerza cuando estaba al lado del fuerte, y hoy, á distancia, era débil como todos, y amaba y sucumbía ?

Su ciencia, su querida ciencia, ¿era quimera? su Maestro era pues inimitable? ¿Era una excepción formidable y terrible ?

Y se le aparecía así, más grande en su aislamiento, con la majestad de un dios abandonado.

Y bajaba la cabeza, silencioso, triste, humillado, lleno de angustia y de vergüenza, ante esta rebeldía contra su pasado. ¡Ah, corazón!

Pero ¿era verdad que él amaba? No lo creía.

Deseaba, simplemente.

Y gozaba en hacerse esa ilusión.

Y desear no es amar.

Pero ¿y la Piedad? ¿la Piedad no es el Amor?

No, no es Piedad, decía, es curiosidad.

Pero buscar el pasado de una mujer es comenzar á amarla.

Y retrocedía, como si sintiese en su frente el soplo del abismo.

Busca su cuerpo, no su alma. Ama á la hembra, no el Enigma, le gritaba su *Maestro* entre las líneas negras de su carta.

Si la amas : apártate. Si la deseas : gózala.

¡Sedúcela! Así le decía.

¿La amaba? ¿La deseaba?

Si la amaba era necesario huir, irse inmediatamente, poner el tiempo y la distancia entre él y esa pasión.

Si la desaba podía quedarse.

No tenía ya valor para partir.

Y pactó con su pasión, engañándose á sí mismo, y se dijo. No la amo. La deseo. Y se quedó.

¡Oh, sortilegio eterno del Amor!

Nada podía perturbar su conciencia, según él.

Su corazón le decía : ¡ámala!

La gran voz del Maestro le decía : ¡Sedúcela!

Y obedecía al Maestro.

Y esto en la blancura inmaculada de su sueño equivalía á decir : ¡Mátala!

Y avanzaba así, con el arma en la mano, sobre la inocencia inerme, sobre la virgen blanca que aguardaba como Ifigenia, la rodilla en tierra, tendido el cuello de nieve y en actitud beatífica.

∴

Adela meditaba en el silencio.

El amor se levantaba como un astro en su horizonte. ¡Blanco, inmaculado, como un lis! Y la atraía con el extraño sortilegio de un cántico en la noche, con la sugestiva visión de un edén inviolado, donde entre riberas consteladas de corolas de flor á medio abrir, extendía sus aguas misteriosas.

le fleuve ivre de pavots
où les songes sacrés roulent avec les flots...

Y, bajo ese encanto de miraje, abría sus ojos al astro benéfico, aspiraba el perfume de esa pradera elísea, tendía sus labios vírgenes al vino nuevo del beso aun no probado, sus cándidas visiones cruzaban el horizonte como una bandada de garzas opalinas, y sentía en su abandono como la sombra de alas consolatrices que bajaban sobre ella...

En el sagrado *candeur de l'antique animal*, de que habla el poeta, sentía sin comprenderlo, el combate de sus sentidos, las llamadas punzantes del deseo, la llama de la vida acariciando sus formas, y el himno de la pasión sensual, como voces exultantes de órganos lejanos, preludiándole jaculatorias extrañas, que estremecían sus carnes intocadas.

Sin detenerse en el turbador análisis de su alma, en la agitación creciente de su ser, la virgen se refugiaba en una de esas tristezas suaves y recogidas, donde como en un valle de sombra, el alma se reposa á veces, y allí gozaba en escuchar las delicadas vibraciones de su ser, y mirar sus sueños amorosos circundándola, como un vuelo de mariposas á la caída del crepúsculo.

Pero no contestó la carta.

En la mujer el pudor es un instinto.

Y el pudor es la hipocresía de la inocencia.

Pero Teodoro no tuvo que esperar mucho para adquirir la certidumbre de que era amado.

Pudo verlo al día siguiente, en la mirada fija y triste de aquellos ojos, en la vaga sonrisa que desfloró aquella boca dolorosa y pálida.

Hasta entonces ella no le había mirado, no había sonreído nunca.

La embriaguez de la ventura le subió al cerebro.

Y cartas ardientes y continuadas llevaron á Adela el homenaje de aquel amor, que amenazaba ser la gran pasión de su vida.

Al fin obtuvo la primera cita.

Y debía ser á la hora del recreo, por sobre el muro del jardín, allá en el ángulo obscuro, donde las tuberosas y convólvulos forman un follaje encubridor.

Y se vieron allí.

Era una tarde blanca, como una camelia opulenta. El cielo como un manto de nupcias. El sol como una hostia. La niebla en la pradera como un manto de gasa. Las nubes bajo el cielo como un vuelo de cisnes.

Y sobre el muro roto la enredadera blanca.

Y Adela, más blanca aún que las flores que la circuían, inclinada sobre el muro escuchando la música de amor.

¿Qué se dijeron?

¿A qué repetir el diálogo insustancial y necio del amor? El eterno diálogo de frases mentirosas y banales; el prólogo inmutable de ese drama que tiene siempre el mismo fin; que acaba por la posesión ó el abandono; la satisfacción animal, ó la ruptura bruta; el hastío de la carne ó la furia del despecho; el himeneo ó la violación; el Olvido y la Muerte.

¡Estúpido y monótono lenguaje del amor!

Los siglos se suceden á los siglos, las generaciones á las generaciones, los amores á los amores, y el himno no se cambia y el ritmo no varía.

El hombre y la mujer siempre los mismos.

La misma promesa, el mismo beso, la misma posesión, el mismo hastío.

El mismo ayuntamiento brutal, la misma floración

de carne germinando al calor de esos abrazos, y brotando á la vida, y extendiéndose sobre este planeta fangoso, poblándolo de crímenes, de miserias y de sueños.....

El mismo gemido eterno saliendo de la arcilla miserable.

Y *Dios* velando siempre la cópula carnal, y siempre sorprendiéndola y siempre castigándola. Y siempre condenando al hombre al deseo, á la mujer á la fecundidad, el mundo al Amor.

Creced y multiplicaos.

Y á ese conjuro *divino* la arcilla se fecunda, hierve el lodo, y al calor de ese fango brota el hombre.

. . . .

Él, poeta, ella sensible; él cantó, y ella escuchaba.

Y las flores del ramaje y los pájaros del huerto en torno á la virgen blanca escucharon el himno rumoroso.

Como una flor de gobelinos, como una de esas figuras delicadas y pálidas de vidrios góticos, envuelta en sus sayales toscos, que se ajustaban á su cuerpo con la majestad de una *draperie* de Polimnia; melancólica y blonda como una elegía; sus facciones todas bañadas de una suprema dulzura; brillantes sus ojos tenebrosos, que semejaban lagos profundos de misterio; bañados sus contornos en una suave luz difusa, la virgen escuchaba absorta, inclinada sobre el muro, el cántico divino, mientras el paisaje se esfumaba, languidecía en tintes pálidos rosa y violeta, en la placidez de una acuarela sugestiva y triste...

La hora en que

une immense bonté tombé du firmament.

El cielo se hizo obscuro, lleno de nubes informes como el paisaje fumoso de flores desmesuradas de un ingenuo primitivo, triste como el fin de un sueño de Amor, con la tristeza infinita de las cosas, de donde se destaca una glacial melancolía.

Todo se hundió en la sombra.

Y la noche, como una inmensa lira, prorrumpió en sus cánticos de Amor.

* * *

La delación espió al Amor.

Aquella primera cita se rumoreó en el convento, y días de ausencia se siguieron á ella...

La novicia fué vigilada, y Argos piadosos fijaron sus cien ojos en el Amor naciente.

En la mañana, la silueta mágica de la virgen, el Ibis blanco y melancólico, que semejaba en las losas negras del templo lo albo de un pétalo en la onda turbia, no atravesó misteriosa y casta el silencio de las naves, llenándolas con el resplandor de sus ojos mágicos, con su sonrisa de luz, con la armonía cantante de sus formas, con el rumor de sus labios, de los cuales se escapaban las plegarias como el perfume de un búcaro de rosas.

Y, en la tarde, el muro, huérfano de la hermosura regia, sentía languidecer las flores que lo circuían, y las corolas blancas se cerraban lentamente, como bocas pálidas, fatigadas, que hubiesen murmurado versos muy tristes en parques solitarios, á la luz amarillenta de crepúsculos de Otoño. . . . .

Los pájaros de presa se ocultan para beber, porque obligados á hundir la cabeza en el agua, temen ser sorprendidos sin defensa.

Así el Amor busca la soledad y ama el misterio, porque teme ser sorprendido en el momento de apagar su sed en la onda túrbida del beso : ciego, con la ceguera del Encanto.

Y ellos buscaron la noche cómplice y misteriosa, para confiar los secretos de su Amor á la gran confidente negra, y hablarse bajo su amparo y confiarse sus anhelos en el silencio inviolable.

De nuevo el muro floreció en la noche, con una extraña flor de belleza, cuando la virgen inclinó sobre él su frente pensativa y apoyó su rostro en la mano, semejando un pastel de Perroneau, más blanca que las blancas clemátidas que hacían diadema á su raro perfil de reina egipcia.

¡Sombra del jardín, sombra sagrada!

¡Linfas en que los cisnes languidecen, estanques inmóviles donde las aguas duermen, senos de sombra, donde rayos de luna besan las azucenas enfermas á la orilla del arroyo!

¡Oh, bello cuadro para el beso!

Allí soñaba ella con su amor, como una rosa al pie de los volcanes, aspirando en el aire de la vida todo el *bouquet* de nupcias de la noche.

¡Y brillaba la espléndida belleza de este Ibis soñador en la penumbra!

Teodoro le hablaba con voz conmovida y lenta.

Yo te amo, yo te amo, le decía, estrechando en las suyas la mano que ella le abandonaba en una languidez vecina del éxtasis.

Joven y Poeta, dos veces predestinado á los amores

tormentosos, hacía de cada frase una arpa, en que le preludiaba el himno vibrador de su pasión.

Y ella le escuchaba absorta, extrañamente soñadora, escasa de palabras, en el esplendor de esa hora tan pérfida y tan bella, en que el Véspero del primer Amor parpadeaba en su horizonte.

El misterio velaba sus ojos glaucos, mientras los besos dormían en su boca provocadora, como un haz de rayos fulminadores.

Volarían de allí para matar. Es el beso poder de destrucción.

Hay secretas armonías entre el fin y el principio de un amor: una tristeza común los acompaña. Los crepúsculos se asemejan en la palidez melancólica de su luz.

El pensamiento tiene como la tristeza, grandes alas negras que proyectan su sombra sobre la frente y se veía á veces esa sombra cobijar aquellas cabezas jóvenes y amantes.

Él oía sólo el rumor de su pasión, y codiciaba aquel seno para reclinar en él su cabeza cargada de sueños.

Ella escuchaba su pasado, que como un espectro blanco le murmuraba al oído palabras de dolor.

¡Y se absorbían en esa beatitud suprema de la Vida!

Los ojos en los ojos, las manos en las manos, subían, en el viaje aéreo del Ensueño, mientras la Ilusión, esa gran mecedora de almas, los arrullaba con sus canciones divinas.

La posesión no vale lo que esta misteriosa comunión de la quimera, esta fecundación del alma por el alma, estremecimiento voluptuoso de adoración in-

agotable... Es la ventura, que pasa la línea rosada de una aurora cuyo día es siniestro. Es el viaje hacia el Amor, la peregrinación á ese país ardiente:

Beau comme la femme et maudit comme elle.

En Teodoro, la pasión crecía como un incendio, y su orgullo, león domesticado, comenzaba á obedecer á este azote de la Belleza, hecho para dominar los corazones rebeldes.

No conocer nada del ser amado, es una razón de amar, en ciertas almas.

Él no conocía nada, nada de aquella mujer, y el misterio le atraía.

¿Debilidad?

Tu ne connais pas la funeste Beauté

Esa pantera que duerme en el corazón de todos los hombres se despertaba en él.

La Pasión, esa voraz, que consume todo y no se sacia nunca, empezaba á gritar dentro de su alma.

¡De todos los misterios de la vida, el Amor es el Misterio Insondable!

El trópico es hecho para el Amor.

Lo dicen sus flores misteriosas y sensuales como almas de mujer, llenas de aromas mortíferos y de efluvios voluptuosos. Sus grandes bosques de árboles cómplices, de ramaje encubridor, como para fecundarse á su sombra las tribus y las plantas. Sus lianas ondulantes, bayaderas de las selvas, envolviendo los viejos troncos, como ninfas lascivas, á los sátiros

cansados. Sus arbustos, con esbelteces de efebos, floreciendo bajo el abrazo de enredaderas tupidas, que los envuelven, los abrazan, los coronan de flores y dejan caer sobre ellos su follaje como cabelleras de cortesanas cansadas sobre los cuerpos flébiles de adolescentes violados. La música de sus aguas como canción de náyades dolientes. El murmullo desconocido de brisas y ramajes, remedando flautas pannidas de zagales ocultos. La majestad exuberante de su pompa florestal, hecha como para el ayuntamiento salvaje de los tigres y el beso enamorado de las almas.

Y una noche el viento del trópico pasó sobre ellos, cargado con todos los perfumes del valle y los secretos del Amor.

Y sintieron el estremecimiento sagrado de la Voluptuosidad, que pasaba tocando con su soplo los hombres y las cosas. Y el espíritu del sexo, el mágico domador de tirsos florecidos, los tocó con su varilla mágica, y todo el limo humano hirvió en su sangre.

Él con sus ojos fatigados, hechos á ver la quimera ondeante de la vida, quiso verse en aquellos ojos de sultana soñadora, en los cuales despuntaba el deseo.

As the blackes syk
Foretelles the haviest tempest....

Y saltó el muro.

La joven asombrada dió un grito.

Pero él la tomó en sus brazos y le puso besos apasionados en los ojos y en los labios.

Entonces, de entre el follaje protector, cerca de ellos, surgió una forma blanca, con rostro alargado y pálido, como escapada al tríptico de un Maestro con-

templativo, y sin decir una palabra puso su mano de hostia sobre el hombro de Adela.

Era la Superiora del Convento.

*
* *

La castidad es un crimen contra natura.

Tiene la condición que hace imperdonable un crimen : ser inútil.

Es una rebeldía imbécil contra lo que hay de sagrado en nosotros : la carne y la pasión.

Es un delito disociador, vergonzoso y estéril.

Es como todas las virtudes un vicio disfrazado.

Ser casto es ser horrible.

Ser sensual es ser humano.

Es como todo lo que tiende á la perfección y la quimera del cielo : la soberbia del cerdo.

Qui veut faire l'ange fait la bete.

La castidad es perversa y cruel.

Si Nerón, si Calígula, si Tiberio hubieran sido castos, habrían completado el Monstruo. Por el Amor y sólo por el Amor fueron humanos. Amaron la humanidad en la carne tentadora, no apostataron de su origen, besaron la tierra madre, el gran vientre productor, sacrificaron en el altar del dios único : el Placer, rindieron culto al limo padre, fecundador eterno, fueron sensuales, es decir : fueron hombres. Esa es su redención.

La Castidad es hostil á la Piedad.

La virginidad profesional es implacable.

Las Euménides eran vírgenes, virgen fué Diana, virgen la de la Táurida. Todas crueles.

¡ La virginidad y la crueldad son hermanas!

¿ Hay algo más cruel que permanecer virgen?

Se principia en la propia tortura para acabar en la tortura ajena.

Ni Diana persiguiendo su Ninfa pecadora, ni las furias persiguiendo á Orestes parricida, demostraron un asombro más cruel, un furor más ciego, una cólera más implacable, que aquellas vírgenes momias, aquellos pergaminos inviolados, aquellas clorosis místicas, aquellas vestales de pueblo, ante la falta, ante el pecado, ante el *crimen* de la pobre huérfana enamorada.

Todas las nostalgias de sus viejos amores sepultados, todas sus pasiones dormitadas, se pusieron en pie, para indignarse contra aquel Amor joven, bello, coronado de flores y de sueños, que asaltaba ese retiro con el beso en los labios y el deseo en los ojos, alegre y sensual, como un joven dios en viaje sobre la tierra..... Y tendieron hacia él, con los puños cerrados, sus manos temblorosas, enflaquecidas en la abstinencia, y le maldijeron con sus labios pálidos, tristes por la nostalgia de los besos.

Y fueron crueles, torturadoras, terribles, contra la virgen culpable. La encerraron, la azotaron, la martirizaron con el ayuno.

¡ Cinco días encerrada en un calabozo, alimentada á pan y agua!

Ella fué indomable. No se arrepintió, no se humilló, no prometió enmienda. El carácter irreductible de su padre se mostró en ella, con su orgullo inmenso, su sordera olímpica á todas las debilidades, á todas las

apostasías. Ignoró la infamia del arrepentimiento, sus labios no se mancharon con la debilidad del ruego, ni brotó de ellos la palabra envilecedora de : Perdón.

¿ Qué crimen había cometido?

Ignorante del Amor y del Placer, ¿ qué sabía ella lo que era un beso? ¿ Por qué se había sentido desfalleciente, moribunda, al contacto de labios de varón?

¿ Por qué era malo amar ? ¿ Qué falta era esa, que así merecía que se la encerrara, se la brutalizara, se la privara de aire y de alimento?

Sor Agueda, en el arrebato de su furia, le había abofeteado el rostro, desgreñándole los cabellos, clavándole las uñas con toda la furia de una vieja arpía rugosa y sucia, contra una niña adorable, incitativa y bella.

Se apostrofó su conducta, se le llamó desvergonzada y pecadora, se le exhibió á los ojos de la comunidad como la piedra de escándalo, como el cordero leproso del rebaño.

¡ La ingrata, la apóstata del Amor divino, que cambiaba el esposo ideal, el Cristo intangible por el beso de los hombres!....

¡Oh, la réproba!

¿Sabía ella por qué la trataban así?

¡No! Sólo sabía que amaba.

Y sola en su calabozo, abrazándose á la quimera de su amor, con el gesto apasionado con que la Magdalena de Correggio abraza el cráneo sombrío, le parecía que una luz misteriosa y extraña llenaba su prisión, y creía ver descender en actitud libertadora, al Electo de su corazón tendiéndole los brazos ylos labios.

Su boca tocada por el beso, había despertado á la sed inagotable.

La quemadura del primer beso no sana nunca.

Su estigma es imborrable : tiene la duración de la vida.

Los labios que han besado de Amor no vuelven nunca á la serenidad perdida.

*
* *

Las águilas heridas arrastran el ala como las palomas. Así las grandes almas tocadas por el dardo del Amor se hacen débiles como las almas vulgares.

El Amor rompe la vida y todos los amores no bastan á unirla luego. No se sueldan las alas de las águilasa Destruir, es el privilegio de esta pasión fatal.

El amor como el cóndor desgarra el nido que lo alberga. Y aun cuando vuele, deja siempre las huellas de sus garras en el nido abandonado.

De todas las pasiones, es el Amor el que más hondamente penetra en los raigambres del Alma.

El hombre es un deseo perpetuo, inagotable. La vida es una aspiración insaciable. Y este deseo y esta aspiración hacen uno solo, cuando el rayo del Amor los funde.

El Amor se identifica con la vida y apoderado de ella no la deja sino hecha cenizas como una llama á un árbol de resina.

El Amor, como el rayo, por donde pasa no deja sino ruinas.

Y, en Teodoro, la Piedad, que es una forma del amor, le había llevado al amor mismo. Y el incendio formidable principiaba en las zarzas de la selva.... La pasión avanzaba sobre aquel corazón, y se le oía

como el ruido del mar escuchado á distancia en el sueño de la noche.

La sevicia, los tormentos de que era víctima Adela, le indignaban hasta la exaltación.

¡ Su *Ibis*, el *Ibis* mágico, prisionero y torturado!... Esto le hacía sufrir. Ser sensible es ser vulnerable á la quimera ¿ El *æs triplex* de que habla Horacio había sido roto sobre aquel corazón ? ¿La coraza formidable ya no lo protegía?

A la debilidad de amar sigue el tormento de sufrir. El dolor y el amor son gemelos. Unidos están como el monstruo de Siam. No los separa ni la muerte. Duermen en la misma fosa. Teodoro no analizaba ya sus sentimientos y empezaba á vivir la vida tumultuosa del macho en celo.

¡ Oh, si su Maestro lo hubiera visto !

El pensador frío y metódico, el psicólogo observador ajeno á la pasión, el analista despiadado de los sentimientos humanos, iba rumbo al idiotismo del amor, y amaba y deseaba con la brutalidad de un cerdo : que en el lecho del amor todo es piara de Epicuro.

Ya no era el sabio, era el hombre. La gran bestia, la más hermosa bestia de la creación, egoísta y sensual, astuta y cruel.

Su Maestro le había dicho : doma tu corazón, disciplina tu pensamiento, encadena la palabra á tus labios y serás cuerdo. Guarda la independencia de tu alma y serás feliz.

Y él dejaba á su corazón ir hacia la piedad, á su pensamiento ir hacia el amor, y á sus labios murmurar juramentos, que desdecían de su actitud batalladora, de su antigua conciencia desdeñosa, de todo lo

que había aprendido en ese gran libro de experiencia y de Dolor que era su *Maestro*.

La orgullosa soledad de su alma empezaba á poblarse de quimeras, de su corazón empezaba hacer el zócalo para la planta profanadora de la Eterna Domatriz.

¡ Ay de él, si Hércules vencido extendía su piel de león numeo á las plantas de Onfala la Implacable !

A su antigua armadura de guerrero sucedería la túnica de Nessus. Símbolo del Amor que quema y mata, y que sólo se deja con la vida.

*
* *

El sol se había ocultado tras las colinas lejanas, en una apoteosis de blancuras desconocidas, como si manos piadosas le hubiesen preparado un sendero procesional, tapizado con todas las rosas blancas de una primavera en flor.

A las luces blondas del último reflejo solar, habían sucedido las azules profundidades de la noche, en cuyo seno las estrellas semejaban avalanchas de oro, en la gloria cambiante de los cielos tropicales.

La luna, como un pájaro mitológico prisionero en una red azul con puntos de oro, ascendía al horizonte, melancólica, como á lentos golpes de ala, en la quietud intangible del Espacio, en la gloriosa apoteosis del Silencio.

Las nubes, como cisnes eucarísticos, con las alas abiertas, encorvado el grácil cuello, la seguían en su ascensión, en la actitud extática de esos serafines, que sostienen la Hostia Santa en los frescos piadosos de Fra Angélico y en los misales policromos de viejos monasterios.

Fué en esa noche saturada de voluptuosidades, bajo las transparencias castas de ese cielo poblado de visiones luminosas, que Adela abandonó el Convento, y pasando el dintel sagrado, entró al coche en que Teodoro la esperaba, descuidada y fatal, fascinadora y enigmática, con la inconsciencia pavorosa de la Fatalidad y de lo Ineluctable.

El coche partió con ellos en la sombra estremecida.

Él tuvo un momento de locura virtuosa, y pensó seriamente en depositarla en casa de sus tías, señoras piadosísimas y ancianas, y dió al cochero aquella dirección.

La noche tibia los envolvía en efluvios voluptuosos. De los jardines escapaban por sobre las rejas, macetas trepadoras, blancas y fragantes, como vírgenes enclaustradas, que salieran á mirarlos, estremecidas bajo las claridades rosadas del gas, más pálidas en esa profanación de su virginidad silenciosa.

Perfumes enervantes, como el alma de las flores, llenaban la atmósfera cálida. Un concierto extraño de armonías desconocidas había en el aire, como si el alma de la Noche sollozara, desgranándose en los tonos elegíacos de un ruiseñor enamorado.

En el claro azuloso de esa noche, embalsamada como el cáliz desmesurado de una gran flor del cielo, la majestad espectral de los árboles se dibujaba en el horizonte, en cuyo fondo, de una palidez metálica, las nubes multiformes semejaban una bandada de aves en derrota.

Organillos de las calles les preludiaban melancólicas canciones de ternuras sin palabras, estrofas de himnos impregnados de suspiros, notas evocadoras de recuerdos lejanos, gritos de pasión, que despertaban fan-

tasmas de sueños, caricias locas, murmullos de ruegos y de besos.....

Los ruidos de afuera no perturbaban la dulce beatitud de los amantes.

Ambos callaban, impregnados de lo irreal, como de un perfume capcioso. El silencio es como el aroma del amor. La palabra lo evapora.

Como sugestionados por la calma letárgica de la Noche, por la intraducible voz de lo Infinito, inclinados el uno hacia el otro, se embriagaban de la inmensa ventura de estar solos.

En la obscuridad del coche, sobre los cojines cuasi negros, Adela con su angélica blancura, emergía como una gardenia en flor, con sus inmensos pétalos cerrados. El Ibis irradiaba en la penumbra, como un rayo de estrella en la hondonada. Inmóvil en sus vestidos blancos de novicia, hierática, cuasi solemne en las líneas anunciatrices de sus encantos de amor, la virgen, meditabunda y grave, llegada al borde del abismo, parecía ignorar el peligro, ó verlo con un desdén cercano á la locura.

Él la miraba absorto, como poseído del vértigo que produce la contemplación de un mar cambiante, en una noche de luna.

Había algo de enigmático, algo de abismo, en la impasibilidad casta de la virgen.

¿Era la inocencia? ¿Era la insensibilidad de las rosas infecundas que se desfloran pétalo á pétalo, ante el Altar de un Cristo, donde la llama de un cirio moribundo suple al esplendor del sol radiante?

Teodoro la miraba en un éxtasis verdadero de pasión, con los ojos fulgurantes, con los labios tré-

mulos, y estrechándole las manos, le cantaba en su alma la tierna y sublime elegía de Schubert:

Toi, mon désir et sa rançon
Toi, mon délire et ma raison,
Je t'ouvre ici pour ta demeure
Toute mon âme et tout mon cœur.

Viens dans cette âme, ferme les portes
Rallume enfin les lampes mortes
Que l'ombre emporte les anciens jours,
Avec ton âme entre l'Amour.

Ah! que Dieu m'inonde toute de sa lumière
Ombres et doutes, mains et paupières.

El deseo es por su naturaleza inconfesable.

No se es bueno cuando se ama.

La belleza inquietante, tentadora, núbil, de la joven fugitiva, su frescura de lirio, el brillo de sus ojos como de piedras mágicas, ojos atractivos, fascinadores, como dotados de un privilegio fatal, el contacto de sus manos aterciopeladas y liliales, el frotamiento inconsciente y tenue de su cuerpo perfumado, la proximidad de su aliento embriagador, despertaron el deseo en el joven impetuoso.

El Amor no vive sino por la materia. En él, lo moral es un incentivo, cuando no un pretexto.

El Amor fuera de la carne, es la estimación, no es el Amor.

El deseo, la llama impura, es el alma del Amor.

Y Teodoro lo sentía, ardiéndole la sangre, subirle como un vino capcioso á la cabeza.

Y la virgen tentadora se ofrecía á él, apetitosa y fácil.

Despósala, le gritaban la Sociedad y la Religión, desde sus viejos muros agrietados.

— *Gózala*, le decía el Deseo.

— *Sedúcela*, le gritaba de lejos la imperiosa voz de su Maestro.

Su personalidad, adormecida por tantos días de lucha, se alzó otra vez poderosa á la aproximación del peligro.

El egoísmo, la virtud de los grandes y de los fuertes, centelló en el fondo de su pasión, con la luz benéfica de un faro, haciéndole ver los escollos de la rada.

Y las costas sombrías del país idiota, de esa isla de dolor, donde lloran los mutilados de la vida, de ese presidio inmenso donde gimen los galeotes del Amor, las costas del país del *Matrimonio*, se diseñaron á su vista. Tembló ante la proximidad de aquel lugar del duelo inconsolable, y retrocedió ante la idea de aquel suicidio moral, ante las costas cercanas de aquel país del Desastre.

A la ribera opuesta, el país del Amor, lleno de ensueños, con su florecimiento de besos, le brindaba sus frondas misteriosas, perfilaba sus costas encantadas.

Tuvo vergüenza de su delibidad.

Y, evocando á su Maestro, como á un Dios salvador, vibrándole en el oído la sentencia imperativa, sediento de obedecerle, ciñó el talle de la joven, la trajo contra su corazón, y con la certeza de un pájaro pescador, aprisionó la carne fresca de su boca y apuró el jugo aromado de sus labios.

El beso embriaga.

Y, loco ya por la trágica locura de los besos, ordenó al cochero cambiar de itinerario, y se dirigió á su casa de soltero.

Y Adela entró á ella, seria, serena, alta la frente inmutable y fatal, como la más pura de las esposas al más puro de los hogares.

Y los recibieron el salón familiar antiguo y grave, el pequeño *boudoir* tendido en rojo, el dormitorio tapizado en lila, y el gran lecho de caoba en cuyo baldaquín amores traviesos plegaban las alas, con rostros ingenuamente perversos, y huían con el dedo en los labios : heraldos divinos del silencio.

¡ *Salve virgen* ! dijeron las brisas y las flores. ¡ *Salve virgen* ! repitieron los ecos de la noche cuando como una paloma que entra al nido, la doncella intocada hundió sus carnes en las blancuras nítidas del lecho.

. . . .

¡ *Salve Mujer* ! dijeron las flores del jardín entreabriendo su cáliz á la aurora. ¡ *Salve Mujer* ! cantaron los turpiales encerrados en jaulas de marfil. ¡ *Salve Mujer* ! preludiaron las brisas matinales y el rayo del sol, que entraron juntos á saludar á la Mujer dormida, prisionera en las redes del Amor.

Teodoro se levantó el primero, y lleno de secretas emociones, contempló su bella compañera, cuyo perfil clásico se dibujaba apenas bajo su cabellera destrenzada, y cuyo cuerpo, aún de formas indecisas, como hecho con los fragmentos del Andrógino de Platón, dibujaba sus contornos, bajo el rojo cobertor que la arropaba.

El hecho irredimible era ya un hecho.

Ya era el vencedor.

Ya podía escribir á su Maestro. Ya podía decirle : he vencido. Tu consejo fué fortaleza.

He sido fuerte.

Y, mirando dormir su Ibis querido, pensaba en las palabras de su distante amigo.

Mujer seducida es mujer vencida : es una esclava. Seduce y serás amo.

Ya era el dueño y el Señor, puesto que era el seductor.

La ventura es generosa. Y, viéndose feliz, no pudo impedir que una piedad cariñosa y triste se apoderara de su corazón.

Aquella mujer dormida, se le había entregado en un abandono inocente y temeroso, sin preguntarle nada, sin exigirle nada, con una ingenuidad adorable, con una extraneza rara del Amor, con una ignorancia absoluta del placer, y había gemido bajo sus caricias, llena de asombro y de inquietud.

Y él iba á cultivar aquella extraña flor de voluptuosidad, aquel temperamento en el cual dormía acaso el deseo, como sierpe bajo el cactus. En ella se saciaría de placer y según el consejo de su *Maestro* mataría el amor con el veneno del Hastío.

Y, ¿ después ?...

¡ Ay, esa mujer lo amaba ! Era el único ser que conocía fuera del convento abandonado. Y, ¿ habría de dejarla luego ?

Así, viéndola dormir, sabiéndola suya, pensando en la ausencia, la tristeza asaltó su corazón, y comprendió que la amaba con delirio.

Así, poseída, la amaba acaso más que deseada.

¡ Había bebido el filtro de esos labios ! ¡ El beso de la hembra que encadena!...

Sentado en el pequeño escritorio, frente al lecho, escribió á su Maestro largamente.

Fué circunstancial, minucioso, prolijo con él, como con el más escrupuloso confesor. Nada, ni los más íntimos secretos de la noche violadora escaparon á aquella confidencia de abandono generoso, de noble franqueza.

Esperaba ansioso que su *Maestro* lo aconsejara en el nuevo rumbo de su vida.

Después, volvió á mirar á Adela.

La joven seguía durmiendo, y el alma de los amores parecía respirar en ella.

Su pasión se acreció con este cuadro de belleza inocente y sensual.

El Poeta que dormía en él, se despertó, y su Musa abandonada vino á besarle en esta aurora de sus nupcias. Fiel á su propósito de no versificar, escribió en prosa asonantada, lapidaria, sonora, esa prosa musical en que su modelo excedía á veces, cuando quería decir á sus hermanos del Parnaso : yo también sé el camino de Helicona, aunque no quiera transitar por él.

Y, en esa prosa rítmica, esculpió más que cantó el cuadro de su ventura.

Y, dijo :

Sunt lacrimæ rerum.....

Un gran cisne, cisne negro, silencioso, prisionero, en la nieve inmaculada de algún lago limpio y terso, semejaba en la almohada tu cabeza escultural, toda oculta en la opulenta cabellera destrenzada, que en mil ondas tumul-

tuosas y soberbias ondulaba, cual las aguas de un torrente, tras un recio vendaval.

*
* *

Un gran lirio, lirio abierto en la fronda lujuriante de un remoto país de sueños, bajo un cielo en nubes pálidas de un color límpido azul, tu albo cuerpo semejaba, en los nítidos encajes, y los amplios cobertores y los tenues cortinajes, que ligeros y ondulantes te envolvían en una nube de opalino, índigo tul.

*
* *

Un pichón de garza, blanco, con el pico rojo y suave, tembloroso y agitado, como el pecho de alguna ave, de esas aves que semejan bellas flores de la escarcha, de esas aves de la Idalia, que acompañan en su marcha, en su marcha triunfadora, á la diosa del Amor, asomaba un solo pecho, de las gasas escapado, de las gasas del tocado, del tocado que deshecho, permitía que así brotara esa flor divina y rara, semejando entre las blondas, un nenúfar en las ondas, ó algún níveo azahar en flor.

*
* *

Una mano de alabastro, blanca y tersa, cual si un astro con luz tenue coloreara ese cutis de marfil, en los rojos cobertores que ocultaban tus primores, me indicaba, ¡ oh, mano blanca! por qué Venus la de Milo, está trunca y está manca, pues sus brazos y sus manos, en belleza soberanos, tú los tienes, y el Destino los había hecho para ti.

*
* *

Un silencio rumoroso, idólatra, religioso, un silencio de Santuario, había en torno á ese Sagrario, donde inerte y descuidada, ¡ oh, mi diosa! ¡ oh, mi adorada! indolente dormías tú

Y, en la atmósfera vagaban mil perfumes que embriagaban, y en los ruidos vagarosos había besos amorosos, que vibraban y cantaban en el rayo de la luz.

*
* *

De rodillas ante el lecho, con las manos en el pecho, conteniendo los latidos de mi pobre corazón, yo en silencio te adoraba, y en silencio recordaba que esa noche ya pasada, ¡oh mi blanca desposada! te dormiste entre mis brazos, y al reclamo de mis besos, y al calor de mis abrazos, se abrió tu alma á mis caricias, de tu amor con las primicias, como al rayo de sol fúlgido la rosa abre su botón.

*
* *

Y al mirarte así rendida, recordándote vencida, busqué un sitio, y á tu lado, yo el león domesticado la cabeza recliné.....

Y pensando en el Hastío, y el Olvido hosco y sombrío, y pensando en que pudieras olvidarme ó yo perderte, tuve miedo de la vida, sentí anhelos de la muerte, lloré mucho, y en silencio, en silencio la imploré.

Después, se acercó al lecho, y haciendo como había dicho, colocó su cabeza en la almohada, y puso sus labios en los de la dormida idolatrada.

Adela abrió sus ojos, sus grandes ojos de zafiro, somnolientos, echó atrás su cabellera, río de espigas luminosas, puso los brazos en cruz, y se desperezó indolente, con un gesto de ondina, mientras la luz jugueteaba en los blancos jazmines de su cutis, centellando en el polvo de oro de sus encantos desnudos.

¡Eva! ¡Eterna Eva! ¡Tentadora de amor!

Bendita seas!

⁂

La Virtud es el Lábaro del Vicio

Es una palabra vacía de sentido, torturadora, fatal para la mayoría de las almas que viven temblando bajo el despotismo de las grandes palabras.

El Vocablo es el Tirano universal. Un tirano impersonal y obscuro, en cuyo nombre reinan los cortesanos del lenguaje. Así se agoniza bajo la dictadura convencional de la palabra.

Se gobierna la vida en nombre del Honor, y se muere sin haberlo visto, una vez siquiera, pasar vencedor por cerca de uno. Es el vencido eterno.

Se habla de la Justicia, y nadie ve su faz augusta, reinando en los consejos de los hombres.

Se habla de la Humildad, y no es ella, sino la Cobardía, quien pone la otra mejilla al bofetón.

Se habla de Caridad, y asoma la Filantropía, que es la explotación de la Piedad.

Se habla de la Honradez, y asoma el Dolo, hecho prócer por el Éxito.

Se habla de Probidad, y asoman : el Peculado, que es virtud oficial, y el Agio, que es virtud social.

Se habla de Piedad, y asoma la Hipocresía su faz compungida y beata.

Se habla de la Virtud en la Religión, y asoma el Mercantilismo farisaico su cabeza tonsurada.

Se habla de la Virtud en el Matrimonio, y en esa Ergástula de leprosos, no se ve sino : *el encuentro de dos disgustos y el duelo de dos depravaciones*.

Se habla de la Virtud en el Amor, y el Amor no es sino la mentira de dos almas y el ayuntamiento de dos monos.

Y en este carnaval de gentes virtuosas que nos asorda, no falta sino una cosa : la Virtud.

Y es porque la Virtud no es el estado natural del hombre.

El hombre virtuoso, si lo hubiera, sería un ser de excepción, un monstruo, y no llegaría á su desarrollo sin ser devorado por los otros.

La Virtud, tal como se concibe, sería la atrofia de todos los sentimientos vitales, la paralización de todos los órganos necesarios á la existencia, la renuncia á la lucha, es decir : á la Vida.

Imaginaos un hombre que fuera todo Caridad, todo Castidad, todo Generosidad, todo Humildad ; que amara á los otros más que á sí mismo ; que se humillara ante todos ; que se despreciara sinceramente ; que no amara el placer, el dinero, la gloria, el Amor, en fin las grandes cosas de la Vida.

¿ Qué haría ese cordero angelizado y deforme entre los cerdos del mundo ? La pereza explotaría su Caridad ; las mujeres insultarían su Castidad ; los soberbios abusarían de su Humildad ; los pillos vivirían de su Generosidad ; y la burla y el desprecio y el martirio obscuro serían el lote de su vida miserable.

La Vida es la lucha. Renunciar á luchar es renunciar á vivir. Los más fuertes son los vencedores. Hacerse fuerte, imponerse por la fuerza, vivir destruyendo y dominando, esa es la misión del hombre sobre la tierra. En la vida las garras se afilan, no se cortan.

Mas vil que la mutilación del sexo, es la mutilación de la garra poderosa. Quedar inhábil para defenderse, es la derrota : quedar inhábil para matar, eso es la muerte.

El hombre virtuoso sería la imagen dolorosa de la debilidad : un ser inhábil para la lucha, el más raro y más depreciable espécimen de la Tetarología.

Ser virtuoso es la quimera. Parecer virtuoso es la virtud.

En esto, como en todo : *Fingid*, es la palabra de orden, en el estado de mentira social en que vivimos.

La Virtud está en todos los labios y en niguno de los corazones.

La Virtud no tiene sectarios, pero tiene apóstoles. Todo el mundo la predica, nadie la práctica.

De la Virtud no existe sino el vocablo.

Sed mansos, grita el lobo á las ovejas.

Sed humildes, grita el Amo á los siervos.

Sed caritativos, grita el explotador á los cándidos.

Sed generosos, grita el necesitado á los pudientes.

Sed magnánimo, grita el cobarde al valeroso.

No delatéis, grita el criminal al cómplice.

No calumniéis, dice el culpable sorprendido.

Dad á Dios lo que es de Dios, dice el Pontífice. Yo soy su Imagen.

Y al César lo que es del César, grita el Amo. Yo soy su Enviado.

Sed sumiso, dice al hijo el padre que mató los suyos de pesar.

Sed casta, dice á la hija la madre que fué piedra de escándalo.

Sed fiel, dice á la esposa olvidada el marido polígamo.

Sed tolerantes, grita el sacerdote, anatematizando los herejes.

Amaos los unos á los otros, dice el odio sectario desde la roca de Efeso.

Y la Igualdad es el escabel de la Ambición.

Y la Fraternidad es el brazo de Cain.

Y la Libertad es la gran mascarada de la Historia,

Y así marcha, trágico y terrible el *monstruo social*, más triste, más infeliz, más desesperado, que el *monstruo natural*, el hombre primitivo que la Civilización fué á buscar á las cavernas, para aguzar todos sus apetitos sin destruir ninguno, refinar todas sus pasiones sin domeñar ninguna, prolongar hasta lo infinito el horizonte tempestuoso de su deseo, y prender visiones de cielo en la pupila somnolienta de la Bestia.

La Virtud es una cosa que todo el mundo exige y nadie da.

El escándalo es la indignación de esa Virtud.

Y el escándalo rugió furioso, en torno de Teodoro.

El vuelo del Ibis blanco, la proyección de sus alas, hizo alzar los ojos á la sociedad entera, que miró hacia el punto del horizonte donde el ave del desierto estableció su nido.

El viento sopló, amenazando aquel.

El don Juan violador fué anatematizado en todos los tonos y por todas las bocas.

Todas las vírgenes no raptadas, todos los mozos no raptores, se creyeron en el deber de escandalizarse, y de hacer la moral á expensas de la pareja feliz.

La Envidia censuró en nombre de la Virtud.

Las viejas solteronas gruñeron de dolor, hablando contra los tiempos actuales, y sintiendo en el fondo

que en los suyos no hubiera habido atrevimientos semejantes.

Los viejos libertinos se indignaban, ante las castas matronas, que redoblaban su maternal vigilancia, cerca á las vírgenes soñadoras, que bordaban poemas en las nubes, en torno de esta frase de moda ; *el rapto*.

Y los padres de familia, furiosos, gesticulaban, mostrando en la sombra sus puños á extraños violadores, y amenazando como gimnastas frente á las puertas y ventanas cerradas.

Fué un huracán de moral desecadenado en la pequeña ciudad.

El clero se conmovió hondamente.

Había en aquel rapto mucho de sacrilegio.

Se había irrespetado, se había violado, la casa de las vírgenes del Señor. Y éstas habían gritado como una jaula de cotorras asustadas á la aparición de un buitre. Y las pobres... fingían el miedo, y se creían expuestas aún á peligros semejantes. ¡ Oh, santa candidez !

¡ Deseo inextinguible de la carne!

Se habló, se dogmatizó, se gritó en torno al acontecimiento.

Como era natural las malas doctrinas salieron á relucir.

Y Darwin y Drapper, Spencer y Spinossa, Voltaire y Rousseau, y todos lo que han escrito sobre ciencia y filosofía, fueron públicamente acusados de ser los inspiradores de ese rapto acontecido á fines del siglo, en una obscura ciudad de los trópicos... Y fueron malditos por mil labios que no acertaban siquiera á pronunciar sus nombres.

La civilización salió, como era natural, sindicada de instigadora y cómplice del delito aquel.

Y en ese medio, enfermo de la deplorable manía de escribir, todos los *escribidores* profesionales, y los moralistas á domicilio, ejercitaban hasta fatigarlos, su pluma y su verbo en torno al acontecimiento.

Fué un aguacero de tinta y necedad.

Nunca el sentido común se vió más bajo ni la Virtud más alta.

Fué un ruidoso triunfo de la Moral.

Teodoro miró sin inmutarse rugir la tempestad en torno suyo.

Él no la temía.

Impuso silencio á los que se extramilitaron respecto á él. Y detuvo la Ley, la Religión y la Sociedad á la puerta de su casa.

Nadie, ni el escándalo mismo, osó pasar del dintel de su puerta.

¿Qué podia importarle á él?

La Sociedad..... La Religión.....

Él las conocía.

Grandes sombras proyectadas sobre un muro para espanto de los débiles y de los niños.

Él no se hacía ilusiones sobre su pueblo, sobre su raza, sobre el medio social en que vivía.

Conocía bien esas democracias nacientes, apenas esbozadas de la animalidad, donde las grandes ideas lidiaban el combate interminable de Jacob, y los grandes espíritus combatían como Ayax, en la sombra impenetrable.

El problema de la Etnología y de la Sociología de esos países latinos lusitanos del trópico, problema ya brillantemente expuesto por sociólogos eminentes,

en libros y en revistas, él lo tenía bien estudiado.

Él sabía bien de dónde vienen esos pueblos, de raza heteróclita y confusa, sabía qué extraños atavismos obran en ellos, qué lejanas herencias de morbosidades pasionales se mueven obscuramente, trabajando el fondo de su ser moral, qué desgraciados vicios de educación han formado ese estado sociológico actual, del cual se muestran tan cándidamente orgullosos.

Él sabía que el Oriente les dió sus gérmenes de sueños y apatía; la Europa, su sedimento de vicios; el África, la brutalidad de sus pasiones; que pueblos mongólicos se desprendieron un día en extraña emigración al Occidente, atravesaron el entonces Istmo de Bhering y poblaron la América.

El rudo cataclismo que rompió aquella faja de tierra los aisló luego, y quedaron allí, enclavados, con sus dioses deformes, sus teogonías absurdas, sus artes embrionarias, sus costumbres sangrientas, su bruma intelectual, aumentada por la influencia deletérea de los climas tropicales, enervantes y destructores, en su opulencia salvaje.

Esa raza quietista y estancada, especie de China meridional, conjunto de tribus autóctonas, dispersas y barbarizadas, sufrió un día la conquista de pueblos que venían de otros mundos. Eran los moros apenas domesticados de la Europa, descendientes de califas y de cides, de celtíberos y vascos: Eran los iberos.

Y la barbarie primitiva sufrió la conquista de esa otra barbarie, apenas desflorada en un beso mentido con la civilización.

Nuevas cadenas al cuello, nuevos mitos sobre la conciencia, nuevos dioses y nuevos amos, eso sufrió la raza domeñada.

Y al pie de la cruz clavada en las alturas, cerca á la lanza sangrienta del combate, se ayuntaron el conquistor bravío y la púber virgen india, hija de los caciques indomados, y de aquel beso de fieras, de aquel himen de tigres, de aquella cópula de dos barbaries, de aquel abrazo de la Fuerza y del Temor, salimos todos.

Sangre de galeotes y de esclavos, de semibárbaros vencedores y de bárbaros vencidos, esa es nuestra sangre.

Y se perpetuó la tradición.

Un Éxodo de aventureros cayó sobre América. No hubo ya galeras en España. Toda la nobleza del presidio, los grandes dignatarios del crimen, los próceres de la ergástula, los grandes dimisionarios del patíbulo, vinieron á poblar la América.

Y el Nuevo Continente se hizo un inmenso Ceuta, que guardaban, centinelas rugientes, dos océanos, que espiaban con su ojo de fuego los volcanes, y limitaba, como el muro de un Campo Santo, la muralla de hielo al septentrión.

Y allí, en el silencio violado de las selvas milenarias, sobre lechos de hojas ó hamacas de moriche, en una libertad paradisíaca, nuestros ilustres abuelos engendraron la nueva raza, ebrios de libertad y de codicia, nostálgicos del Oro y de la Patria.

Vino luego la raza africana y puso su pigmento en esta otra, y la hizo así el conjunto de todas las realezas.

¡ Hijos de Califas, hijos de Caciques, hijos de príncipes de Nubia ! ¡ Raza real !

¿ Que es raza feroz ? viene del moro.

¿ Apática y servil ? es de Mongolia.

¿Fanática y cruel? viene de España.

¿Sanguinaria y brutal? no tiene altares la piedad en las selvas mozambiques.

Y á esta raza así privilegiada, añadid los vicios del coloniaje, un coloniaje castellano, el despotismo oprobioso de soldados y de monjes. La Cruz y la espada. Dios y el Rey.

Sobre los altares de los viejos templos indios se alzaron otros dioses.

El culto del sol murió, como si el astro dios se hubiera ocultado para siempre en el horizonte de aquellas tribus humilladas.

No más constelaciones adoradas, nos más ritos caldeos, no más dioses tangibles, hijos de Floras y de Faunas, nos más culto de la Naturaleza generosa.

El terrible Jehová de los hebreos asomó sobre el cielo su faz amenazante.

Al culto de los elementos y de los astros, sucedió el de un plebeyo ajusticiado.

El hombre adoró al hombre.

Y con la sadena al cuello prosternaron á esos pueblos al pie de dos maderos en Cruz.

Y no fué el culto de lo bello, sino el culto de lo triste, ese culto que ya agobiaba á la humanidad con sus ídolos trágicos y su moral impracticable, el que tomó posesión de aquellas almas, y pobló con sus leyendas medrosas, sus mitos torturados, su angustia inconsolable, la riente imaginación de aquellos seres.

Y pastores tan ignaros como ellos, contaron á sus oídos las leyendas inverosímiles de sus cielos, las fábulas grotescas de sus dioses.

Y bajo el estandarte de los conquistadores, y el báculo de los pastores, á la sombra de la Horca y de

la Cruz, en la indigencia del cuerpo y la miseria del alma, en un estado vecino al de la bestia, esos rebaños vegetaron por siglos, en la ignorancia y en la esclavitud, en la superstición y en el Dolor.

Era una vida de larvas.

Un día, fueron despertados al grito de ¡ Libertad ! Y caudillos gloriosos los llevaron al combate, á la victoria y á la muerte.

Allí aprendieron el gusto de la sangre, que despertó atavismos ancestrales, recuerdos de sacrificios y de víctimas, en aquellas almas obscuras, hijas de todas las barbaries.

Desde entonces se alimentaron de sangre como las sombras de los héroes de Homero en las llanuras elíseas.

Entrados bajo la tienda á pesar de ellos, no volvieron á abandonarla, vivieron sobre las armas haciendo de sus tierras un perpetuo campo de batalla.

Cambiaron de amos.

Y principió esa orgía del sable, que no termina aún, y que los enloquece, como á los salvajes la danza sagrada en torno de la hoguera.

La púrpura de la guerra, como el *velum* del Circo les oculta el sol.

Y entregados al culto de *los héroes*, forjándose ídolos en la mitología salvaje de las contiendas civiles, agitándose en una paz sangrienta, como lobos enjaulados, ó durmiéndose en la indiferencia, madre funesta á la República como Livia, tiemblan, de rodillas ante la espada sangrienta de tiranuelos multico-

lores, ó se dejan sacrificar en un altar pomposo de figuras de retórica, por viles sofistas, que cubren su crimen con el *purpureus assuintor pannus*, con el jirón de púrpura de que habla Horacio, púrpura que suele convertirse en sudario sobre sus hombros apuñaleados, cuando una ráfaga de dignidad sopla sobre el corazón de las tribus oprimidas.

Y, si un caudillo libertador se apiada de su suerte y llega á guiarlos, se insurreccionan contra él en nombre de Dios y pastores mitrados los conducen — ovejas enfurecidas — á batallas sangrientas contra la civilización...

Y los Ministros de las sombras alzan de nuevo sus hechuras formidables y ponen su cruz en el puño de la espada del vencedor salvaje.

Y, ¡qué Amos! Caudillos fanáticos, inferiores á su fortuna, que no tienen siquiera ni la talla de su crimen. Tipos del liberto cesáreo hecho Rey. Paniaguados de la infamia, que hacen del Poder un pillaje organizado, vendiendo los destinos en pública subasta, como si fuesen antecesores suyos, y tornan el Gobierno en un bazar, como aquel en que temblaban sus abuelos, expuestos á la mirada del comprador de esclavos.

Autómatas del crimen, impermeables á los instintos de grandeza, batiendo como Calígula moneda con el hacha del verdugo, la mentira en los labios, la muerte en las manos extranguladoras, como si el alma de los Atridas hubiera pasado de Argos á estas Cortes de pigmeos.

Incapaces de las grandes acciones, se refugian en las grandes palabras, y envilecen en su boca impura los juramentos de honor. ¡Escolásticos sangrientos!

Son de un grotesco atroz.

Cuando el hacha de la muerte no abate sus cabezas miserables, se precepitan del poder en el ridículo, con una furia de monos.

Como aprovechan su dominación insolente, su ambición desenfrenada, para fabricar moneda sobre el cadalso, no van al destierro á extender la mano de Rufino, ni el casco de Belisario. Se acuestan en la molicie, ó se yerguen en su insolencia, y ante las cabezas cortadas que los miran del fondo del pasado, osan llegar á la piscina de la Historia, á lavar como Lady Machbet sus manos ensangrentadas.

Así, bajo el azote de esos déspotas viles, veía él marchar esos pueblos á la desaparición por la conquista, porque *las naciones largo tiempo despotizadas se esterilizan para producir amos y acaban por adoptarlos.*

Él sabía pues, de qué levadura en fermento se había formada la sociedad de esas democracias sangrientas.

Dinastías de la espada, de la toga ó del *comptoir.* De los militares sangrientos, de los cortesanos serviles, de los mercaderes impuros...

Él sabía, que remontando un poco el río de su historia, subiendo sus afluentes tan conocidos, había de hallarse el arroyo primitivo de donde venían todos. Todos hijos del arroyo.

Él analizaba ese medio social : no lo odiaba.

Era el suyo. En él había muchos hombres honrados. Sus mujeres eran modelos insospechables. Almas ingenuas. Pero la vencidad del desierto daba á sus pasiones algo de las fieras. Los odios de aquellas pequeñas ciudades eran pavorosos. Habrían sido

capaces, como los Escitas, de matar á Anacarsis, por el crimen de haber viajado entre los griegos.

El fanatismo era el cáncer que roía aquellas almas selváticas.

Sociedades en decadencia sin haber llegado nunca al apogeo; muriéndose de los vicios de la civilización, sin haber salido jamás de la barbarie.

Tales eran las clases directoras.

Y el pueblo valía menos...

¿Qué podían pues, importarle á él la crítica ni el furor de una sociedad que conocía tan profundamente?

Respecto á la Religión, tenía la triste certidumbre de que es una desgracia de la cual tardará mucho en libertarse la humana muchedumbre.

La religiosidad, según él, es una enfermedad cerebral, hereditaria. Sus gérmenes nacieron con el primato, con el antropoide, en la cueva obscura de la edad paleolítica, cuando el pobre mono asombrado, débil y estúpido, se halló por primera vez, con los fenómenos ruidosos, inexplicables para él y aterradores, del huracán, del trueno, del rayo y de la Muerte.

El hombre hizo á Dios.

El miedo y la ignorancia engendraron la Divinidad.

Ellas crearon el culto al Mito; la plegaria que conmueve; el sacrificio que desarma las potencias ocultas; la adoración de los ídolos; la invocación á lo desconocido; el servilismo: en una palabra: la Religión.

El tiempo habiendo depurado, elevado, civilizado, engrandecido y hasta embellecido esa creencia, llegó á hacerla algo, sino más razonable, al menos más aceptable, á la mente cultivada de los nietos aristócratas de los grandes monos de la selva.

La idea de Dios no le preocupaba.

Sabía bien que es la palabra con que el hombre señaba lo que no se explica, y la vieja quimera divina, velada y muda en su cerebro, como un retrato de familia, no atría su corazón, sus ojos, ni sus labios.

Su ateísmo no era agresivo, su incredulidad no era violenta. Se conformaba con negar, no atacaba los ídolos caídos.

Ni discutía, ni blasfemaba. Olvidaba.

Comprendía bien que mientras los hombres sean débiles é ignorantes, tendrán dioses y religiones. Que los individuos pueden libertarse de ese yugo, pero las multitudes estarán aún siglos encorvadas bajo él.

Además, el estudio de la Historia le hacía escéptico á ese respecto. Ella le había enseñado que la humanidad es naturalmente cobarde y servil, y tiene siempre necesidad de un dios y de un amo. Que en vano la filosofía y la libertad se los tumban, si vuelven á levantarlos bajo otra forma, con más cariño, con más fé, con más crueldad, con miedo más grande y servilismo más vil.

El papel de innovador no le seducía.

Despreciaba mucho al hombre colectivo para sacrificarse á su ventura.

El heroísmo le había parecido siempre una neurosis hecha de vanidad y estupidez.

No había tropezado todavía con un héroe autén-

tico. Y, como era del mismo pirronismo de Horace Walpole respecto de la Historia, temía los grandes *chantages* de la celebridad.

No era predicador ni redentor. Ne echaba sobre su persona cargos de misionero.

Leía á don Quijote; no lo imitaba.

Despreciaba todas las religiones. No odiaba ninguna. Basadas todas en la explotación de la ignorancia, le parecían un negocio legítimo mientras haya público que se deje explotar. No tomaba billetes en esa Lotería del Cielo, pero no se preocupaba de suprimirla. No había nunca envilecido su odio ni contra los sacamuelas, ni contra los curas. No frecuentaba la Iglesia, ni el circo. No iba á misa ni á títeres.

Y, así, dejaba pastar apaciblemente la vacada sacerdotal en las frondosas praderas de la estupidez hamana, sin inquietarse, ni inquietarla.

Pero, si una de estas vacas sagradas se atravesaba en su camino, ó le amenazaba con su cabeza mitrada, él sabía hacerle inclinar la dura cerviz, dándole el golpe recio sobre el frontal cornudo.

Tal le pasó, cuando en medio del tumulto producido por el rapto, sus ancianas tías le mandaron llamar, para indicarle la espantosa cólera del Obispo, y suplicarle de rodillas que aplacara la furia episcopal. Estaba amenazado de excomunión por violación de asilo sagrado.

Él conocía mucho al viejo Prelado, amigo de su casa, consejero político de su padre, enemigo personal de su Maestro. Él le había confirmado, de sus manos había recibido la primera comunión, y de las cimas de su ancianidad le había mirado siempre con bondad paternal y cariñosa.

Después de su regreso de Europa, Teodoro no había querido verle.

Su intrusión en este asunto le disgustaba muchísimo.

La idea de que este hombre le confundiera á él con todas sus ovejas, le creyera un mentecato, y le amenazara como á un campesino, con los rayos de latón del Vaticano, le dió una cólera tan grande, tan profunda indignación, que quiso ir él mismo en busca del Prelado.

La Verdad le aleteaba en los labios como un buitre prisionero.

* * *

La gran sala episcopal semejaba un inmenso amatista, iluminado por la blonda irradiación de un sol poniente.

La alfombra como un reguero de pétalos de dalia, los muros como tapizados con el traje de gala de un obispo, el mobiliario como hecho con hojas de anémonas exangües, y todos esos rayos violáceos dando un tinte más sombrío al inmenso Cristo desnudo, que ostentaba sus palideces de muerto sobre el muro, en ese fondo de tragedia y de crepúsculo.

En un ángulo del salón, donde ardía una lámpara tras una pantalla discreta, en un sillón con espaldar muy alto, coronado del escudo episcopal, estaba el Prelado.

Rostro severo y duro, inteligente y despótico. Calvo, de una calvicie completa, que prolongaba hasta el cráneo huesoso su frente admirable, al pie de la cual sus cejas negras é hirsutas proyectaban una como

sombra de alas sobre sus ojos de halcón. Mentón voluntarioso, maxilares fuertes, de bestia carnicera; gruesa y larga la nariz de un corte puro, la boca desdeñosa, imperativa: un busto de Domiciano.

Apoyaba sobre un cojín su mano larga y delgada, bella en reposo, mano de pastor, hecha para la bendición, para alzarse como un lábaro de paz sobre frentes inclinadas. En su dedo anular una amatista centellaba como una violeta en fuego. Su cuerpo alto, seco, encorvado, desaparecía bajo los pliegues de su sotana negra, sobre la cual lucía el rojo de los botones, del vivo y de la banda. Otro cojín sostenía sus grandes pies calzados con medias moradas y zapatos de charol, con hebillas de oro. Era imponente el Obispo por su aspecto. Era formidable por el poder moral que ejercía.

Veinte años de episcopado le habían hecho amo y Señor de todas las almas de aquel pueblo.

Si en alguna parte residía la omnipotencia, era en aquel Titán mitrado.

Severo, reservado, como un padre justamente ofendido, el Obispo recibió á Teodoro, extendiéndole la mano, que éste apenas tocó, sin llevar á los labios, como es costumbre, la piedra anular que brillaba en la mano del pescador de almas.

El Prelado abordó el asunto y comenzó á hablarle con voz confidencial, lenta, monótona, esa voz blanca de los confesores, voz inspiradora de confianza, que hace abrir las almas como rosas, al pie del Tribunal terrible.

Evocó ante Teodoro la sombra de su padre, severo, irreprochable, su madre tan cariñosa y tan austera, todo su linaje de virtud y de piedad, su infancia, su

adolescencia, todo su pasado, hasta el día en que el viento de las malas doctrinas había soplado sobre su alma, y Satanás, encarnado en el heresiarca formidable, le había apartado del camino del Bien.

Teodoro dejó insultar las ideas sin defenderlas, ellas no sufren de la diatriba, pero rechazó el epíteto de hombre perverso arrojado á su *Maestro*, y osó hablar de su virtud.

El obispo no le dejó concluir, la cólera empurpuróle el rostro, fulguraron sus ojos voluntariosos, y el dicterio voló de sus labios como un pájaro de fuego. Ya no era la voz untuosa del confesor, era la voz vibrante, agitada, colérica, del Predicador, habituado á fulminar anatemas, á maldecir en nombre de Dios, desde las alturas de la cátedra, sobre la cual abre sus alas níveas la paloma inmaculada del Verbo.

El insulto rojo, ignescente como un termo-cauterio ; la frase ponzoñosa como el crótalo ; el desprecio fingido, máscara del miedo ; la sentencia abrumadora y pedante ; el anatema sagrado, tan pueril en su majestad cómica ; la diatriba, la ofensa, todo un aluvión de odio doloroso, revelador de íntimas heridas, salía de los labios del Pastor, como las sierpes que escapan á una montaña en llamas. Se encaró con aquel nombre, ya que no podía encararse con aquel hombre, y le asesinó con todos los puñales de su dialéctica furiosa. Y después de haber arrastrado, como á un nuevo Héctor, este nombre tan temido y tan odiado, en torno á las murallas de su soberbia, pasó del hombre corruptor al hecho corrompido y fulminó contra el crimen de Teodoro.

El joven impasible lo escuchaba sin querer disculparse.

Ahogaba las sordas cóleras de su alma bajo esa impasibilidad desafiadora.

Esta actitud exasperaba al Obispo.

Ese silencio desdeñoso, esa mirada sin miedo, esa cabeza orgullosa, rebelde á doblarse bajo la tempestad de su cólera, hacían crecer su indignación hasta el coraje.

Y sus labios se hicieron una Biblia de sentencias, de castigos, de catástrofes y de maldiciones incendiadas, que caían como la lluvia mitológica de fuego sobre el valle de Pentápolis.

Escuchándole hablar de la castidad, de la pureza, del respeto á las vírgenes, oyéndole anatematizar contra los seductores, los violadores, los concupiscentes, y evocar sobre ellos todos los castigos del cielo, todas las torturas, todos los dolores del Infierno, la nota cómica se acentuó tanto en su cerebro, que el obispo de pie ante él, gesticulando como un poseído, trajo á su memoria la imagen de un actor chino, un juglar que había visto en un teatro de funámbulos, en Londres. Y sonrió sincera, ingenuamente, ante aquel recuerdo y aquel hombre.

El anciano que vió asomar la burla á aquellos ojos que él creía prontos á humedecerse con el llanto del arrepentimiento, y la sonrisa vagar en esos labios que esperaba ver abrirse para el ruego del perdón, no fué ya dueño de sí. Su irascibilidad senil, aumentada por su carácter despótico y el largo hábito de mando indiscutido, llevó su cólera al frenesí, y en el paroxismo de su ira prorrumpió en improperios, en gritos espantosos, que hacían temblar las viejas colgaduras, los candelabros, los cuadros, las cariátides sombrías de la gran sala episcopal.

Teodoro se hizo serio ante aquellos brazos que se agitaban sobre su cabeza como las alas de un pájaro deforme y el escándalo de aquellos gritos que le desgarraban los oídos.

No fué la rabia del sacerdote lo que le indignó más: fué la puerilidad de su amenaza.

La idea de que aquel hombre le supusiera de un idotismo capaz de creer en una excomunión y de temerla, le hizo enrojecer de cólera.

Sin embargo, dejó pasar la tempestad de gritos episcopales y acercándose al Obispo, que extenuado se había dejado caer sobre el sillón, como si comenzase apenas una conversación muy tranquila, le dijo:

— Padre, ¿qué concepto os merece un seductor?

El Prelado, creyendo no oirlo bien, inclinó el rostro hacia él y llevó su mano temblorosa á hacer pabellón á su oído, un poco torpe.

— Sí, ¿qué concepto os merece un seductor? repitió el joven.

— ¿Y no me lo habéis oído decir? Es un renegado, un infame, un ser inmundo. La virginidad es sagrada. El violador es un verdugo.

— Padre, volvió á preguntarle el joven, ¿qué castigo merece un seductor?

— ¿No os lo he dicho ya? Todos los castigos del cielo y de la tierra. Iniciar un ser en el mal es robarle la ventura. Un seductor es un asesino de almas.

— Padre, ¿qué debe hacer la sociedad con un seductor?

— Expulsarle como á una bestia inmunda, aprisionarle, ya que no es posible matarle, rugió el cura, que sentía otra vez la rabia subirle á la garganta.

El joven, poniéndose de pie, se acercó aún más al anciano y lenta, pausadamente, le dijo:

— Sois un Príncipe de la Iglesia; sois un Sacerdote; un Ministro de Dios. Habéis llegado á esa altura, sin duda, por el esplendor de vuestras virtudes, por vuestra continencia, por vuestra austeridad, por vuestra pureza. Sois puro, sois casto, sois insospechable. Eso os da derecho de hablarme así, á mí, pobre pecador, y de condenar en alta voz mis crímenes contra el pudor, los pecados de mi carne, lo que llamáis mis vicios y mi impureza.

Volveremos sobre mis faltas, por ahora vengamos sobre vuestra autoridad y sobre vuestros castigos

¿Qué es una excomunión?

Es colocar á un individuo fuera de una comunión cualquiera. Mas, si ese hombre se ha salido voluntariamente de esa Comunión, ¿cómo echaríais de vuestra casa á un hombre que os amenazara desde la calle?

Sois jefe del Catolicismo aquí. Yo no soy católico, ¿qué tenéis que hacer conmigo, con qué derecho os inmiscuís en mis asuntos?

Yo he abandonado voluntariamente vuestra Iglesia y me he colocado no sólo fuera de ella, sino contra ella. Entonces ¿cómo os atrevéis á amenazarme con la expulsión?

Si yo no creo en vuestros mitos, si no estoy bajo vuestra autoridad ¿por qué me amenazáis con la cólera de dioses en que no creo y con los castigos de una asociación religiosa que no tiene derecho ninguno sobre mí?

Si yo soy un hombre libre ¿por qué os atrevéis á tanto?

Si yo no soy de vuestro rebaño, pastor atrabiliario ¿por qué levantáis vuestro cayado sobre mí?

— Infame, gritó el obispo pálido, poniéndose de pie, invadido otra vez por la ola montante de la Cólera. ¡Infame! ¡Miserable! ¡Yo te pulverizaré! Mi excomunión ha de negarte el pan, el fuego y la sal. Yo acabaré contigo y tu soberbia. Tú no conoces la sociedad en que vives. Herido por el rayo de la Iglesia serás un montón de ceniza sobre la cual escupirá el pueblo.

¿Desprecias mi poder? Bien : yo te lo haré sentir. Maldito de Dios, la soledad de los réprobos se extenderá en torno tuyo.

Nadie se acercará á ti, y la sociedad de los hombres rechazará tu contacto. Aislado serás como un leproso, y la compañía de la hembra que has raptado también ha de faltarte, porque yo haré que la autoridad la arranque de tus brazos.

Acosado serás como un perro rabioso, y expulsado serás de esta ciudad que infestas con tus vicios. ¡Quítate de mi presencia! En nombre de Dios, yo te maldigo ¡Maldito seas! ¡Maldito seas! Y el rumor de la Maldición salía como un huracán de los labios del Apóstol.

— Señor, dijo humildemente Teodoro. No me expulséis sin acabarme de oir. Soy un pecador y tengo derecho á vuestra misericordia. Quiero que vuestra castidad indignada, vuestra pureza insurrecta me diga otra vez el anatema que le merece el vicio.

— Decidme ¡oh noble Apóstol de la Virtud! decidme ¿qué castigo merece un hombre que seduce su propia hermana en el silencio de su hogar campesino, y para cubrir su crimen la encierra en un convento

lejano, donde se apaga el escándalo con la vida del hijo y la razón de la madre, y enclaustra aquella mujer contra su voluntad, y la entierra viva y la olvida y es feliz mientras la pobre se enloquece y lleva veinte años de gemir y de gritar y agarrada á los barrotes de su celda, llama á su hermano, á su hijo y á la Muerte?

El Obispo palidecía.

— ¡Oh virtuoso y casto Protector de vírgenes! continuó el joven implacable. Decidme: ¿Qué castigo merecería el hombre que sedujera la hija de su propia hermana, la hiciera tres veces madre y tres veces infanticida y la obligara á casarse con un bastardo suyo para seguir deshonrando ese hogar en un incesto perpetuo?

— ¡Oh santo! oh noble! ¡oh impecable sacerdote! Decidme ¿qué castigo merecería el anciano sexagenario, á quien un amigo moribundo confía su propia hija y su caudal, y se apropia el caudad, y viola la hija, y la obliga á ser su querida, y Herodes implacable, matador de niños, consume su vejez en el contubernio impuro y en el infanticidio perpetuo?

— ¡Oh puro! ¡Oh santo Levita! Anatematizad, excomulgad, anonadad ese hombre!

Dios no ha querido castigarle. Dios le ha hecho Ministro suyo, Pastor de sus ovejas, guardián de la Virtud, predicador de la Castidad, Príncipe de la Iglesia, Obispo insospechable, y carga cruz y báculo y bendice al Pueblo que se prosterna ante él como lo hago yo. ¡Oh santo, inmaculado, purísimo Varón!

Y el joven se inclinó en la más cómica actitud de adoración.

El Obispo estaba mudo. Lívido, amarillento, los

brazos caídos, los labios abiertos, dejando ver sus dos grandes dientes solitarios, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos extraviados, ni veía, ni oía, ni hablaba, absorto como si viese surgir ante él todas las vírgenes violadas, todos los niños muertos, toda la sangre y todo el lodo de su vida.

Teodoro se acercó á él.

El anciano retrocedió en su sitial.

— Ahora. Bendecidme ¡oh Pastor insospechable!

— Imagen de Dios sobre la tierra, bendecidme, dijo el joven doblando una rodilla, en la crueldad de su sangrienta mofa.

El Obispo se puso en pie, rechazó al joven sin mirarle, y cubierto el rostro con las manos, caminando á tientas, se perdió en la penumbra del salón, tras las cortinas de un aposento vecino. Mientras se hacía el silencio en la gran sala taciturna, los bustos de viejos Arzobispos contemplaban la huída del Prelado, vacilaban las luces sobre los muros violáceos, y el Cristo agonizante en su horizonte cárdeno, parecía querer arrancar sus brazos del madero, para aplaudir con sus manos laceradas.

*
* *

El Matrimonio es el Calvario de las almas; la Crucifixión del Ideal; la tumba del Amor.

El Cristo, jefe de los misógamos, no dobló la cabeza á la coyunda que impuso á los demás, no entró en la institución que estableció para tormento de los otros.

Apuró todos los martirios menos ése. Sus labios de Apóstol no juraron el Amor.

Él consagró con su vida sin hembra esta verdad, ya

sabida por los hombres : *la Mujer es funesta al Genio*.

Prefirió sufrir el beso traidor al beso enamorado.

El monte de los Olivos en que lloró el Redentor, es menos triste que el bosque de los mirtos en que agoniza el Amor.

La agonía del Apóstol vencido es menos cruel que la agonía del Amor vendido.

Apuró el cáliz del Dolor y abrevó sus labios en hiel. Mas no aceptó el cáliz del Amor, ni escanció la miel en los ajenos labios.

Noli me tangere, dijo á la Mujer.

Misógino rebelde, llegó hasta perdonar á la Mujer, no llegó á amarla nunca.

Tenía por el sexo todo un desprecio orgulloso que se extendía á su madre misma : *Mujer ¿ qué hay de común entre tú y yo?* le dijo un día.

Y este altivo despreciador de la Mujer se vengó de ella, dejándola condenada al Matrimonio, esclavitud más cruel que la de un Paria, servidumbre más vil que la de un Ilota.

Este enemigo personal del Amor se vengó de la pasión fatal, estableciendo para ella la cadena perpetua indisoluble, la Ergástula bendita por su Ley : el Matrimonio.

El Matrimonio es la venganza del Cristo contra el amor, la sentencia de muerte de la pasión culpable. Es la flor del Cristianismo, el fruto maduro de la *Moral social*, esa moral contra natura, que, como dice Nietsche, va prescisamente en sentido opuesto á todos los instintos de la vida.

El Matrimonio es el lecho de Procusto donde gimen las almas torturadas.

Es el Poema de la tristeza y del Hastío!

¡Oh! el desolado País el Desencanto!

Lejos de ese país brumoso, de ese presidio de las almas, Teodoro y Adela se absorbían en la beatitud suprema del Amor.

El Amor no vive sino en la libertad como todas la grandes pasiones. Es rebelde al yugo. Prisionero, muere de tristeza, como los tigres y los cóndores.

Así, á la luz de ese sol de libertad, en esa sombra de Edén, ellos se amaban con la fuerza y el encanto de un poema primitivo.

Así en el país del beso, lejos de las fronteras del deber.

El hastío no llegaba á ellos, el hastío es hiena que se alimenta de cadáveres de amores. No asalta á los leones en la caricia desgarradora de su cópula salvaje.

Como un petrel sobre la tempestad, así se durmió Teodoro en la nube incendiada de su Amor.

Amado y amante, fuerte y feliz, el joven se abismaba en su pasión.

Adela renacía al beso del Amor.

Su gracia flébil y tierna, su esbeltez de liana, su belleza de ensueño, se desarrollaban majestuosas al beso continuado del placer.

Y el Ibis abría sus alas argentadas, más hermosas al divino calor del nuevo Sol.

Sus senos se alzaban erguidos como magnolias cerradas, como ánforas etruscas, prontas á llenarse y á escanciar el néctar generoso de la vida.

Sus formas tomaban redondeces amplias y duras, que embellecían las curvas de su cuerpo, y envuelta en los amplios peinadores de batista, alta y fuerte, con su seriedad un poco salvaje y triste, semejaba la

Minerva arcaica del Museo de *Studii*, por su belleza acentuada y soberbiamente triste.

Sus ojos iluminados por el placer, tenían una luz más intensa, y sus pupilas estriadas y fulgurantes se hacían irresistibles de fascinación dominadora y sugestiva.

Su temperamento voluptuoso y mórbido había vibrado como una arpa al contacto del Amor, había despertado como un cachorro de tigre y jugueteaba en los primeros desperezos de la vida.

La sensualidad innata y morbosa que le venía de su madre, se revelaba en toda ella, con una gracia rara de ignorancia y de deseo, que vibraba en su cuerpo ondulante de animal felino.

Y así se trascurrieron meses felices.

Y cuando el psicólogo hipnotizado despertaba en el fondo de su sueño, y quería analizar su situación, no hallaba nada porqué inquietarse. En nada traicionaba el orgulloso programa de su vida. Ninguna debilidad mancillaba el aislamiento soberbio de su alma.

Y se creía misógamo y rebelde al yugo, y líbre como antes, cuando reclinado en el seno de su querida, palpándole las formas, tocándole los senos, se estremecía bajo el parpadeo letárgico, fascinador, sutil, de esos ojos cuyas pupilas glaucas se atigraban al calor de la pasión, y centellaban y atraían como fuegos de la noche, como misteriosos ojos de una de esas ninfas ígneas, que en cuerpos de Salamandras buscan la pasión carnal, según el decir de viejos cabalistas.

El Amor tiene eso de común con la tisis: que envuelve á sus víctimas en el velo azul de la ilusión.

Y es pavoroso, y atractivo, y sutil, y aduerme como

las alas de un vampiro á la víctima inocente, que reposa segura de la quimera de su fuerza.

¡ Oh Amor, río sagrado de la vida, Nilo eterno y fangoso, nada escapa á tu limo fecundante!

¡ Oh Amor! Maldición del Paraíso, herencia de la Eva tentadora ¿ quién no lleva en el alma tus estigmas?

¡ Oh Amor! la simbólica manzana ¿ quién no lleva en los labios el sabor de tu ceniza?

¡ Oh Amor, tú eres eterno!

Por la puerta de tu templo han pasado los siglos y los hombres, y á tu altar han llegado uno tras otro dejándote en el ara consagrada la blanca flor núbil de sus almas dolorosas.

¡ Oh Amor! á ti se dirige el voto eterno, la imprecación eterna de los hombres!

¡ Oh Amor! ¿dónde está mi paraíso? te pregunta Adán, el de Moisés.

¡ Oh Amor! ¿ dónde está la virginidad de mis hijas? te pregunta Lot el fugitivo de Sodoma.

¡ Oh Amor! ¿ dónde está mi esclava preferida? te pregunta Abraham el de Caldea.

¡ Oh Amor! ¿ dónde está el respeto del tálamo? te pregunta David el de la honda; ¿ á dónde está mi negra sulamita? te pregunta ese viejo envilecido.

¡ Oh Amor! ¿ dónde está nuestra vida? te dicen Acaz el de Jetzabel y Holofernes el de Judith.

¡ Oh Amor! ¿ dónde está mi fuerza? te dice Sansón el mutilado de Dalila.

¿Dónde esta mi honra? te dice César el de Roma.

¿ Dónde está mi gloria? te dice Antonio el de Cleopatra.

¿Dónde está mi sexo? te dice Abelardo el del Paracleto:

Y todos fueron ofrendas de tu templo.

¡Oh Dios Impasible y cruel! ¡Tuyo es el mundo!

¡Salve á ti, creador de los hombres y las cosas!

¡Salve, Amor!

*
* *

Al recibo de nuevas cartas, el Maestro no se engañó. Vió claro en el fondo del Abismo.

¡Allí estaba el Amor!

El gran mal inapelable y trágico, la Maldición, estaba allí.

Bajo la superficie al parecer tranquila estaba el Monstruo. Se ocultaba mal bajo las linfas transparentes del estilo, como un cetáceo bajo la onda limpída de un lago.

Aquella prosa vibrante y sensual, que sólo hablaba del Placer, con una desgana vecina del Hastío, ocultaba tras sí el Amor, el inmenso Amor temido.

No era la Vencida: era la vencedora. No era la corruptriz; era la dominatriz. No era la esclava conquistada, era la reina conquistadora que avanzaba omnipotente sobre el Imperio de aquel corazón virgen del Amor.

Era la mano temida, sobre el cuello del sicambro...

Algo como la voz del desastre ineluctable se alzaba de aquellas páginas.

Como los héroes de Homero, el amor combatía tras de una nube. Pero él, como Aquiles, hería tres veces con su lanza la nube encubridora. Él obligaría al monstruo á revelarse á sus ojos.

No se hacía ilusiones sobre la invulnerabilidad de su discípulo.

Conocía bien el corazón humano, profundo, movible y fangoso como el mar. Sabía bien toda la cantidad de lodo que puede contener esa entraña miserable. Sabía cuán fácilmente se derrumba una conciencia, y cómo sobre el Imperio de las almas aun más que sobre los Imperios de la tierra, aparece escrito el dístico fulminador :

A thousand years scarce serve to forme a Empire
An hour may lay it in the dust...

Él sabía cuán frágil es el *ære perennius* de Horacio.

Y cuán efímero es el fulgor de la palabra sobre el fango estancado de la vida.

Por eso no ejercía el proselitismo. Por eso iba solitario en la vida, aislado de la muchedumbre de los hombres.

Los leones andan solos. Los cerdos del monte van en manadas. Las ovejas van en rebaño. Los cuervos van en bandada. Las águilas no.

Con su clarividencia genial, vió hacia lo porvenir y temió por su obra ; su *chef-d'œuvre*, tan primorosamente formado.

Se inquietó por Teodoro. No le inquietaba su sensualidad que él sabía desbordante y nunca satisfecha y que le había aconsejado cultivar, porque : *la sensualidad es la cuerda misteriosa, pero necesaria y creatriz del desenvolvimiento intelectual.*

Lo que le hacía temer era el lado débil y quimérico de su imaginación ; ese germen de Ensueño, oculto pero no extinto ; lo que él llamaba su lado de Poeta.

No que él odiara á los poetas, como habían querido

hacerlo creer los rimadores estériles y letárgicos, los versificadores profesionales, heridos por su silencio.

¡Oh, no! Él amaba mucho la Poesía. Amaba á los poetas. Pero no admiraba sino la alta Poesía y los grande Poetas.

Amar no es admirar. Amaba á muchos poetas; admiraba muy pocos.

Tenía un alto concepto de esta palabra desmesurada, misteriosa y fulgente : Poeta.

Ni el lenguaje, ni el pensamiento podían subir más alto de esta cima del Genio. Encima de los Poetas, la vaguedad de Dios. Sobre el Cáucaso, Júpiter. Pero herido, sintiendo la voz anunciatriz de su derrota.

Poeta, sinónimo de esta otra palabra fulminatriz; Profeta.

Para él, el Poeta era un ser de excepción, una alma colectiva y única al mismo tiempo; la síntesis del alma angustiosa de una época : el símbolo y el grito de una edad. Visionario y vidente, héroe y apóstol, sobre la frente la auréola, en la mano el tirso, en el labio entreabierto el verbo vengador.

Poeta, Esquilo, herido en la batalla, apedreado en su Teatro, envuelto en sus ruinas, expulsado de su pueblo, proscripto por la Envidia vencedora, solitario en el destierro, muriendo frente al mar su hermano formidable, bajo el error fratricida de una águila, que confundió su frente pensadora con la cima terrible de una roca.

Poeta, Hugo, rebelde irreductible, conciencia invulnerable, alma bravía, lapidado por las chusmas, insultado por los césares, de pie sobre la roca de su destierro, dialogando como Lear con el mar y las tor-

mentas, cambiando el océano por la muchedumbre, la roca por la barricada, extendiendo su lira, como una ala de llamas, sobre el incendio trágico de la Ciudad Sol.

Un Poeta en un siglo. Y lo llena todo.

Es la excepción del Genio.

Su admiración se posaba en esas dos grandes cimas : Esquilo y Hugo.

Después, descendía en las gradaciones de ese Himalaya sonoro, hasta detenerse en el amplio, profundo y tenebroso Lucrecio, como ante una laguna impenetrable, llena de misterios, de secretos y de vida.

Hubiera amado más á Goethe, el inconmensurable, si su manto de cortesano no deshonrara sus hombros, hechos para la clámide de un dios.

Amaba á Byron y á Heine, no por sus cantos de Amor, eco vergonzoso de sus debilidades de corazón, sino por el valor con que marcaron con sus estrofas la frente de su época, por la carcajada con que respondieron á la grita de su país, por el odio que supieron inspirar á sus conciudadanos, por el desprecio olímpico con que miraron esa *entelechia* abrumadora de la Patria.

Y de los últimos tiempos amaba á Theophile Gautier, el mago admirable ; á Leconte de Lisle, el parnasiano inalterable ; á Paul Verlaine, el bohemio miserable. En el uno amaba lo divino del Arte, en el otro la majestad de la inspiración, en el otro la inmensidad del dolor. Con los colores guardados en la paleta del uno, habría para hacer un cielo fúlgido en las entrañas del caos ; con la serenidad imperturbable del otro, habría para serenar en un minuto una mar del trópico en tormenta, y con las lágrimas del último,

habría para envenenar en una copa á todos los felices de la tierra.

De su continente amado, él tenía sus poetas preferidos y los amaba al igual de sus poetas extraños.

Él no decía como Talma : *Pas de beaux vers.*

Ni decía con Beyle : *Pas de vers du tout.*

Él leía los poetas con pasión, y los amaba con un amor doloroso, muy desgarrado, muy triste, como de un hermano extraviado á quien la tempestad impidió llegar á la cima formidable.

Así, cuando temía por Teodoro, era por su lado generoso, soñador y quimérico.

El Ensueño y la generosidad llevan á la pasión espiritual y esa pasión es mortal.

Ante el peligro inminente escribió á Teodoro llamándole con premura. *El Oriente nos espera*, *le decía. Ven.*

Este viaje proyectado largo tiempo, sería acaso un aliciente al alma viajera del discípulo.

Sabía bien que se dirigía á un enfermo del alma, á un pobre ser atacado del mal inevitable, de la ineludible miseria de la vida.

Fué piadoso y reservado. Sin embargo, el fruncimiento de las cejas de Jove asomaba tras la serenidad fingida de la nube.

Espero bien que ésta no ha de ser mi última carta, le decía.

Así rugen las fieras en llamado del cachorro.

El águila extendía el ala, llamadora del halcón.

*
* *

La carta del *Maestro* fué para Teodoro como un rayo caído en la cima.

Despertó á la orilla del Abismo. Y no retrocedió.

Con extraña lucidez midió toda la inmensidad que estaba abajo. Y amó la profundidad desconocida.

Llegado á esa escarpadura abrupta de su Destino donde no quedaba á su alma sino precipitarse ó retroceder. No vaciló. Tenía la embriaguez del vértigo

Tendía sus brazos á la caricia misteriosa del vacío. No pensó en huir

El Abismo le atraía con la fuerza irresistible de una fascinación. Su seno de sombra estaba constelado de visiones mágicas, una flora desmesurada abría allá abajo sus cálices misteriosos, en cuyo fondo dormía la muerte á la sombra de pétalos pálidos y esquivos, y una voz de extraño sortilegio cantaba en el fondo la llamada ineluctable de la Sirena Omnipotente.

Contempló con extraña voluptuosidad el fondo del abismo en que iba á hundirse, y no tembló, no pensó siquiera en escapar á la suerte ineludible, al vencimiento definitivo, y á la Muerte.

Quiso disimularse su derrota, coronó de flores su cobardía, y dialogando con su quimera, abrazándose al sofisma, dijo:

— Dejarla es matarla. ¿Tengo yo derecho de asesinarla así? Mi Amor no es un puñal.

Y yo la amo. ¡Oh, que el Amor es bello! Ayer era mi contrario, hoy es mi vida. Se venga de mi antigua hostilidad. Amar es mi destino.

Yo no tengo la fuerza salvaje de asesinar mi propio corazón.

El Amor embellece la vida; ¿por qué he de consumir la mía lejos del Amor? Si el Amor me hace feliz, ¿por qué me he de condenar á esa mutilación del sentimiento?

¿Por qué he de profesar en esa orden de Malta de los desencantados de la vida?

¿He recibido yo los mismos golpes que asesinaron aquellos corazones y llevaron aquellas almas heridas al odio del amor sentimental y al culto orgulloso de su *Yo*, alto, majestuoso é imponente, pero estéril y frío, como las grandes cimas donde duerme el huracán? ¡Almas heridas por el Dolor como las cumbres por el rayo, calcinadas por el fuego, sintiendo acaso una piedad envidiosa por los valles florecidos, en donde brilla el sol, canta la vida y revienta espléndida la floración carnal de los deseos, ellas pueden aislarse en su soledad, alimentarse de su propia grandeza, vivir absortas en su propia contemplación como los dioses indus, calentándose al calor de su genio, inabordables, implacables, inimitables... Pero, los que estamos vírgenes del Desengaño de la vida, que sentimos, como una mariposa de oro la ilusión jugueteando en el cerebro, la poesía como una estrella misteriosa iluminando los limbos del alma soñadora, el sentimiento como una fuente de ventura brotando gota á gota, hasta hacer caudal de rumores en el corazón, antes lecho seco, cauce ardido del hastío, y el Amor despuntando como un Sol del trópico sobre el Alma hecha un bosque en primavera ¿hemos de apostatar de la vida, renunciar á la ventura, destruir nuestros ídolos, apagar todas las luces, pisotear todas las flores, cerrar todos nuestros templos, y correr á esos desiertos del alma, á encerrar-

nos en esas Tebaidas del Orgullo, solitarias y frías, donde extraños anacoretas maceran su corazón y predican el culto de la sensualidad, el dominio del cerebro, el reinado animal del sexo, y la extirpación del sentimiento como la más vergonzosa debilidad de nuestra vida?

¿Adónde nos conduciría este Éxodo de almas desesperadas, hacia esa Arabia Petrea del pensamiento?

Y defendía con calor su bajeza, en esa embriaguez de bruma que subía á su cerebro, en el cual crecía la noche, mientras su corazón, antes domado, se abría como una gran flor sangrienta, ¡palpitante y feliz la entraña miserable!

¡Era un Vencido!

Y aquel derrotado de la vida, aquel asesinado del Amor, creyéndose victorioso, continuaba en monologar en su miseria, creyendo que raciocinaba, cuando sólo dejaba hablar la demencia brutal del corazón.

Y continuaba en decirse:

— Hay almas hechas para el Amor: la mía es una de ellas.

El Amor me ha revelado una nueva vida ¿por qué he de abandonarla? Además ¿á qué dedicaría yo mis energías?

¿La Política? Yo no la amo: la desprecio.

Ciencia corrompida y corruptora, prostíbulo infamante, mercado de almas, feria vil de las conciencias, arena del engaño, donde el cinismo es todo y el mérito es nada, madre de los audaces y de los nulos, maldita ciencia del manejo de los hombres; yo sé bastante de ella; yo he visto al *Maestro*, aquel hombre de Dolor y de Fuerza, extraviado en esa senda fangosa, atravesarla sin mancharse, como el Alfeo las corrientes del

Aretuza; con la indignación en el alma y el verbo profético en los labios; fustigando á los mercaderes del Templo; sordo á la lisonja, sordo al ruego; rechazando como el contacto de una llama, el del oro corruptor; severo y puro, con la tristeza augusta de su perfil sofócleo, bajo la nube de guijarros, de insultos, de calumnias, con que le lapidan la plebe y sus esbirros, los esclavos y sus señores, mientras los *sabios* ríen de él, como las cortesanas de un harem reirían de una vieja vestal pálida y virgen.

¿La literatura? La conozco también. Yo sé de esa feria de la lisonja vil, y de ese templo de la Envidia hostil.

¿El Periodismo? ¿No he visto á mi *Maestro* huir despavorido de esa Ágora consagrada, ante la invasión súbita de una turba extraña, que ha hecho de cada diario el templo de un hombre, y de cada frase un incensario para el despotismo, una rosa abierta ante el altar de la mediocridad omnipotente?

¿A qué dedicarme pues? al Amor, única cosa que la tristeza de esta época deja á las almas delicadas. .

. . . .

Así disculpaba su bajeza, así idealizaba su derrota este pobre vencido del Destino.

En el naufragio absoluto de su energía, en la ruina completa de todos sus ideales de grandeza, sin fuerzas para romper la corriente que lo llevaba, se dejaba arrastrar por la ola, y cerraba los ojos á la aproximación del vórtice.

Todas las grandes virtudes empezaban á desaparecer en él, porque el Amor las mata todas.

La energía, la veracidad, se hundieron las primeras.

Y fué débil, y mintió.

Escribió á su Maestro una carta dilatoria, tierna, llena de excusas pueriles, de súplicas cariñosas, de frases mentidas de energía contra su Amor, de promesas falaces de ser fuerte.

Y lloró sobre esa carta mentirosa.

Comprendió que todo iba á morir entre su Maestro y él. Aquella alma era implacable.

Su recuerdo moriría en aquel corazón, ahogado por el desdén, y su nombre no pronunciado por aquellos labios severos, borraría la huella de su vida en el cerebro poderoso.

El Poema de su adolescencia y de su juventud iba á morir.

Y lloró sobre él. Sintió esta nueva orfandad caer sobre su corazón.

El abismo se abrió desmesurado para devorar aquel afecto. Separadas quedaron las dos almas en opuestas riberas de la vida.

El Águila bravía quedó en la cima inaccesible!

Solitaria extendía su ala gris á la caricia infinita de los vientos del espacio. Sus pupilas hechas á la contemplación estática de los astros no vieron la hoja seca rodar en el vacío...

Y el corazón del Águila amó el Sol.

TERCERA PARTE

Sobre los grandes jarrones de China rosas amarillas agonizaban, como vírgenes soñadoras, tocadas por el ala de la muerte, marchitas por el beso de la tisis. Y sus pétalos caídos perfumaban la calma sagrada de las cigüeñas meditabundas que un pincel de artista ingenuo había esbozado allí, en un horizonte vago, entre juncos y plantas acuáticas informes.

En las rinconeras de laca, donde crisantemos y pájaros del Japón extendían su pictórica vibrante, nardos de Arabia, en vasos azules transparentes, desbordaban, llenando la estancia de un aroma penetrante.

Sobre el piano, en una canastilla, violetas frescas mezclaban su perfume discreto y delicado á las violentas emanaciones de las otras flores, exuberantes y turbadoras.

Un *abat-jour*, azul pálido, que caía sobre la gran lámpara central, tamizaba la luz en rayos blondos y tenues, que daban un fulgor de ópalo á los muebles

color de lila suave, con molduras de palisandro sin pulir.

Y las flores y la luz formaban una atmósfera extraña, inquietante y cálida, como si se respirase en un labrum de alabastro repleto de jazmines.

Adela tocaba el piano.

De su bata roja, holgada como convenía á su estado interesante, emergían su garganta delicada, su cabeza armoniosa, enigmática, como una cabeza de Quimera, surgiendo de un vaso de pórfiro. Su cabellera tenía reflejos de oro viejo, como de heno herido por un rayo de sol. Sus ojos de turquesa impóluta, se ahogaban en una tristeza luminosa, como los grandes lagos filandeses cuando los vientos del norte empujan hacia ellos las primeras brumas del invierno. Una sonrisa inexplicable, como de la Joconda de Vinci, vagaba como una sombra por su boca dolorosa y sensual. Inclinaba su cabeza hacia un lado como si escuchara la voz cariñosa del ensueño hablándole al oído. Y, en esa penumbra discreta, entre la palidez de esas flores que evocaban como lejanos valles de Misterio, su silueta se diseñaba como la de una de esas Emperatrices nimbadas, de antiguos tetradracmas, clásica como una ánfora, capciosa como una flor.

Afuera, en el gran patio silencioso, el agua de la fuente murmuraba, cayendo lentamente en un vaso de mármol rodeado de orquídeas y parásitas del monte...

En un sillón, cerca á la lámpara, Teodoro hojeaba los periódicos del día.

Todos hablaban de él con motivo de sus recientes artículos : *Sobre el Arte y sobre la Filosofía.* Casi todos le elogiaban.

Los retrógrados y los religiosos no tenían sino un solo himno para el discípulo que había tenido el valor de romper con las doctrinas abominables del *Maestro*. Y en esa admiracián hecha de odio, en ese entusiasmo hecho de Envidia, lo proclamaban : joven *Maestro*, adalid de la nueva escuela, campeón de las ideas salvadoras, y para alentar su ingratitud osáron hacer paralelos con su *Maestro*, y hablaron de los *jóvenes dioses* y recordaron la lucha de Esquilo y de Sófocles, y en ese carnaval del miedo profetizaban la Gloria á quien ellos no alcanzaban á dar ni la celebridad...

La Envidia batió palmas al que así entraba en liza contra el grande escritor invencible, cuyo mérito era la pesadilla de los viles, y cuyo desprecio les ardía la mejilla como la huella de un bofetón reciente.

Los sumos sacerdotes de la prensa se inclinaron ante el discípulo deicida, que así quemaba el Ídolo adorado, y sin enrojecer, porque eso no se aprende en la senectud de la infamia, habituados á deshonrar los vocablos augustos, le llamaron noble y bello espíritu.

Y, en un lenguaje extraño que el honor no conoció jamás, á la traición la llamaron *conversión*, á la deslealtad la apellidaron salvación de una alma. Y hablaron de Saulo y del camino de Damasco, de Lutero y de la selva de Erfurt.

Y Dios flameó sobre este beso de Judas, como había palidecido bajo el otro en la noche de Getsemaní.

La Justicia es una especie de martirio, y el Maestro había provocado el rencor por la Justicia de su vida.

Había sabido despreciar, y el desprecio le volvía el bofetón por la mano de la Ingratitud.

Viejos sicofantas de la prensa alzaron su nulidad

petrificada, y de los obscuros hipogeos donde dormían, se levantaron para insultar al hombre que tantas veces había desgarrado su púrpura de Pontífices y perturbado su sueño estúpido de momias.

En ese triste delubro de mitos ya destronados, hubo un rayo de alegría, los proviceros del mal sintieron por un instante renacer en sí el coraje que los había hecho beneméritos del insulto, próceres de la literatura difamatoria, y lanzaron el carro funambulesco de su prosa arcaica contra el paladín á quien creían herido de muerte, sin saber que aquel hombre no podía ser muerto por ellos, ni podía caer entre ellos, porque hasta para morir le es necesario al león un grande espacio.

Y á ellos se unieron los vencidos de la pluma, los turiferarios del verbo, los derrotados del éxito, los parásitos literarios, los enemigos personales del mérito, los aulladores de la calumnia, los *lansquenet* de la frase, todo lo que fermenta, crece y pulula en el horror de la cloaca, en esos bajos fondos de la prensa, donde agoniza el despecho, desafiando á los vencedores, en el horror de su tristeza trágica! La abyecta turba de insultadores profesionales, de *cuistres* inconsolables en su desesperación, en el hebetamiento lastimoso de su envidia. La tribu de los mediocres : la legión hambreada de los nulos.

La cólera de los inéditos estalló también, y rugieron los lobatones del dicterio.

Una floración liliputiense de escritores primerizos, que no conocían al *Maestro*, sino de nombre, quiso ensayar su venalidad núbil, lanzando flechas contra el águila, en tropos y ditirambos de una puerilidad conmovedora, de una ruindad cándida, pero que

anunciaban ya bien los próximos difamadores oficiales, la legión obscura de los *proxenetas del verbo*.

Cacógrafos hambreados vinieron á buscar un rayo de celebridad atacando á ese hombre célebre, y creyeron iguarlarse denigrándolo.

Almas que no tienen de la Gloria el anhelo, sino el odio y aspiran á conquistarla deshonrándola.

Biógrafos antropoides acariciaron la celebridad naciente, y desde los cocoteros de la prensa hicieron visajes cariñosos á esta reputación que no los ofuscaba, y que creciendo entre ellos y por ellos, estaba á la altura de su mano profanadora. Y los palmados creían vengarse del sol, haciendo uno para su uso.

Todos los azotados, las despreciados, los olvidados por el *Maestro*, se alzaron en esta leva de escudos, y formaron la liga grotesca del despecho contra el desdén.

Todos los parásitos se irguieron, una onda de alegría pasó por ese limbo de los desheredados del talento, donde se incuban los despechos sordos, las agonías lentas, las desesperaciones amargas, los odios siniestros contra los hombres superiores.

Entre esos galeotes de la literatura hubo un ruido de cadenas sacudidas.

En su abyección monstruosa, la Envidia soñaba con el triunfo. Y se celebraba que la víbora hubiese sido criada al calor del seno generoso que mordía.

Solo un viejo Diario, que tenía el culto de la austeridad y del honor, atacó de frente la acción innoble, y haciendo notar la imitación servil del estilo, exclamaba :

¡ Triste envidia la que se ve forzada á imitar lo que

persigue! ¡Triste rebelión la que no puede alimentarse sino con las sobras del pensamiento que condena! ¡Triste desnudez intelectual la que no puede cubrirse sino con los jirones de la púrpura que arranca! ¡Triste impotencia, estar condenado á no ser sino la mueca del rostro que se abofetea! ¡Triste celebridad, empeñarse en ser la parodia de la gloria que quiere proscribirse!....

Refiriéndose á la debilidad del carácter del discípulo que servía así de instrumento á los enemigos de su Maestro, exclamaba:

¡Triste misión, no alcanzar á ser Caín, sino la carraca del Asno!

Y añadía:

Ese adversario puede decir al león herido, mostrándole su pluma, lo que el legionario á Marciano atravesándolo con su espada: *eres tú quien la ha forjado.* Ese Emperador había sido armero.

La ingratitud mira el Honor como un desafío, orgullosa de ser imperdonable, y exulta el horror de su condenación.

El ingrato tiene necesidad de ser vil.

El remordimiento le persigue como un aguijón, y se revuelve furioso, como un hombre empujado á una hoguera por manos invisibles.

Añadid á la ingratitud la Envidia y habréis hecho el ejemplar más completo de *humanidad monstruosa.* Sumad á Caín con Machbet, y habréis dado ese espécimen. El animal doméstico de las hijas de Lear. Repugnante y feroz.

¡Raza melancólica, raza herida del universal desprecio, raza de Caín! ¡Tú eres eterna!

Y Teodoro leía con una amargura indecible esos

elogios que encontraba viles, y con una cólera sorda. esos reproches que encontraba justos.

Tenía bastante talento para comprender que su reputación no se componía de su mérito, sino de la envidia que inspiraba su Maestro.

Y se veía hecho el instrumento de todas las venganzas. Y el pudor le salía á las mejillas, como tocado por un azote.

Él no era vil, era débil.

Y, dejando la lectura, alzó los ojos como buscando el *Maestro* ausente, para platicar con él, y explicarle toda la miseria de su debilidad dolorosa.

Y vió, ¡ ay! que todos los retratos del *Maestro* habían desaparecido, todos envueltos en la misma proscripción implacable, todos arrebatados por aquel huracán de odio desencadenado contra él.

Y Teodoro tuvo vergüenza.

¡Cómo! Él, el discípulo amado, había dejado sacrificar así al que era más que su padre y no se había opuesto á esta profanación, á este capricho sacrílego de una hembra voluntariosa y violenta!

— Yo odio á tu Maestro, le había dicho una vez Adela, inopinada, furiosamente.

Y era muy sincero ese odio.

La hija abandonada se vengaba del padre cruel que la había abandonado á su destino. Adela había abierto las cartas que su madre le había dejado y sabía su origen. Conocía á su padre. Y detestaba á ese padre desnaturalizado. Le detestaba con toda su alma. Tal era la razón de su venganza. Castigarle, tal era su deseo. Era digna hija de aquel cuya alma no perdonó jamás. Tenía sangre de fieras en las venas.

Y principió el combate, incansable y tenaz.

Lo que hace la fuerza de las mujeres, es que osan emprenderlo todo, persuadidas, con razón, del poder invencible de los pequeños medios y del olvido universal.

Y fué una batalla de todos los días, de todas las horas, de todos los momentos.

Conocedora de su amante, escogió el orgullo como el punto vulnerable. Acariciadora, perversa, deslizaba el consejo, la súplica, el ruego, en la hora fulminante del Amor, en esa hora en que el hombre cede á todo, en esa hora en que se daría la vida por un abrazo y la ventura toda por un beso.

— Tú serás grande, serás célebre. Quiero gozar de tu gloria, le decía.

— Escribe, escribe, serás ilustre, más ilustre que tu *Maestro*, porque no herirás la Religión, la Moral, ni la Sociedad. Rebélate contra él. Sacude el yugo.

Teodoro se indignó primero. Entonces fueron altercados violentos y frases despreciativas.

El miedo te domina. Sí, tienes miedo á tu Maestro. Tiemblas ante él. No serás nunca nada, porque eres débil. ¡ Ah, y yo que amaba tanto tu gloria !...

Y era una crisis de lágrimas, de sollozos, de desesperación.

Teodoro trataba de calmar esa cólera, pero era en vano.

Y, luego, días de displicencia, tristezas insondables. Toda la comedia de la hembra segura de su hechizo.

Después, fueron querellas diarias y ruidosas que se terminaban por ataques de nervios peligrosísimos en su estado. En fin, la vida insoportable.

Uncido á la cadena, vencido, desesperado, cedió al fin, seguro de no encararse sino con la doctrina, dejando intacta la persona sagrada del Maestro.

Y escribió su primer artículo. En él quiso ser respetuoso, admirativo, pero la crítica irreverente asomaba punzante entre las galas del estilo.

Adela le acusó de cobardía y rompió el escrito en su presencia. Los enemigos del Maestro vieron el perfil del discípulo traidor y corrieron á rodearlo. No fué ya dueño de sí. Instrumento del odio y la venganza, se precipitó en la liza, tras el fantasma que extravió á Erostrato...

Adela se sintió feliz.

Aquella campaña vil satisfacía su odio. Ver á Teodoro hecho el enemigo del Maestro, eso satisfacía su venganza. Abofetear á su padre por la mano de su amante ¡qué placer! Atentar á esa gloria que él le había negado con su nombre ¡qué encanto!

Ya era vencedora absoluta. Ya se había vengado. ¡Oh ventura! Su madre aplaudiría en su tumba en el fondo del océano. ¡Cuán feliz era!.....

La música sonaba triste, nostálgica, en un tropel de notas aéreas, que como mariposas sonoras volaban llenando el recinto, posándose sobre los muros dorados, sobre las violetas tristes, sobre los nardos pálidos y sobre las rosas moribundas, juntándose en una adoración ferviente de perfumes y de sonidos.

De súbito Adela dió un grito.

Se llevó las manos al pecho, quiso levantarse y rodó al suelo. Y, en la alfombra, envuelta en su gran traje rojo, semejaba una llama que el viento inclinara contra la tierra.

Teodoro se precipitó á su socorro, y en sus brazos poderosos la llevó á su lecho.

Allí la despojó de sus vestidos y la cubrió de besos amorosos.

Toda la ternura de su alma enamorada se despertó ante el lecho de su amada.

Los ojos de Adela, que se habían cerrado como un abanico de nácar sobre un paisaje azul, se abrían dolorosos y terribles.

Convulsa, agitada, presa de espantosos dolores, se retorcía en el lecho, lanzando gritos agudos.

Teodoro, medio loco, se abrazaba á ella llorando.

El Médico, llamado á toda prisa, serenó su ánimo; eran los dolores del alumbramiento.

¡Noche angustiada y triste!

La luz de una alba borrosa y fría le halló al pie del lecho, desesperado ante las horribles torturas en que se agitaba Adela, viendo cómo sobre aquella frente parecía descender la sombra de la Muerte, mientras abajo, en el vientre desgarrado, palpitaba, pronta á abrirse, la flor maravillosa de la Vida.

*
* *

El Ibís se moría...

Como un albatros, rotas las alas, Adela yacía en el lecho pálida y sangrienta.

Su cuerpo desgarrado había sido por las manos de la ciencia. La cirugía había hecho lo que la naturaleza se había negado á hacer.

Y el hijo extraído de sus entrañas respiraba apenas en el cuarto cercano, mientras ella inconsciente, aletargada, vagaba así como en la penumbra de la muerte.

La fiebre subía como una ola de fuego.

Los médicos perdían la cabeza, se culpaban unos á

otros y previendo una catástrofe, la atribuían á malas condiciones de la antisepsia, ó á una disposición especial de la enferma.

Se hablaba de fiebre puerperal...

Teodoro enloquecido interrogaba la ciencia, apostrofaba al Destino, conmovía la amistad con su dolor.

Á la cabecera del lecho velaba día y noche, más pálido que la enferma, como un fantasma de angustia, desesperado y trágico.

Adela había entrado en el limbo de la fiebre, poblado de visiones. Y murmuraba palabras inconexas de horror y de arrepentimiento. Su vida de novicia pasaba por su cerebro y entonaba himnos sagrados, que terminaban en una carcajada histérica ó en una convulsión violenta.

Después, caía en la somnolencia y el marasmo.

Tenía momentos lúcidos.

Entonces sus párpados pesados se abrían y se cerraban penosamente, como las alas de una mariposa blanca que hubiese posado el vuelo en un miosotis, y abrazándose á Teodoro le decía :

— No me dejes morir. Yo no quiero morir.

— ¡ Sálvame ! ¡ Sálvame, mi Amor !

Y, en el miedo cervál á la Muerte, toda su religiosidad dormida despertó y pedía á gritos un confesor.

— Yo no quiero morir en pecado mortal.

— Yo no quiero condenarme, gritaba.

Y las visiones del Infierno le producían delirios horribles. En su lucidez, llamó á Teodoro y le suplicó llorando que no la dejara morir así.

Él, apiadado y débil, hizo venir á un sacerdote.

Éste interrogó á la enferma y á la mujer que le

servía de enfermera, y cuando supo que vivía *en mal estado*, se negó á absolverla.

Adela, aterrorizada, trataba de ponerse de rodillas para suplicar el perdón, y con las manos cruzadas le pedía que no la dejara condenarse.

Fué inflexible el Ministro de aquel que perdonó á la adúltera; y exigió ó la inmediata traslación de Adela á otra parte, ó que su amante abandonara la casa, si no quería legitimar su amor con esta mujer que se moría.

Cuando Teodoro supo esto, tuvo anhelos de estrangular á aquel verdugo.

¿Cómo se le exigía eso? Abandonar á Adela que no tenía más que él en la vida?...

¿Dejarla ír á morir lejos, cuando el solo aire de la noche la mataría?

¡Oh crueldad imbécil, que exigía ese sacrificio á su corazón!

Adela le llamaba á gritos, se le prendía al cuello.

— No me abandones, no me abandones.

— No me dejes morir sin confesión.

Este último esfuerzo de angustia la anonadó.

Ya no hablaba, se hundía lentamente en la sombra eterna.

Los ojos demesuradamente abiertos se clavaban en el levita, implorando su bendición con tal expresión de angustia, que habría conmovido una roca.

— Salvad á esa mujer, le dijo el cura ¿no veis que va á morir?

— Salvadla vos, le dijo Teodoro.

— Imposible, dijo el sacerdote haciendo ademán de irse.

De los ojos asustados de Adela rodó una lágrima fría sobre su rostro de cadáver.

Loco de piedad, viendo morir desesperada á aquella que era la esposa de su corazón, dobló el cuello á la coyunda infame, puso su mano en la mano inerte de Adela y recibió la bendición del sacerdote, que le casaba en *articulo mortis*.

Adela entró en el letargo.

Y él, hebetado, inerte, quedó allí, como hundido bajo el peso de la gran catástrofe que rompía su vida.

*
* *

Aquella tarde, cuando llegó al cementerio con el cadáver de su hijo, tuvo la impresión de la soledad y de la muerte.

¡ Pobre alma castigada por la vida !

Cuando el cuerpo del niño cayó en la fosa y le cubrieron de tierra y las olas de la vida se cerraron sobre él, que casi no había vivido, sus rodillas débiles se doblaron y como una jaula de pájaros aprisionados, las oraciones de su infancia le aletearon en los labios.

Y, cuando solo y triste, en la agonía de aquel crepúsculo opulento, alzó los ojos al cielo inmenso tachonado de estrellas, débil, sediento de esperanza, agobiado de pena, la idea de Dios se agitó débilmente en su cerebro.

¡ Pobre hombre de Amor, llora y cree ! El mundo de la quimera es infinito..

Puesto que cometiste la debilidad de amar, es justo que cometas la torpeza de creer.

¡ Pobre corazón desgarrado ! ¡ Pobre alma enferma ! Refúgiate en la Quimera ya que fuiste infiel á la verdad.

Recoge los frutos de tu Amor. Ahí están las primicias de tu corazón. Amaste á seres de carne, y la madre común te los reclama.

Tu antiguo Ídolo, la Idea, era inmortal.

Tus nuevos ídolos.... Ahí está uno, blanco como una azucena. Mañana será un saco de lodo. Bésalo, cobarde adorador del fango.

Ícaro voluntarioso y débil ¿qué hiciste de las alas de tu Ideal?

La mujer las cortó como la cabellera de Samsón. Llora tu grandeza muerta; llora tu fuerza perdida.

¡Águila poderosa que, domesticada por el amor, has olvidado la gloria del vuelo y la grandeza del espacio! Ya ni recuerdas si volaste un día!

Cuando abandonó el Cementerio, las campanas de templos tocaban el *Angelus* y la vibración metálica pasaba sobre el campo de los muertos como la voz consolatriz de una madre que pasa rezando cerca al lecho de sus hijos dormidos. Una brisa suave acariciaba las rosas blancas, como si besara el alma de los muertos. Y estatuas de ángeles y cruces protectoras tendían hacia él sus brazos desolados como diciéndole: Ven, descansa á nuestra sombra. Nuestros brazos y nuestras alas cubren la única ventura, la de la Nada. La materia es Dios. Ven, disuélvete en su seno infinito, en la beatitud suprema del no ser. La Muerte es la Paz. Ven hacia ella.

Y se alejó como pesaroso de desoir la llamada cariñosa de la calma augusta.

La tarde había expirado como un gran lirio azul, plegando al Occidente sus pétalos de luz.

*
* *

La convalecencia de Adela fué peligrosa y lenta.

La naturaleza había sido cruel con la pobre joven, y la ciencia, desgarrando su cuerpo, había esterilizado en su brutalidad salvadora los gérmenes de nuevas vidas.

Triste, vaga, confusamente, como quien sale de un largo sueño, la enferma volvía á la realidad de la existencia.

La noticia de su matrimonio, la muerte de su hijo, no la conmovieron.

Insensible, aletargada, como en una demencia apacible, estuvo muchos días.

La fuerza de su juventud, la robustez de su temperamento, vencieron al fin, y la vida volvió sobre ella en ondas generosas.

Dos hombres velaban á la cabecera de su lecho. Teodoro, que la cuidaba como á un niño, y Rodolfo, que la mimaba como á una hermana.

Rodolfo era un hermano bastardo de Teodoro, un pecado de juventud de su padre, que, ya casado, había seducido á una prima suya, allá, en un pueblo de la llanura, de donde era oriundo.

Huérfano de madre hacía un año, Teodoro le había hecho venir y le había colocado en uno de los mejores colegios de la Capital.

Rodolfo era bello, como el sueño de un filósofo pagano. Enfermo del mismo mal destructor que había matado á su madre en la flor de la edad, su figura tenía ese algo indescifrable y misterioso de los seres destinados á una vida efímera. Sus grandes ojos negros cargados de nostalgias y de brumas.

Pur d'ombre et de désir, n'ayant rien espéré
Du monde périssable ou rien d'elle ne reste.

parecían descuidarse de todo lo que los rodeaba y mirar más allá de los objetos visibles. Su cabello negro abundoso, el tinte de su cutis pálido mortal, los labios desdeñosos, la sonrisa triste

Era Poeta.

Había aprendido el lenguaje de los dioses en coloquio con la naturaleza virgen de sus montañas nativas. Abejas salvajes, más rumorosas que las que acendraron su miel entre los labios de Homero, pusieron en los suyos todo el dulzor poderoso de las colmenas del trópico. Y sus ojos habían sentido el éxtasis de la Belleza ante los horizontes infinitos de sus pampas, en las frondas misteriosas de sus ríos, en el fulgente esplendor de sus auroras, en la indefinible melancolía de sus crepúsculos.

Extrañas voces le habían hablado al oído en las selvas misteriosas, y pájaros familiares le habían acaso enseñado el secreto de los cantos y de los ritmos.

Era el Poeta libre de la naturaleza primitiva.

Había sentido nacer su inspiración en ese alumbramiento doloroso de tristezas sin nombres, de anhelos incomprensibles, de desesperaciones sombrías, de quimeras encantadas, de horas dolorosas, en que la flor del sueño se abre en el cerebro de los adolescentes destinados al tormento glorioso de la inspiración.

Y había cantado, como un pájaro que trina en la rama de un laurel.

Su madre le había dejado hacer, alentándole con lágrimas que eran de admiración, con sonrisas que eran de orgullo.

Soñador sensitivo había sentido la necesidad intensa del Amor.

Amar es una vocación en las almas que no son fuertes.

Y el adolescente fué á llevar su ofrenda á la Deidad Implacable. Y amó á una prima suya.

El desengaño le recibió á las puertas del Templo, ajando para siempre en su corazón la flor de la quimera.

Su prima se casó con otro. Drama vulgar, como todos los dramas del Amor.

Entonces se refugió en el cariño de su madre, que ya se inclinaba hacia la tumba, como un rosal tocado por la nieve.

Y allí cantó su dolor en poemas y en estrofas de una dulzura infinita, de una acre y desolada amargura.

Cuando su madre murió, creyó morir con ella, y quiso con sus manos acabar una vida que le abrumaba.

Entonces fué cuando Teodoro le hizo venir á la Capital.

Encerrado en su Colegio, apasionado de sus libros, viviendo en diaria comunión con los grandes poetas de la tierra, su alma engrandecía en el ensueño, mientras minaba su organismo el mal terrible, el asesino inevitable.

Cuando Adela cayó enferma, él vino á acompañar á Teodoro.

Los dos la cuidaban solícitos y amantes.

Y cuando ensayó andar, fué de brazo de los dos, que dió los primeros pasos y recorrió los aposentos, deteniéndose fatigada casi en todos los sillones.

Y cuando días después pudo exponerse al aire libre, fué del brazo de Rodolfo que recorrió los co-

rredores, y fué con él, que en tardes sucesivas salió al jardín y se sentó bajo los grandes árboles, entre sus rosas preferidas, tan pálidas como ella, tan bellas, en la dolorosa languidez de su actitud.

Allí, bajo las palmas melancólicas y los naranjos en flor, él le recitaba sus versos y la encantaba con la salvaje armonía de sus poemas extraños, con las trovas apasionadas de su musa selvática y bravía.

Y ella le oía como en un sueño, con los párpados cerrados como si escuchase una música lejana, los labios entreabiertos como si aspirara un beso invisible, las carnes estremecidas.

Era que palpitaban en su mente extrañas visiones de Amores romancescos, florecían en su corazón gérmenes de pasiones dormidas, vibraba su sexo, martirizado al calor de la pasión, y una tristeza infinita, una voluptuosidad intensa y dolorosa se apoderaban de su ser.

Y regresaban á la casa, él triste con sus recuerdos doloridos, y ella inquieta, perturbada, llena de sensaciones extrañas...

Y, sentados luego al piano, en el salón obscuro, ella ensayaba aprisionar en las redes de la música las rimas rebeldes del Poeta, que se escapaban y huían como abejas de luz en la tiniebla densa.

Y callaba el piano y enmudecía el cantor, y se iban las almas heridas en pos de las rimas fugitivas y de las notas aladas...

* * *

La visión de la muerte había engrandecido el Ídolo á los ojos de Teodoro.

Ante el miedo de perder á la Adorada, su amor se había agigantado. Nada igualaba á la alegría de verla vivir.

El yugo que la fatalidad le había impuesto, no pesaba á su cuello de esclavo feliz.

Se sentía orgulloso de su abdicación.

Y se hundía lenta, pausadamente, en el fango perfumado de su pasión.

En los paisajes rosa y azul del Ensueño, en las lontananzas enternecidas hechas de glorias de Sol, en los mirajes florecidos de esta pasión siniestra que es el Amor, se muere sin sentirlo, en una agonía nimbada de apoteosis.

Y, camino del éxtasis, en el tumulto de la carne, en la gama montante de la pasión brutal, en el apogeo de las voluptuosidades plenarias, se desaparece en un hundimiento lento, en una inmersión voluptuosa en el seno de la nada.

La hembra que en el espasmo del placer acaba con la vida del cuerpo, en la lenta infiltración de su ser acaba con la fuerza del alma.

Y, en esa agonía extática, los ojos en los ojos, los labios en los labios, nadie escucha el gemido doloroso, porque el Amor hace la hecatombe sonora y gloriosa, arrullando la muerte con música de besos, ahogando bajo ellos el grito final, como los atambores de Cartago ahogaban el grito de los niños sacrificados en la hoguera.

¡ Oh, el Amor !

Ved ese hombre que entra en la vida, joven, bello, sonriente, feliz.

Su existencia es un cántico.

La fuerza pone alas en sus pies como al mensajero

de los dioses, el orgullo presta fuerza á las quimeras de sus sueños, y va confiado y altivo hacia la Gloria, hacia la Felicidad, hacia el Porvenir luminoso...

Como el rostro de un dios, un sol extraño ilumina su horizonte, los campos inmensos de la vida en una floración paradisiaca se extienden á su vista, rumores de músicas ignotas halagan sus oídos, y bajo un cielo de índigo impecable extiende sus alas níveas el pájaro inmortal de la Esperanza.

Y, artista, va hacia el Ideal; genio, va hacia la Gloria; caudillo, va hacia el Triunfo.

De súbito, á la vuelta del sendero, de entre el ramaje florido, en el momento impensado, surge ante él, sonriente, hipnotizadora, pérfida, la maldita visión del Paraíso : la Mujer.

¡ La Mujer, turbadora y extraña. irresistible y fatal, surgiendo como de los limbos del sueño, en la eterna juventud de las cosas, en la inconsciencia de su misión, violadora de almas, buscadora de besos, ostentando la flor de su belleza embriagante, impura, aunque haya pasado como Esther, siete noches en mirra y en aceite.

Y, entonces, todo cambia al poder de la infausta aparición. Todo palidece, todo se borra, todo huye. Y no queda en el horizonte opaco, sobre el paisaje huérfano de luz, entre la flora muerta de tristeza, sino Ella, soberana y altiva : la Eterna Vencedora.

Y muere el Ideal, huye la Gloria, y el Triunfo se convierte en la derrota.

Y de aquel soldado valeroso que partió á la batalla de la vida, no queda sino un vencido triste, humillado, uncido al carro de la Implacable Dominadora.

¿ Mentira?

Diremos como el Cristo á Anás: Interroga á la Multitud.

Y es verdad, dirán la muchedumbre interminable de los vencidos del Amor, el tropel de almas asesinadas, de corazones martirizados, de espíritus dolientes, de heridos incurables, de todos los derrotados en la trágica batalla.

Y Teodoro era ya uno de esos heridos incurables.

La disolución de la personalidad es la señal distintiva del Amor.

La obra de destrucción se cumplía en él, lenta y segura.

El carácter, la fibra altanera y grandiosa, se destendía como la cuerda de un arco roto en el combate.

Su voluntad poderosa, su energía invencible, decaían, lasas como fundidas al calor de aquella pasión, en la molicie vil de aquella vida.

Adela, voluntariosa, imponente, como toda mujer que se sabe amada, comenzaba á abusar de su dominio.

Y él obedecía, con esas rebeldías ridículas que piden ser dominadas con su beso.

Legionario de la Cruz, empezaba con ella su lúgubre calvario.

Era la ruina de una alma.

Una nueva vida comenzó para él.

Adela, orgullosa de su nueva posición, consagrada ante el mundo en su doble carácter de esposa y madre, no temía ya las miradas ajenas, y empezó á presentarse en público.

Amó con pasión el lujo, los tocados, las joyas, los placeres.

Bien pronto se arrojó en un torbellino de diversiones dispendiosas, de ruinosas extravagancias.

Nuevo mobiliaro, nuevas joyas, nuevos trajes. Todo un tren de tapiceros, de modistas y de orfebres la rodearon.

Aunque su fortuna escasa sufriera con este arrebato de fantasías, Teodoro no tenía el valor de negar nada, se dejaba arrastrar en el torbellino de placeres en que entraba Adela, y enamorado, ciego, gozaba viendo cómo se estremecía el alma de su esposa al contacto con el mundo.

Su vida cambió por completo.

Sus estudios, su tranquilidad, la obscura y deliciosa vida de *menage* que había llevado hasta entonces, desapareció ante el Teatro, las comidas, los bailes, las veladas en que su esposa sentía la necesidad de ostentar sus brillantes, sus trajes, su belleza provocadora y nueva.

Los antiguos coloquios, las veladas apacibles, los *tete à tete* cerca al velador, entre el libro comenzado y la obra de mano por hacer, acabaron por completo.

Adela no pensaba sino en los amigos por recibir, las comidas por dar, las óperas por oir.

Apenas si podían verse solos, ya muy tarde de la noche, cuando la turba de amigos se alejaba, ó ellos regresaban de alguna diversión ruidosa y larga.

Y, entonces, extenuada, rendida, llena de ideas tristes ó de sueños inconfesables, quejosa de neuralgias, Adela se recogía displicente, y dormía ó fingía dormirse, mientras extraños pensamientos pasaban por su mente y la entenebrecían, como una nube de alcones furiosos que volaran encima de ella, esperando para devorarlo, el cadáver de algo que moría en su corazón.

¡ Oh, lo Ineluctable !

**

En Adela había una extraña transfiguración, radiante y tenebrosa al mismo tiempo. Algo como hecho de aurora y cataclismos, de sol que se levanta sobre las devastaciones de un incendio...

En su alma y en su cuerpo irradiaban y morían cosas extrañas.

La maternidad había nimbado de un resplandor soberbio su belleza.

Había una como apoteosis de victoria en su hermosura triunfal. Se diría la invencida, vencedora de la Muerte, pronta á todos los combates. Una joven leona que despierta al día siguiente de haber sido violada, y sintiendo aún la impresión de la garra domadora sobre su piel martirizada, fijas sus pupilas en el desierto, soñadora de amores, pletórica de vida.

El orgullo de la Belleza es legítimo, porque ella es con el Genio, lo único que hace sospechar la razón de esa palabra obscura y grave : Dios.

Y había orgullo, tristeza altiva, algo indescifrable en el resplandor de aquellos ojos glaucos y sombríos.

Era la *Electa*, hecha para sembrar la turbación y el Deseo, para inspirar el Amor sin sentirlo, en su pecho de hielo, sobre el cual se rompería la garra de esa pantera que ha desgarrado tanto corazón de mártir, en ese circo sangriento, y dejado una huella más roja que la ola de púrpura del martirologio cristiano.

Era la Electa sedienta de la Vida

Á su belleza de corza blanca como eucarística y diáfana, había sucedido esa belleza opulenta, enigmática y temible. Se sentían crecer las garras bajo sus uñas de nácar.

Era la Electa, extraña Melusina, cuyas vértebras de sierpe se multiplicaban ya hasta el corazón y hasta el cerebro.

Parecía que todo su pasado se hubiese roto en el desgarramiento doloroso de sus entrañas, que la ciencia le hubiese arrancado el corazón y no pedazos del vientre en la operación asesina, que con el cordón umbilical de su hijo se hubiese roto para ella todo nexo con su vida anterior, y que al enterrar aquel pedazo de su ser, las olas del Olvido se hubiesen cerrado silenciosas, sobre todos los sentimientos de su corazón.

Había devorado su pasado, como la araña que devora al macho inmediatamente después de fecundada.

Al contacto con la vida comprendió que no había vivido, al contacto con los goces comprendió que no había gozado, al contacto con los hombres comprendió que no había amado.

Y, á través de su mirada ígnea, se veía el desierto devastado de su vida anterior.

¡ Ay, el Amor no había florecido allí !

Eran la sed de libertad, la inconsciencia de la vida, la curiosidad, el vicio naciente, la gratitud, la estimación, la costumbre, los que había tomado por el amor.

Y, como una hoja del árbol de la Muerte, aquel sentimiento rodaba sobre su corazón como las alas rotas de un insecto, como un pétalo marchito sobre una llanura polvorienta.

Á la muerte del Amor por el Dolor, flota algo de poesía, algo melancólico en el alma. Á la muerte del Amor por el Hastío no flota nada.

Un olor nauseabundo se escapa del beso muerto, sorprendido en un labio de sepulcro.

Y, asombrada, soñadora, reflexiva, Adela veía esta gran ruina, esta suprema desolación de su pasado.

Nada más complejo que un sentimiento. Se forma de tantas cosas, tiene de tal manera oculto su raigambre en lo más obscuro del alma, que permanece casi siempre inexplicable y por eso nos engaña á menudo.

Tal le sucedía á Adela en este crepúsculo definitivo de sus sentimientos anteriores.

Hasta entonces no había dejado de ser la novicia enclaustrada, novicia de la Religión, novicia del Amor, consagrada al culto de un dios único, ó de un hombre único, y persiguiendo en el especio los lineamientos confusos de su sueño.

Un año había bastado para harcela mujer y madre, y las cosas de la vida se mostraban á sus ojos hasta entonces cerrados sobre ellas.

La mujer que no siente ya el Amor, rara vez siente la compasión. Y si ese Amor permanece un Deber, la rebeldía y el Odio lo sustituyen.

La mujer es cruel cuando ha dejado de amar.

Se venga en los ojos que la vieron extáticos, en los labios que la besaron enloquecidos, en el corazón que la adoró sumiso.

Y si ese corazón la ama todavía, y esos ojos buscan mirarse en sus ojos y esos labios posarse en sus labios, si ese Amor la desea aún, nada hay igual á su desesperación y á su soberbia.

Ese *deber* de entregarse, es el último de sus suplicios. Y se venga, buscando ese suplicio convertido en placer en otros brazos.

En la mujer obligada á amar, la traición se hace fatalmente insolente.

El corazón de Adela no era un sepulcro : era un sarcófago, en el cual no había ni cenizas del Amor.

Su imaginación engrandecía ese desastre.

Por cambiar de objeto la pasión no cambia de naturaleza. Tiene siempre su causalidad y su fin en el fango de nuestra carne, círculo cuyos extremos se juntan y se cofunden no se sabe dónde.

Las pasiones rompen brutalmente el corazón.

Y de ese corazón roto brotaba una flor odiosa : el Olvido.

Si hubiera sido una mujer libre le habría bastado olvidar. Era una mujer esclava, y le era necesario odiar.

La rebeldía engendra el odio : pasión de mártires.

La sujeción engendra el disimulo : pasión de esclavos.

La infidelidad es en la mujer la revancha de su esclavitud : la venganza contra su dueño.

En la mujer que ama, la infidelidad es un derecho.

En la mujer que no ama, la infidelidad es un deber.

* *

El rumor de admiración que había saludado la hermosura de Adela á su aparición en público, continuaba en rodearla, y crecía halagador, como un tropel de olas vencidas en torno al pedestal de su belleza deslumbradora.

El Ibis blanco, como la llamaba el público, profanando el nombre que el cariño le había dado, se mostraba como un pájaro sagrado á la admiración religiosa de los peregrinos del Amor, á los devotos enamorados de la Eternal Belleza.

Y abría sus alas, como un Fénix indestructible, al rayo del sol caliginoso del Deseo.

Aspiraba á plenos pulmones el humo del incienso, el homenaje rendido á su hermosura radiosa. Y era feliz. Vanidad, egoísmo é inconstancia : alma de Mujer.

En el Teatro, cuando todos los ojos se volvían hacia ella, y el murmullo admirativo la seguía, avanzaba hacia la sala su gran busto cuasi desnudo, inclinaba su cabeza regia, y gozaba en verse así codiciada, profanada, desnudada, por las miradas lascivas de todos los libertinos, que como manos brutales se posaban en su garganta y en su seno y se hundían bajo sus vestidos, con el extraño poder del pensamiento. Y esta violación colectiva, este hálito de deseos, la enardecían como una caricia lenta y ardiente, sus miradas adquirían una acuidad extraña, sus narices se dilataban, una sensualidad feroz, cuasi trágica, brillaba en sus ojos, y el alma de su madre se asomaba á su rostro de Madona.

En sus recepciones, ante el círculo de amigos de Teodoro, llevaba al exceso el atrevimiento de sus *deshabillé*, la ostentación de su seno y de sus brazos junianos, la provocación de sus actitudes, la sugestión de sus miradas, ebria del placer salvaje de despertar deseos, de infundir el anhelo loco de sus carnes, la sed indomable de sus besos, la desesperación de su belleza sensual y extraña.

Cuando bailada, sus frotamientos de loba en celo, sus ondulaciones de sierpe, el abandono real que hacía de toda su persona, con los ojos entrecerrados, los labios resecos, era todo un poema de Lujuria.

La locura de la carne poseía su cuerpo.

La gran flor roja y triste de la Histeria se abría en ella opulenta y mortal.

La ley de herencia se cumplía en ese temperamento dotado para la epilepsia tempestuosa del Amor.

El vicio aparecía como una llaga sin dolor.

El pudor no había vivido nunca en ella.

Se había entregado á Teodoro sin resistencia, sin sorpresa, sin temores, como si su virginidad le hubiese sido indiferente ú odiosa, serena, inconsciente, como obedeciendo al sino ineluctable de su vida, á la fatalidad de su Destino, á la mancilla irredimible de su sangre.

Despertada al Placer por el beso de un Amor furtivo, su grito de virgen se confundió en el espasmo extático de una gran revelación.

Y se prendió al placer con el hambre de un lobezno al pezón de la ubre materna.

Y de caricia en caricia, de beso en beso, se embriagó de lascivia, sació su curiosidad en los senos del secreto, desgarró los últimos velos del decoro, y expulsó el Pudor del lecho en que se daba.

Y se exhibió desnuda en el ritmo cantante de sus formas, en la esplendente apoteosis de sus carnes, á las miradas sorprendidas de su amante.

Y exigió la posesión paradisiaca en la desnudez enloquecedora de su cuerpo.

Y llamó la luz del sol y la del Arte á iluminar sus horas de placer.

Y profanó las avenidas del jardín y asombró la pureza de las rosas con el himen á pleno sol, desafiando con sus blancuras los pétalos de los jazmines, encelando con la perfección de sus formas las estatuas pensativas, poblando la fronda cómplice con sus gri-

tos inarticulados y sus besos sonoros, entregándose sobre la tierra madre, como una hembra primitiva de selvas ancestrales.

Y trajo el ojo áureo de las bujías á reflejarse en el esplendor mórbido de su cuerpo y en el oro obscuro de su cabellera como sobre el haz de espigas que rodeara el cuello de una Ceres.

Y sorprendió la impasible pureza de los cristales venecianos con la aparición de su desnudez radiosa, la extraña voluptuosidad de sus actitudes, los refinamientos de aquella autoposesión de su belleza, ebria de sí misma.

Insaciable, inapaciguable, todo lo pidió al placer, que para ella era el Amor.

El Amor es un duelo, el duelo de la especie. Y, en ese duelo formidable entre el macho y la hembra, el vencido es implacablemente devorado. Tal ha sido, tal es el drama, desde las cavernas del hombre primitivo hasta los lechos perfumados del hombre actual. Varían las condiciones de la lucha, pero la lucha existe. El Amor permanece invariable, siendo el eterno Idilio de la Bestia.

En vano Teodoro asombrado quiso limitar aquel anhelo formidable. Le fué imposible, y como bajo una nube de buitres, se veía perecer bajo aquella nube negra de deseos.

Y extremó su energía, y se ofreció en holocausto, y quiso extenuarse y morir, apagando la llama de aquel incendio.

¡ Imposible !

Adela sintió la tristeza genitora del desprecio.

Y el sueño le prestó sus alas de huracán.

Y deseó otros hombres, y los llamó en su silencio y los poseyó en su pensamiento.

Y en brazos de su esposo fueron otros los hombres que abrazó, y otros los labios que besó en sus labios.

La maternidad que debilitó al principio el temperamento indomable, exasperó con su catástrofe imprevista todos los gérmenes del mal.

El Amor que murió en su corazón acabó de precipitarla y se desplomó en el abismo.

Su caída fué inmediata, súbita, sin gradaciones, como la caída de un cuerpo que obedece á la ley de gravedad.

No hubo en ella ni drama, ni pasión, ni lucha.

Se entregó sin remordimiento, sin amargura, sin amor, cediendo á la fatalidad de su instinto, con la inconsciencia de un alud que se desploma.

Hembra de placer, cuerpo de amor, no escogió el momento de su caída, ni tuvo pena de ella, ni ensayó disculparla.

No hubo proceso moral en su descenso.

Cayó porque así debía ser, y así fué.

Así se entregó una tarde en la sala de su casa, al Profesor de música, á quien perseguía siempre con sus sarcasmos.

Así se dió á los amigos más íntimos de su esposo, por algunos de los cuales sentía una verdadera aversión.

Así fué á citas clandestinas de hombres á quienes había visto una sola vez en el Teatro ó en el baile.

Así, con una inconsciencia trágica y fatal.

El vicio como una sierpe se le enrollaba á la garganta estrangulándola. Y ella besaba la víbora asquerosa.

Ya no amaba el amor sino el Placer.

Y se acostaba en él como en un tálamo nupcial.

¡Radiante, satisfecha, feliz, bajo la caricia de la Bestia!

Oh Chair de femme, oh argile idéal!

*
* *

Lo que hace inconsolablemente vil la lucha del Amor, es el fondo de mentira permanente que vive en él.

Es un miraje alzado sobre un pantano: no hay de verdadero sino el fango.

El Amor como la abeja muere de su victoria.

Y no sobrevive en él sino el Deseo, el fantasma formidable del Amor.

¡Ay de aquel en quien la llama maldita no se extingue! Morirá consumido como un cirio á los ojos de un dios que lo desprecia.

Y aquella llama consumía á Teodoro.

Amaba á Adela con ese amor fatal, que no se sacia.

Aquella carne era su vida y amaba el beso aquel que era su muerte.

Su Amor había pasado de la adoración, ese cielo de beatitud, á ese limbo tempestuoso en que la pasión toma no sé qué extraños lineamientos de Odio. Zona extraña donde principia la locura, zona roja donde florece el crimen: el país de Hamlet y de Otelo.

Su amor tenía de salvaje la furia de posesión que lo agitaba. Tenía de conmovedor la nube de ignorancia en que vivía. Ignoraba la traición de que era objeto.

Y Adela, maestra en la virtud de su sexo, el disimulo, extremaba la caricia, prodigaba el beso en la

comedia criminal, y aletargaba, dormía, la suspicacia del esposo, con el filtro mortal que guardaba en sus labios asesinos.

Todo fermento de Dolor es fermento de Odio.

Y esta sujeción á la cadena dolorosa hacía crecer en Adela la sorda hostilidad hacia su esposo.

En estos dramas de la traición, el verdugo es el primero en despreciar su víctima.

¡Triste condición la de estos vencidos del oprobio!

Esa hostilidad de Adela se revelaba á veces bajo futiles pretextos, y entonces venían sobre ellos esas noches horribles del lecho conyugal, noches de rencor asesino, de frío desdén, en que los esposos ven claro, con extraña lucidez, en el fondo de su abismo, en la miseria inconsolable de su vida.

Noches trágicas, en que el odio se acuesta entre los esposos, y sus cuerpos juntos se esquivan, como dos cuerpos llagados que temen el contacto y sus almas vuelan en cielos distintos, y se asesinan con el recuerdo, y se azotan con el pasado, y se maldicen mutuamente...

¡Qué de recriminaciones mudas, qué de acusaciones tremendas, qué de cóleras sombrías guardan estas noches conyugales!

Cuando una de esas escenas pasaba entre ellos, Teodoro veía claro el horror de su destino.

Entonces veía toda su juventud sacrificada, su porvenir menguado, su vida entristecida para siempre. Y veía á esa mujer como su cadena, como la desgracia entera de su vida. Y la maldecía en su interior. Y sueños de libertad, sueños de gloria, venían á su cerebro y tendía hacia ellos las pobres alas mutiladas de su Ensueño...

Adela, que sorprendía luego el desprecio, la cólera, cuasi el odio, en aquellos ojos que sólo fulguraban al brillo de la pasión carnal, lloraba, se humillaba, tendía á él sus brazos y sus labios, segura de que no resistiría á aquella seducción de sus encantos. Y el pobre vencido caía otra vez sumiso y rendido bajo la cadena inevitable.

Y era feliz, y traía la amada contra su corazón, y le ponía besos locos en los cabellos, en los labios, en los ojos, con una sed de violo nupcial.

Y ella se entregaba sin darse, como cumpliendo un rito odioso, y se dejaba poseer llena de una sorda cólera, de un odio bestial, sus ojos fulguraban en la sombra, mordía sus labios hasta hacerse sangre, y sus brazos que abrazaban, se extendían en el vacío y sus dedos se movían como nostálgicos de garras para despedazar sobre su corazón aquel cuerpo maldecido.

Y aquella mujer, que se ofrecía, más que se daba á extraños hombres, sufría como una profanación el abrazo de su esposo, porque era su dueño y su Señor.

La mujer no ama á quien la perdona, ni perdona á quien la ama.

¡Oh Alma de Hembra!

*
* *

Teodoro no comprendía nada de este drama de corazón, nada de su desgracia y de su infamia.

Se creía amado y honrado y feliz.

Cerrados sus ojos á la luz, sordos sus oídos al ruido del escándalo que llenaba la ciudad.

No sabía explicarse ciertos vacíos que se hacían en torno suyo, ciertas miradas indescifrables, ciertas

frases reticentes, ciertos silencios inmediatos á su aproximación á algunos círculos en las tertulias y en el Club.

Así, cuando la primera carta anónima, delatora, llegó á sus manos, se indignó con el anonimista, la atribuyó á algún enemigo suyo, á alguna hembra envidiosa de Adela. y llamó á ésta, y le mostró el papel miserable, y lo desgarró en su presencia, sincera, mente indignado. Ambos hablaron de la maledicencia, de la calumnia, de las almas viles, envidiosas del bien ajeno.

Al segundo anónimo, en que se hablaba del profesor de música, se indignó también, pero resolvió despedir á éste para evitar murmuraciones.

Adela intentó oponerse, pero fué en vano. El iniciador fué despedido.

La delación se hizo diaria, y el anónimo sucedía al anónimo con una rapidez vertiginosa. En aquellos pueblos el anónimo y la muralla son los diarios sociales.

El rumor engrandeció hasta llegar á ese medio de santidad y de quietud en que vivían las tías de Teodoro.

Ellas vacilaron mucho, pero al fin hablaron á su sobrino del rumor infame.

La indignación de éste no tuvo límites, y resolvió, mientras podía irse á Europa con su esposa, llevársela á *Toledo*, su hacienda cercana, y evitar así aquella persecución, aquella envidia que se cebaban en ella.

Se la llevaría lejos, donde el fango de la calumnia no manchara las alas inmaculadas del Ibis candoroso.

Y partieron.

*
* *

En los grandes bosques vecinos dormía el silencio, y la sombra de las altas montañas caía sobre el valle como la alas negras y sangrientas de un fenicóptero herido.

Todos los colores de la tarde se habían fundido en un desvanecimiento ideal de tonos lánguidos, en una cristalización mágica de lapizlázuli, como si avalanchas de rosas y de violetas pálidas se deshojaran en el horizonte, en la vaga irrealidad de un sueño.

En la placidez de aquel celaje, la luna se alzaba como un alción en el fondo azul de una heráldica sagrada.

Y el paisaje todo se borraba bajo la caricia inquietante de la sombra y del Misterio.

En el jardín, las rosas de Otoño agonizaban en una evaporación de holocausto; las azucenas en la rigidez hierática de sus tallos, abrían la impecable blancura de sus pétalos, como grandes cirios ante el altar de dioses invisibles ; los tulipanes, como estandartes de guerra, recogían su púrpura vencida, en la sombra creciente de la noche, y las amapolas silvestres, los claveles, los malabares y los nardos, saturaban la atmósfera de perfumes mareadores, mientras las parásitas hundían sus hojas negras en las linfas de las aguas ; en el gran recipiente hecho negro y silencioso, los ánades inmóviles perfilaban su silueta eucarística, y bajo el cielo como un *simoun* de pétalos de azalia, asomaban temblando las estrellas.

En el corredor de la casa la noche llegaba más lentamente, y la calma de la hora, el solemne recogimento de la tarde, la grandiosa melancolia del paisaje, hacían más grande el silencio, más majes-

tuosa la tristeza, en esa angustia de la luz vencida.

Adela y Rodolfo se habían callado.

El tablero de ajedrez yacía sobre la pequeña mesa que los separaba, con sus fichas en desorden, como vencidos prisioneros, y sus figuras en pie, como testigos de la derrota.

En el gran silencio de la Naturaleza, cada uno perseguía la forma fugitiva de sus sueños.

Se sentían casi hostiles al fin del diálogo.

El perfil imperioso, augustal de Adela, con su palidez intensa, la llama fulguradora de sus ojos de abismo, el gesto de sus labios desdeñosos y soberbios, se destacaba en la sombra lleno de resolución y de fiereza.

Rodolfo, con las pupilas entrecerradas, cual si quisiese recoger en ellas el último rayo del crepúsculo que moría sobre las cumbres lejanas, había dejado caer la cabeza hacia atrás, y su perfil adolescente se destacaba en la sombra, con los finos lineamientos de un Virgilio pintado por Beardsley.

El crepúsculo los envolvía en uno como vapor azuloso, cual si nadasen desnudos y argentados en el fondo de la gruta azul de Cáprea.

Y, mientras á lo lejos, en el horizonte obscuro, grandes nubes poliformes semejaban arcángeles de un muro decorado por Masaccío, cerca de ellos, en el jardín misterioso, multicolor y raro como el dibujo de un biombo japonés, dos ruiseñores dialogaban, y en ondas magnéticas el viento de la tarde difundía este cántico de Amor.

En esta hora en que todo se melancoliza y se diluye en una calma letárgica, y fluyen en el alma los recuerdos y en los labios las confesiones, aquellas dos almas, como hundidas en la triste laxitud de un en-

sueño doloroso, en viaje misterioso hacia un Cidnus ideal, se estremecían, escuchando absortas la voz de la Tentación y del Deseo.

La carne, augusta y fatal, vibraba en ellos, y la voluptuosidad pasaba rozándoles con su ala de fuego acariciadora y roja.

¡Ah, el Amor! parecía decir ella en el silencio de su sueño estremecida y vibrante.

¡Ah, el dolor de la vida! parecía gritar él desde el fondo de su angustia mortal.

Y á estos gemidos de Amor y de desolación parecían responder en el espacio voces anunciatrices de inevitables desastres...

Y ambos meditaban bajo la caricia enfiebrada de los dedos de la noche.

Los ojos de Adela brillaban con un fulgor amortiguado, de diamantes negros en un estuche á medio abrir, apoyaba la frente en su gran mano diáfana, cuyos dedos se perdían en la selva de sus cabellos, que daban reflejos metálicos de áureo casco, al tocarlos la luz de las estrellas.

Como la tristeza de un crepúsculo invernal, sintió una melancolía infinita caer sobre su corazón.

Y evocó su pasado doloroso.

Sus pesares cruzaron á lo lejos, en el horizonte denso, con el vuelo silencioso de cuervos en la bruma.

La vida había sido para ella la travesía de un desierto hostil.

Su niñez anónima, enclaustrada, su madre histérica y brutal, los conventos fríos y tristes; aquel rayo de ventura que ella había creído ser el Amor; aquel Idilio, ¡ ay! tan fugitivo; su maternidad; su alumbramiento doloroso; el desgarramiento cruel de su

cuerpo; la muerte de su hijo; su entrada al mundo y á la vida; la muerte inexorable de sus sentimientos anteriores; el rumor de la admiración, el himno á su belleza; sus caídas sin amor; sus besos, su pasión; y este presente, este horrible presente, del concubinato legal, la cadena inrompible; la perpetuidad del Enojo; las laxitudes del Hastío; las desesperantes comedias del Amor; los deprimentes disimulos diarios; las cobardías envilecedoras del fingimiento; las torturas del placer forzado; la odiosa resignación hebetada y brutal á la vida entre dos; el diario choque de los caracteres; las noches de tristeza; las mañanas de horror, al despertar en el olor del lecho común, estercolero del corazón, donde su pudren los detritus de todas las ilusiones; las rebeldías del alma que no ama; las insurrecciones del cuerpo que no quiere entregarse; la indiferencia, el odio, todo ese aluvión de desgracias y tristezas que es el Matrimonio.

Y luego, su temperamento alzándose en ella rebelde, lascivo, insaciable... Todos los desequilibrios de su raza, todos los gérmenes genitores de su vida, llamándola á grandes gritos á la libertad y á la pasión.

Y, ahora, en ese momento, el deseo imperioso aguijoneando sus carnes insumisas.

Sí, ella *amaba* á aquel hombre.

Le había amado, es decir le había deseado, desde que por primera vez vió su rostro soñador, como de un Augústulo melancólico, su esbeltez esquiva y viril, que bajo su uniforme de colegial acusaba una contextura recia, y sus grandes ojos, llenos de ocultos fulgores, de fuegos devoradores, como los que brillan bajo la ceniza de los troncos ardidos, después que la furia de lasl lamas ha cesado en una roza.

Sí, deseaba los besos furtivos, las efímeras caricias, las lentas y gloriosas agonías de los primeros encuentros; la beatitud de los primeros besos; los éxtasis del abrazo culpable, cuando se agoniza de placer y se muere de voluptuosidad en la epilepsia sagrada del beso inacabable.

Y, con las pupilas brillantes como gemas ígneas, con los labios rojos por el ardor del deseo, secos, como una hoja de cactus al paso del *simoun*, las narices dilatadas, como las de una tigre que olfatea el sendero en una noche de fiebre, vibrante de la nuca á los talones, su hermosura tentadora tenía todo el esplendor triunfal de la Lujuria, la inequívoca, la radiosa belleza de la hembra enferma del Amor, que mira el macho y lo sueña en la lucha grandiosa de los sexos.

Y de sus ojos tenebrosos, engrandecidos por la fiebre oculta del deseo, partía un resplandor metálico, amortiguado, maldito, como el del sol poniente en las aguas bituminosas del Mar Muerto.

Y él pensaba en su infancia tan cercana y tan pura, en su adolescencia incontaminada de vicio, en el *burgo salvaggio*, que diría Leopardi, á quien amaba tanto por soñador, por enfermo y por esquivo. Pensaba en su madre muerta tan joven, en la tristeza de su soledad, en aquel hermano tan generoso y tan noble, que había ido á salvarle de la desesperación y de la muerte, que le educaba con tanto cuidado, que aguijoneaba su orgullo y le impulsaba en sus sueños de gloria y de grandeza. Y, luego, pensaba con horror en lo que veía, en lo que acababa de oir... Aquella mujer era como su hermana y no obstante le buscaba, le deseaba, y en ese instante le había hablado de Amor...

¡ Oh, imposible!

Y, sin embargo, aquella belleza sugestiva había turbado muchas veces sus sueños y el anhelo de aquella carne tentadora había turbado la serenidad de sus pensamientos.

Pero no, él no la amaba.

¡ Imposible! ¡ Imposible!

La noche misteriosa había llegado.

Un hálito de paz se levantaba de la tierra como un cántico de beatitud, y todo se hundía en la gran quietud de las cosas, en la pureza virginal de la noche y de las sombras, teñidas de un blanco nupcial, por mil rayos pálidos de luna.

Adela se puso en pie, arregló sus cabellos descompuestos y dijo:

— Entremos.

Era como una orden.

Rodolfo la siguió.

Ella se apoyó fuertemente en su brazo y entraron al salón.

La quietud misteriosa de la tiniebla le asustó, aquella sombra inquietante le pareció poblada de peligros como una selva inculta, y quiso detenerse.

Ella le arrastró hasta cerca del gran diván turco, rodeado de cojines, y rodaron sobre él.

Rodolfo sintió que dos brazos perfumados se ceñían á su cuello, dos labios palpitantes se prendían á los labios suyos, y que un pecho cuasi desnudo y carnes estremecidas temblaban bajo él.

Y sufrió la violación maldita, el largo beso sacrílego y nefando.

* * *

La Mujer es un ser de Amor.

Y fuera del Amor, no existe para ella, sino el Dolor y el Hastío, la Tristeza y la Muerte.

Toda la vida de una mujer se reduce á un solo accidente : el Amor. Así ha dicho Madame Stael.

Y Dumas, el analista despiadado dice : *En la mujer todas las metamorfosis fisiológicas tienden á este solo fin : el Amor. Su sueño, su fin, su ideal, su función, su culto, su patria, su genio, su conciencia : el Amor, siempre el Amor, y nada más que el Amor.*

Su alma de ficción no está bien sino en la ficción suprema, que es el Amor.

La vida es una traición continuada, y el Amor es la floración de la vida, es decir, la floración de la traición.

El alma de la Mujer respira allí como el pez en el Océano. Es su atmósfera.

Va hacia el Amor como la cierva á la fuente.

Tiende á él sus brazos más temibles que veinte espadas, y sus labios, ánforas del engaño, donde fermenta el néctar que enloquece.

Y va hacia él, impulsada de una fuerza fatal, con la ceguedad de un elemento desencadenado, como un bólido, como un huracán, como un incendio.

Adela no estaba satisfecha.

El encuentro de aquella noche culpable le había dejado la impresión penosa de algo incompleto y fugitivo, de algo muy bello, apenas entrevisto.

Y desde aquella hora había deseado la posesión completa, tranquila, el goce lento, absoluto, de una de esas noches de placer inacabables, en que se agoniza de ventura, y parece exhalarse el alma entre las confiden-

cias y los besos... Una noche de nupcias con Rodolfo.

Desde el encuentro criminal, éste la huía, esquivaba mirarla, la trataba con un desdén muy cercano á la repulsión. Y era que de su alma se habían apoderado el espanto y el remordimiento, y sentía un odio vecino del horror, por la mujer culpable.

Volver á su colegio y olvidar aquel oprobio, olvidarlo para siempre, era todo lo que deseaba.

Esta esquivez aumentaba más el deseo en Adela.

La Mujer es como un fuego fatuo, huye si se le persigue y persigue si se le huye.

Imperiosa y altiva, Adela sólo pensaba en cumplir su deseo, sin preocuparse del sentimiento que inspirara. Sólo esperaba la ocación propicia.

Pocos días después, esa ocasión llegó.

Una tarde, antes de la comida, Adela recibió un telegrama de Teodoro, en que le anunciaba, que, detenido en la ciudad por varios asuntos, no podría ir esa noche, y le suplicaba no lo esperara.

Disimuló su emoción y se retiró temprano.

Rodolfo hizo lo mismo.

Después, las luces todas se extinguieron, y en la casa reinaron la sombra y el silencio.

Cuando Adela estuvo segura de que todos dormían, se desvistió, y poniéndose sólo una bata de noche, cuasi transparente, que la envolvía como en un vapor de niebla, desanudó su cabellera tumultuosa, que cayó en ondas de oro sobre su cuerpo semidesnudo, y tomando una luz, avanzó como una Psiquis viva y real, de aposento en aposento, hacia el cuarto de Rodolfo.

Antes de llegar á él, extinguió la luz y abrió suavemente la puerta.

Acostado en su lecho, el joven leía.

Ella caminó en puntillas hasta la mitad del cuarto, allí dejó caer su bata, y desnuda como Eva avanzó.

Su hermosura luminosa parecía clarear la estancia toda.

La lámpara tenía una pantalla azul, y, á esa luz, se veían aun más bellas sus carnes gloriosas, la eutesia divina de sus formas.

Con una mano adelante y la otra impidiendo que su cabellera le cubriera el rostro, avanzó como una Venus de Gnido, que hubiera abandonado su zócalo de mármol.

Rodolfo alzó á mirar y quedó absorto.

Aquella mujer, desnuda como una flor, avanzaba hacia él en un celaje de ensueño.

La Mujer desnuda es la Mujer armada.

Pálido de emoción y de sorpresa, retrocedió ante la visión, hasta dar con sus espaldas en el muro.

Ella nada dijo, comprendiendo que el silencio es la mitad del hechizo.

Y, sonriente, subjetiva, pérfida, llegó al lecho, se arrodilló en él, y como una serpiente en su nidal se deslizó bajo las sábanas.

Y le tendió los brazos como una cadena.

Y le besó en los labios como una leona.

¡La soñada posesión llegaba al fin!.....

*
* *

El Amor es siempre ridículo, muy raras veces trágico, nunca sublime.

Lo trágico del Amor es el celo, que es una vulgaridad, y la venganza que es una imbecilidad.

En el más sombrío drama de Adulterio, siempre hay un punto risible.

El marido, que se venga, es terrible sin dejar de ser ridículo.

Lo grotesco es el alma del Amor.

Por eso las sorpresas del adulterio son siempre monótonamente bufas, intolerablemente necias, como todo lo que tiene relación con el corazón y el sentimiento.

Habiendo despachado sus asuntos más pronto de lo que creía, y conociendo lo malo de los Hoteles en la ciudad, no quiso pasar una noche en ellos, y aunque algo tarde, Teodoro resolvió regresar á su casa.

Llegó pasada media noche, entregó el caballo á un sirviente, y entró, anhelante por abrazar á su esposa, deseoso de darle una sorpresa agradable.

Caminaba muy paso, para no despertarla si dormía.

Atravesó muchos cuartos hasta llegar al de ella.

La lámpara estaba encendida, y tras la pantalla de seda rosa, daba un resplandor sonriente á todos los objetos.

El lecho blanco estaba preparado como para dormir, pero Adela no estaba allí.

Su ropa cuidadosamente puesta sobre un sillón. Su camisa de noche extendida sobre el lecho. Sólo faltaban su bata y sus pantuflos.

Calculó que habría salido para volver pronto y esperó.

Se desvistió y tomó un diario.

Leyó mucho, sin parar mientes en lo que leía, esperando á la amada que tardaba.

Tanta tardanza le inquietaba ya.

Entonces, tomó una luz y fué en busca de ella.

Recorrió toda la casa sin hallarla.

Se llenó de una inquietud extraña; ¿dónde podía estar?

Los sirvientes todos dormían.

Vió que una luz muy pálida filtraba por la cerradura y los intersticios de la puerta que daba al cuarto de Rodolfo, y fué á informarse con él, y á comunicarle sus temores.

Como Adela había dejado sin cerrar con llave la puerta interior, penetró sin obstáculo alguno en el aposento.

Lo que allí vió no es para descrito.

La sorpresa, la cólera, el espanto, ahogaron su voz en la garganta, y sólo dió un rugido, sordo, inarticulado, como el de una fiera á quien se degüella.

Rodolfo se replegó hacia el muro, ocultando su frente en las almohadas.

Adela arrojó las piernas fuera de la cama, y sentada en la orilla, desnuda y temblando, esperó el golpe fatal.

Teodoro, con los ojos extravisados, los puños tendidos, avanzó hacia los culpables.

Ellos no se movieron.

¡Miserables! rugió.

Rodolfo no alzó siquiera la cabeza: esperaba como el hijo de Abraham el golpe redentor.

Adela parecía una estatua.

¡Miserables! volvió á gritar, avanzando en actitud amenazante sobre su hermano.

— No, le dijo Adela, poniéndose de pie. Él no es el culpable. Soy yo. ¿No ves que he venido á buscarle? Hiéreme á mí.

Entonces su cólera no tuvo límites. La abofeteó con furia de patán.

Ella, en el furor del ultraje, dejó escapar el corazón por los labios.

— Te odio, le dijo. Te odio y te desprecio.

¿Crees que es el primero? Y una carcajada insultante, asesina, salió de sus labios temblorosos de cólera.

— Imbécil, le gritó.

A esta confesión inesperada, á esta lluvia de dicterios, Teodoro retrocedió pálido y mudo. Y, llevándose las manos á la cabeza, pensó si aquello era una pesadilla....

Luego avanzó hacia Adela, la tomó por los cabellos, y así, desnuda y temblorosa, la arrastró en pos de sí.

Llegados á su aposento cerró la puerta.

Adela tuvo miedo.

Aquel hombre estaba loco, tal parecía en el rictus tremendo de su boca, en sus ojos siniestros, en su actitud horrible.

— ¿Me odias? ¿me odias? dijo él avanzando lentamente.

Ella retrocedía.

— ¡Me odias, eh? ¿y crees que vas á deshonrarme impunemente? Ya verás....

Y, tomándola por la garganta, la oprimió contra el muro.

— Vas á morir, vas á morir, miserable, decía, y sus dedos contorsionados se cerraban como un anillo de hierro en torno á esa garganta divina.

Amoratada, los ojos desorbitados, sintiendo venir la asfixia, Adela comprendió que aquel hombre la mataba si no hacía un esfuerzo para reconquistarlo.

— Teodoro, Teodoro, dijo, no me mates.

Al sonido de aquella voz tan quejumbrosa y tan amada, retiró la mano, y miró asombrado, como quien despierta de un sueño.

— Teodoro, mi Teodoro, repitió ella ¿por qué quieres matarme?

Y, cayendo de rodillas, murmuró:

— Perdóname, perdóname, y tendía á él sus brazos suplicantes.

Teodoro se llevó las manos á la cabeza como si temiese la huída de su razón.

Ella, que no ignoraba el poder de sus hechizos sobre aquel hombre, aprovechó de su hebetamiento, y lanzándose sobre él, se prendió á sus labios.

Él la rechazó, pero ella fué tenaz, le ciñó los brazos al cuello.

Defendiéndose aún se apartó de ella, y á la aproximación de aquellos ojos amados, toda su pasión vino á él, su corazón demasiado lleno rebosó, y botándose sobre el lecho, hundiendo su frente en las almohadas, lloró como un niño á quien se castiga.

Adela se acostó á su lado, le echó otra vez sus brazos, le incendió con sus ojos, le enloqueció con sus besos.

Hizo ademán de apartarla.

Pero luego, á la impresión del primer beso, como si hubiera bebido el jugo del nefente en el cáliz de un jazmín, ebrio de aquel aliento perfumado y mortal, se dejó acariciar, se dejó besar y en el delirio de su carne abrazó y besó, y amó de nuevo...

Y los besos se sucedieron á los besos, y los abrazos á los abrazos, en tanto que Rodolfo, volviendo á la realidad de su desgracia, maldiciendo aquella mujer, fatal á su destino, fatal, como la confesión de belleza

oída bajo el pórtico de los Heraclidas, abandonaba aquella casa, y con su poeta preferido bajo el brazo, emprendía á pie el regreso á su pueblo, llenos de lágrimas los ojos, dada al viento la ondulosa cabellera por donde tan pronto había de tomarle la muerte, evocando la sombra de su madre á la luz espectral de las estrellas.

Era un vencido más de la Implacable Enemiga.

Todo le sonreía en la vida. Y la serpiente tentadora había venido á él para perderle.

¿Adónde estaba su ventura?

Había muerto al beso sacrílego sorprendido en los labios del Amor.

¡Otro destino trunco! ¡Otra alma herida!

¡Otra vida inocente, devorada por la gran destructora de hombres y de sueños!

Y mientras ella gritaba en los espasmos del placer, el poeta melancólico, perdiéndose en las brumas de una mañana invernal, se iba en busca de la muerte y del Olvido.

¡Oh, la Seductora!

*
* *

La cabeza en las manos sudorosas, clavándose las uñas hasta hacerse sangre, Teodoro meditaba en su infamia.

Y se debatía en los espantos de aquella alucinación terrible. Se hundía en la contemplación de aquella monstruosidad. Volaba en un abismo de fuego, como bajo las alas abiertas de un arcángel de castigo.

¡Sí, él había visto aquello! Él había visto á Adela, con los labios unidos á los de aquel niño adorable, en

una contracción de loba que desgarra el seno de la madre; él había visto sus grandes ojos de infierno, extravagantemente dilatados, en cuyas pupilas fosforescentes lucían fuegos extraños, visiones de sueños demoníacos, extasiarse hasta el espasmo en la furiosa posesión de aquel ser vencido; había visto sus dedos patricios acariciar aquellos cabellos, y recorrer como en un teclado aquel cuerpo de efebo, ensayando todas las voluptuosidades del tacto, todas las violaciones de la caricia, en exploraciones sacrílegas y viles; había visto la belleza excepcional de aquellas formas tan amadas, enroscarse en torno de aquel cuerpo, como serpientes hambrientas ahogando un cervatillo indefenso; y la había oído gemir de placer y sollozar de voluptuosidad, bajo aquel abrazo adolescente, llenando la estancia medio obscura con el relampaguear de sus pupilas ígneas, y los besos y las caricias, y el rumor sacrílego de su boca armoniosa y pecadora.

Sí, la había visto y no había saltado sobre ella como un tigre, y no la había matado como á una víbora, así, en la fiebre de la impureza, en el insolente comercio de sus carnes prostituídas.

Y, pobre hombre de Amor, furioso y torturado, había herido sin matar, castigado sin destruir, y cedido bajo los besos hasta la infamia del perdón.

Y, meduseado por aquel recuerdo, hebetado de horror, retrocedía ante el abismo inconfesado de su abyección.

¡Era imposible descender más bajo!

¡Sí, había perdonado!

Y vil, como todo el que ama, y cobarde como todo que teme perder al ser amado, había buscado dis-

culpa á su infamia, se había embriagado de caricias, y con lágrimas en los ojos, había vuelto á estrechar contra su corazón aquel cuerpo adúltero, á ampararse bajo el pabellón de aquella cabellera, estandarte de lujuria, á fundirse en un solo cuerpo, en un abrazo interminable...

Y, como el Sansón del Poeta, sobre las rodillas de Dalila, sintiendo la traición, acariciadora y tierna, descender en cada beso sobre su cabeza, decía también :

.... Trahis-moi, mais donne-moi tes yeux,
Donne-moi tes deux seins frais et délicieux,
Et ta beauté troublante ou se dissout mon être.

Y, ebrio de placer, se había dormido sobre aquel seno traidor, mientras su pobre hermano huía á morir de tristeza, y su gran voz de dolor, el grito de su corazón asesinado, su útimo canto de poeta, se perdía en el espacio silente, en la calma nocturna, en el gran cielo empurpurado por el rojo fulgor de las estrellas.

*
* *

Maestro : Vengo á tí.

Yo soy el hijo pródigo de tu afecto y busco tu corazón como el hogar.

Regreso de una larga travesía al país del Engaño y la miseria.

El miraje de la vida me perdió.

Engañado fuí como hijo de Adán, y castigado he sido como él.

He despertado en mi desnudez y estoy contrito.

Tengo vergüenza de la vida.

Vuelvo á tí, lacerado y medio muerto, en la espantosa desolación de mi existencia.

El Ideal, como á todos los hombres me ha mentido. Y el Amor, como á todos los hombres me ha engañado,

Maestro : En la tristeza de mi naufragio, en la palidez inconmensurable del horizonte, no hay sino una luz, y es tu recuerdo.

Enderezo hacia él mi nave abandonada.

Yo sé que tu corazón es una roca inconmovible y alta.

También las rocas son piadosas. Sin conmoverse prestan abrigo en sus entrañas heladas.

Yo voy hacia esa roca, no como el águila á la cima, sino como la ola al pie. Yo salvaré el escollo.

Maestro : Yo también fuí al bosque de los olivos y te besé con el beso de Judas. Y el rumor de ese ósculo ha llenado de tormentos mi vida, y ha aleteado sobre mi lecho de placer con el furor de un pájaro gigante y carnicero, me ha picoteado en el corazón y en las entrañas.

Te negué como Pedro al Cristo, y la GLORIA de aquella negación me empurpuró el rostro y me quemó la frente.

Los viles me aplaudieron. Mi descenso se llamó ascensión.

La reputación, que es la parodia de la gloria, ellos me la dieron.

Fugitiva y vil, duró lo que una vida de libélula. PALLENS FAMA.

Después, nos despreciamos mutuamente con el horror de la complicidad y el espanto del sacrilegio. Vengado fuiste.

El odio de los viles nos separó.

Me aislé entonces en el Amor, como un salvaje en su roca, como un cerdo en su piara.

Y el Amor me ha mentido.

Engañado fuí, vendido fuí ¡ oh, Maestro ! y deshonrado también.

La flor de perdición nacida en mitad de mi camino, dió sus frutos de maldicíon y de muerte, y mi vida, envenenada, se arrastra penosamente, en la agonía de un crepúsculo trágico.

Antes de entrar en la noche, vengo á tí. ¡Oh, consejero de mis días felices! Vengo á ti, no en busca del cariño, que sé imposible, vengo en busca del consejo.

Vengo á tocar no á tu corazón, sino á tus labios.

¡Ilumíname, oh Maestro!

La mujer por quien dejé el paraíso de mis sueños me ha vendido. El amor de mi amor me ha traicionado, y el fango rebelde de esa hembra salpica mi frente y las tumbas de mis padres.

Su atavismo trágico, su sangre envenenada, su herencia de prostitución, todo el virus de su origen, se ha rebelado en ella, la ha poseído, la ha embriagado, y loca de su cuerpo, aulla bajo el escozor de su cáncer incurable.

Y yo, enfermo de su mal, enamorado de su lepra, me revuelco á su lado, sobre el estercolero de su seno, sobre su vientre hambriento de un engendramiento de monstruos.

El Odio se alza como un vapor de muerte entre los dos.

Sí, ella me odia.

Nuevos amores han ocupado no su corazón, sino su sexo, y harta de mi carne me rechaza con desdén.

Por ella fuí infiel á la ciencia, á la amistad, al Honor, y ella me ha vendido.

De mi energía física, de mi energía moral, ella ha dado cuenta, y culpa esta debilidad que ella me comunicó con sus besos de fuego, y se venga, mariposa del infierno, prendiéndose con sus alas de llama á labios extraños.

Y el vírus que ha comunicado á mi cuerpo y á mi alma no se extingue. Yo la amo, y la deseo, y mendigo la limosna de sus besos y desfallezco entre sus brazos adúlteros.

¡Oh, infamia!

Y ya no se oculta para pecar.

Conocedora de mi debilidad, arrastra su belleza desnuda de lecho en lecho, mostrando á sus amantes de una hora las huellas de mis manos en sus carnes martirizadas, y contándoles cómo he cubierto después de besos esas cicatrices queridas.

¡Oh, estoy perdido!

El nombre de mis padres, ella lo lleva así, uncido como un trofeo á su carro vencedor de meretriz histérica.

Y el escándalo de su vida hace un halo de oprobio á mi cabeza.

¡Sálvame!

Yo muero de su sangre. ¡Oh, Maestro! ¡Sálvame!

Tu consejo será ley.

Ilumíname;

¡Oh, Maestro! Sálvame.

¡Sálvame!

Así habló el discípulo.

*
* *

Yo no sé tu nombre. Yo no sé tu falta.

Sólo sé que eres desgraciado y vienes á mí.

Te llamas Dolor. Eres mi hermano.

Bienvenido seas. Entra. No á mi corazón, que es la cámara de un muerto y cerrada ha sido para siempre. Llega á mi cerebro. El honor y la experiencia hablarán por mis labios.

No sé si me has traicionado ó me has negado.

El Cristo sintió el beso de Judas, porque el Cristo amaba. Yo no sé del Amor.

Yo no puedo ser traicionado, porque no me entrego. No puedo ser negado. Soy la negación.

No puedo ser herido. Soy la indiferencia. La indiferencia es la invulnerabilidad del Orgullo.

La medula de la indiferencia es el desdén. El desdén no perdona, porque no siente.

Te han vendido, porque has creído. El fondo del ser humano es la perfidia. El hombre es un animal rebelde al bien.

Amar a una mujer es amar el sueño que el corazon se ha hecho de ella. Y tu sueño se ha desvanecido. El áspid dormía bajo el acanto y mordido fuiste. No sanarás.

Sólo la sangre de la víbora cura la herida mortal. Quien díce mujer, dice ingratitud.

La mujer es el niño doce veces impuro de que habla el Poeta. Ser ondeante, móvil, inasible, el olvido está en su temperamento, como la flexibilidad en el cuerpo de la vipera. Y hace el mal con la inocencia en los ojos y la paz en el corazón. El mal está en su naturaleza, como el veneno en el jugo de ciertas plantas.

Ella lo ignora. Esparce el mal como la planta exhala su perfume. Es inconscientemente trágica.

No la culpemos. Es su destino.

¿Sabe el veneno por qué mata, el huracán por qué destruye, el fuego por qué consume?

Intoxicado has sido y quieres salvarte.

No obtendrás la vida sino en cambio de la muerte.

¿Qué harías si agonizaras bajo una tigre?

Puesto que unido estás á esa mujer y su podredumbre te gangrena, corta el miembro dañado: Mátala.

Es la fagedenia de tu nombre y de tu vida: extírpala.

Puesto que te mata: mátala.

Es un caso de legítima defensa.

Esa mujer es tu dolor: mátala.

Esa mujer es tu deshonra: mátala.

Esa mujer es tu tristeza: mátala.

Si puedes acabar con tu dolor, con tu infamia, con tu amargura ¿por qué no lo haces?

¿Qué hay entre el porvenir y tú? Esa mujer : suprímela.

¿Qué hay entre la ventura y tú? Esa mujer : elimínala.

Eres un ciego y ella es tu nube : arráncala.

Matalá, mátala. Ese es tu deber.

Acosa la víbora. Mata el crótalo ponzoñoso.

Mátala.

Y, si toda la dignidad ha muerto en tí, si nada queda del hombre, si tu alma es un desierto, si eres un infame y no tienes valor para matarla, entonces : Mátate.

Mátala ó mátate. He ahí el dilema.

No hay manera de salir de sus límites estrechos.

Cuando la vida es un dolor, el suicidio es un derecho. Cuando la vida es una infamia, el suicidio es un deber.

El suicidio es siempre una virtud.

¡Cobardía! Así lo llaman los cobardes, que buscan una disculpa á su infamia de vivir, y apellidan valor la vergüenza de su vida.

Según ellos, vivir es una acción distinguida de valor, y el mundo está poblado de valientes.

El valor que tiene miedo de la muerte ¿es el valor?

Saber vivir es ciencia vil. Saber morir..... THAT IS THE QUESTION. Vivir es un instinto animal. Pero morir, morir por sí mismo, ¿eso qué es? Romper con el instinto de conservación, con el miedo de la bestia, instinto salvaje y cruel, por el cual se cometen todas las claudicaciones de la vida, dar un puntapié al mundo, volver el rostro al sol, y desafiando á Dios entrar sereno en la sombra por la única puerta que la dignidad ha dejado abierta : eso es el suicidio.

La rebeldía al dolor, á la debilidad de las lágrimas, á las humillaciones del sentimiento. La rebeldia á Dios : eso es el suicidio.

Decirle á esa potencia ciega, inexorablemente muda. Tú has creado el dolor, yo escapo de él. Tú has creado la

muerte como un castigo ; yo voy á ella. Tú no puedes herirme. Eso es el suicidio.

Correr hacia la muerte y desafiar á Dios, ¿es cobardía?

¡Oh valerosos gamos de la vida, liebres que criticáis al león que muere, habladle de valor en su agonía!

¡Cerdos que en las delicias de la piara, no comprendéis al águila que huye á perderse en la bruma silenciosa, quedad en vuestro fango tumultuoso esperando el cuchillo destructor!

Cuando está la ventura de por medio matar es un derecho.

Cuando no se tiene el valor de ese derecho, matarse es un deber.

Entre esa mujer y tú, el dilema está planteado: Mátala, ó mátate.

Mátala, habrás recobrado la dignidad de tu vida.

Mátate, y te habrás redimido con la dignidad de tu muerte.

Mátala ó Mátate.

Así habló el Maestro.

*
* *

Aquel día, cuando la vieja sirvienta que había encanecido al servicio de sus mayores, y tenía para él algo como de los privilegios de una madre, vino á despedirse, anunciándole que abandonaba la casa, y haciéndole con lágrimas en los ojos la relación de su deshonra, que él se empeñaba en no ver, sintió el estupor de las horas trágicas... Y lloró desesperado y mudo.

Sí, la antigua sierva se iba, porque no podía continuar viendo hecha una casa de vicio, la que ella había

visto como templo de la virtud austera. Le parecía que la sombra de sus amos se alzaba para acusarla de su silencio.

Y había revelado todo, con la indignación ingenua de las almas sencillas.

Y ella contó cómo allí los amantes se sucedían á los amantes, las citas á las citas; cómo desde el lecho conyugal hasta los bosques vecinos, nada escapaba á la mancilla del adulterio.

Cómo aquel mismo día, y en ese mismo instante un amante era esperado, como siempre que Teodoro iba á la ciudad, y su honor era violado dentro de los muros mismos de su casa.

No quiso oir más. Vió rojo, rojo como de sangre y entrañas apuñaleadas. Sintió una de esas rebeliones que conmueven los sentimientos más fuertes. Uno de esos arrebatos que deciden de la vida de un hombre.

Y el consejo de su Maestro, con un rumor de tempestad, le sonaba en los oídos: ¡Mátala! ¡Mátala!....

Así, con la misma insistencia con que antes le había gritado: ¡Sedúcela! ¡Sedúcela!

¡Mátala! ¡Mátala! parecían gritarle sus padres desde el fondo de la tumba.

¡Mátala! parecía gritarle su hermano fugitivo y moribundo, por el beso de aquella Circe engañadora.

¡Mátala! parecían gritarle los amigos que propalaban su deshonra.

¡Mátala! parecían gritarle los hombres que sucumbían bajo aquellos besos de fuego.

¡Mátala! le gritaba su derecho.

¡Mátala! le gritaba su honor.

¡Mátala! le decía el instinto de su propia conservación.

Y ebrio de dolor, loco de ira, dejó la ciudad y se dirigió á su casa, con esa sed insaciable, que los maridos engañados tienen por ver su propia desgracia.

Dejó su caballo en una venta cercana y entró á pie por potreros y dehesas.

La casa estaba solitaria. El escaso servicio había ido al pueblo, por ser día de mercado.

Adela los había licenciado á todos.

Con su revólver en la mano, pálido, al parecer sereno, Teodoro entró por las habitaciones del servicio.

¿Que secreto presentimiento, qué espionaje, qué ruido lo denunció?

Lo cierto es que al llegar á su despacho, que por ese lado comunicaba con la alcoba de su esposa, sintió un ruido en el patio, y vió un hombre que montaba apresuradamente á caballo y partía...

Abrió la ventana y disparó sobré él..

¡Uno! ¡Dos!... Las balas sonaron en el empedrado, y el bruto herido partió con el jinete.

Teodoro entró al cuarto de Adela.

Todo lo veía rojo como una comarca Erytrea.

Adela, que había sentido los disparos, se había arrebujado entre las sábanas, temblorosa, sintiendo llegar su última hora, como el avestruz esconde su cabeza bajo el ala, creyendo escapar así al tiro del cazador.

Sus ropas yacían al pie del lecho, como la piel de una serpiente á la puerta de su cueva, y sobre la silla cercana, su camisa bordada de encajes primorosos, sus calzones llenos de cintas y bordados, sus medias rojas, como banderas de combate.

Teodoro avanzó hacia ella, y tocándola fuertemente en el hombro, le gritó: ¡levántate!

La adútera no se movió. Bajo la tienda inviolada de sus cabellos ocultaba su vergüenza.

Teodo arrebató entonces las ropas del lecho, y ella apareció recogida y desnuda, como una perla en el fondo de una concha marina.

Él cerró los ojos. La obsesión de aquellas carnes cegadoras lo tentaba.

— ¡Álzate! le gritó con voz ronca, como si temiese sucumbir á la tentación.

Y viendo que no se movía, la tiró fuertemente del brazo.

Adela se puso de pie, confudida, medrosa, deslumbrante, en la euritmia luminosa de sus encantos desnudos.

Así, pérfidamente triste y sugestiva, como debió estar Eva ante Jehová, cuando él la interrogaba del pecado, antes de que su vientre fuera maldito y su raza herida por el dolor y por la muerte.

Teodoro, con una calma que no habría creído hallar en sí, la interrogó.

Ella no osó disculparse.

Su altanería, su desenfado, todo desapareció ante el miedo de la muerte.

Teodoro le hizo todos los reproches imaginables, la culpó de su juventud perdida, de su vida, rota, de su nombre mancillado.

Ella no respondía nada.

Embriagándose con el ruido de sus palabras, con el recuerdo de sus afrentas, Teodoro sintió que la cólera lo embargaba de nuevo, y temió ser brutal. No quería deshonrar la justicia.

Quería matarla, no ultrajarla.

Ella sintió la muerte, en la extraña turbación de

aquella voz, en el temblor que agitaba la mano en que su marido tenía el revólver, aun humeante.

Miró á todos lados, como queriendo escapar.

No vió posibilidad ninguna, y toda su debilidad de mujer estalló entonces.

¡ Pobre Eva, inocente de las mancillas de su carne y de los instintos de su cuerpo !

Cayó de rodillas, extendió los brazos, clamando:

— ¡ Perdóname ! ¡ Perdóname !

Y de sus ojos lánguidos, como la lluvia del fondo de un cielo triste, corrió un torrente de lágrimas.

Teodoro cerró los ojos : no quería ver.

La turbación del Amor, del deseo, de la piedad, subía á su corazón en ola vibradora. Sentía que iba á ser vencido...

No tenía la fuerza de matarla.

Arrojó el revólver lejos y se llevó las manos á la frente.

Después, extendió la derecha para levantar á Adela que permanecía arrodillada.

Ella la tomó suavemente y la llevó á los labios.

Teodoro la rechazó, y tembloroso, no queriendo mirar aquella carne, que era su deseo, su tentación, su muerte, tomó á Adela por la gran selva de sus cabellos, para que éstos le libraran del contacto de la nuca, y la impulsó ante él.

Ella, viéndole desarmado, no tuvo ya miedo, y marchó cabizbaja y sollozando.

Así salieron al gran salón y lo atravesaron.

Los espejos parecían vibrar al encanto de aquella visión paradisiaca; la flores del tapiz parecían alzarse para besar en las plantas desnudas, aquella flor de carne más bella que las rosas tropicales; los Adonis

del *plafond* parecían querer desprenderse para volotear en torno de ella, creyendo que era su madre Venus que volvía de Citerea; sólo los retratos de familia, graves y austeros, parecían apartar la vista con horror de la Adúltera que mancillaba su prosapia.

Llegados á la puerta de cristales que da sobre el corredor, Teodoro la abrió violentamente.

Un rayo del sol poniente, rubio y cariñoso, bañó de fulgores aquel lirio humano, que ofrecía su desnudez á los besos de la tarde.

Grave, digno, como si todo el dolor de su pasión le subiese á la garganta, Teodoro empujó á Adela bajo el dintel, diciéndole.

— Has matado mi ventura. Has acabado mi vida.

— Vete de esta casa que mancillas. Yo no te mato. Te expulso.

La empujó violentamente hacia afuera, y cerró la puerta.

Adela cayó, doblando una rodilla, y se alzó después muda, asombrada, ante aquella puerta implacablemente cerrada para ella.

¡Pobre ser de Amor y de vicio! Todos los recuerdos de su felicidad pasada se alzaron ante ella, en esa hora triste, en que una cólera noble y justa la arrojaba para siempre de su hogar.

No intentó volver á entrar.

La soledad y la libertad se extendían ente ella.

El crepúsculo de una tarde azul, de un pálido azul color de lila, llenaba el horizonte de tonos diáfanos, y envolvía el paisaje en gasas vaporosas y lontananzas de miraje, en la calma soñadora de una acuarela inconclusa.

Adela miró en torno suyo: estaba sola

Contempló el horizonte, la belleza del paisaje la enterneció.

Miró á lo lejos, y pensó acaso en la ceja de monte, en la choza de campesinos, que ampararía su desnudez.

Bajo el peso de su desgracia y de su oprobio, la adúltera atravesó el jardín que las sombras teñían de tonos glaucos, y en el cual los ánades pensativos se asombraban de ver algo más blanco que ellos, perderse en la avenida silenciosa, con el fulgor de un rayo de luna en la penumbra.

Llegada á la gran verja, se detuvo un momento.

El camino estaba solitario.

Lo atravesó, ligera como una corza blanca que huye de la jauría.

Y entró en la llanura monótona, somnolienta, donde bueyes calmosos miraban con ojos de asombro desfilar como un fantasma la sombra dolorosa de la adúltera.

Y se perdió en las vagas lejanías, en los senos obscuros de la noche...

*
* *

Cuando Teodoro cerró la puerta, se sintió como si hubiese cegado de repente, cual si le faltase el aire respirable, y le hubiesen arrancado el corazón.

Comprendió toda la miseria de su vida: amaba aún á aquella mujer, la amaba siempre, la amaba así impura, así torturadora, así infiel.

Alejado de ella, se sentía morir en la soledad absoluta, en el anonadamiento completo de su corazón y de su alma.

Y tendía las manos hacia la puerta, y abría los labios como para llamar á la Adorada. ¡ Tan bella en la perfección divina de sus formas ! Tan provocativa en su desnudez ! ¡ Cuán seductora en las lágrimas !

Y llevaba las manos á la boca, y se mordía los puños para ahogar su grito de dolor, y batía su cabeza contra el muro para matar aquel pensamiento tenaz.

Tuvo vergüenza de tanta bajeza.

Se apartó de allí como de un lecho de muerte, y fué á su aposento.

Miró á través de los cristales el paisaje ya nocturnal y vago. La silueta de Adela, radiante, noctiluca, se perdía allá, en el límite del valle, tras la arboleda sombría.

¡ Se iba ! ¡ Triste bajo la maldición ! ¡ Bella bajo el castigo !

¡ Y se iba ! Y no volvería á estrecharla contra su corazón, á cubrir de caricias aquel cuerpo que doraba el sol poniente, á mirarse en los lagos de sus ojos, á quemarse en las llamas de sus labios. ¡ Y se iba !... Y otros hombres gozarían esa belleza que había sido el culto de su vida. ¡ Y solo él, en su miseria, estaba proscripto de aquel reino ! ¡ Sólo él no podía acercarse sin deshonra á aquella diosa, tender su mano hacia aquel lirio, que se perdía como un fulgor, allá, en la ceja de monte que limita la llanura ! ¡ Oh, supremo tormento de su vida !

Un grito de angustia en que lloraba toda su alma desgraciada, se escapó de su garganta.

Se anonadó en un inmenso dolor. Sufría como si le hundiesen lentamente un cuchillo en la garganta. Y extrañaba no morir en este supremo estremecimiento de su alma asesinada.

Torturado, roto, vencido por el esfuerzo y el dolor, se dejó caer sobre un sofá, y quedó allí, hundido en uno como hebetamiento pavoroso, vecino del idiotismo y de la Muerte...

*
* *

Volvió en si, ya muy tarde de la noche.

Se despertó solicitado por su dolor, como un herido por el escozor de su llaga. Y halló de pie el problema espantoso de su vida. Como un náufrago que abre los ojos entre el torbellino de las olas, así se vió él, en la inevitable catástrofe sombría.

— ¡Adela! ¡Adela! gritó como esperando verla venir hacia él, diciéndole que todo había sido una pesadilla horrible.

— ¡Adela, Adela!

La obscuridad aumentaba su angustia.

Encendió luz y miró en torno suyo.

Allí estaba el lecho con la forma aún del cuerpo amado : *grande meretrici avi spatium.*

Allí estaban sus vestidos todos, posesores de sus secretos de íntima belleza.

Y fué sobre ellos, y hundió su cabeza en la seda, en los encajes, en la batista inmaculada, de aquellas ropas interiores, impregnadas de ese extraño embriagador perfume que esparce el cuerpo de una mujer joven y sana. Y besó objeto por objeto, con un culto fanático y rabioso, y lloró sobre ellos como sobre el lecho vacío de un muerto amado.

Se reclinó sobre la almohada que conservaba aún la huella de la cabeza querida, y la besó con pasión, y la mordió con furia salvaje, y la desgarró como si fuese el seno de una querida cruel, cuyo corazón se cabus.

Y sollozaba sobre aquellos restos de su Amor, como aulla en la noche un perro fiel, tendido sobre la sepultura de su Amo...

El Amor enloquece como el lotus.

Perdido en las tinieblas de su dolor, ansioso de más luz, encendió todas las lámparas, todas las bujías, y el cuarto se iluminó como de una gran llamarada roja.

Entonces abrió los armarios, los cajones de las cómodas, los *necesaires*, é hizo una dispersión de los objetos de la amada fugitiva. Sedas, blondas, encajes, joyas, plumas, cintas, se esparpillaban, lucían, brillaban, centellaban, en una feria de colores, en un prisma magnífico y radiante.

Y parecía que el alma de aquella mujer liviana y bella vagara allí, entre sus objetos queridos, voloteando como un pájaro del cielo entre sus joyas dispersas, sus cintas multicolores, el cristal de sus pomos cincelados, sus plumas níveas, y los frascos abiertos de sus perfumes preferidos.

Y Teodoro evocaba recuerdos en cada objeto, tal traje, tal joya, tal cinta, eran estrofas de un poema, ya acabado, de un idilio ya muerto...

Y, entre aquellos restos de su ventura, presa de alucinaciones mórbidas, evocaba como un fantasma de Amor, la Idolatrada inolvidable, buscaba las resemblanzas fugaces, se enloquecía en las ardientes reminiscencias de aquellos labios con olor de fresas maduras, de los sueños sorprendidos en la mirada de aquellos ojos límpidos, de un azul metálico sin nubes.

¡ Oh, la fragilidad de la ventura !

Como una bandada de cigüeñas, bajo la triste luz de un día boreal, huían así sus recuerdos venturosos.

El perfume de un frasco de lilas blancas acabó de

perturbarlo : era el perfume perferido de Adela.

Tomó el frasco y regó el contenido por el cuarto, que se impregnó pronto de un aroma turbador, como de seno de mujer, ataviada para una fiesta.

Al abrir una caja de guantes, retrocedió, pálido, como si hubiese hallado en ella una víbora enroscada ; allí estaba el retrato de Adela, toda desnuda ; retrato que por complacerla había hecho él mismo, en una pequeña máquina suya.

¡ Allí estaba la flor de su pecado! Allí se alzaba su tentación, su lujuria, su sueño envilecido. Allí venía á tentarlo de nuevo. Así, con su desnudez de estatua, con su espantoso impudor pagano.

Y aquel retrato exacerbó su frenesí casi hasta la locura.

¡ Adela, Adela mía! gritaba, bañado en lágrimas.

Y veía con espanto que no podía vivir sin ella.

Aquella mujer le había inoculado su veneno, y aquel Amor era su vida.

No había lugar sino para ella en su corazón, para ella en su memoria, para ella en su alma.

Cerraba los ojos como para no verla, y en el fondo de su mente, en un paisaje azul como de sueño, con su belleza imperiosa y desnuda, sembradora de impúdicos deseos ; con su impureza armoniosa y felina de pantera joven ; con la sinfonía rítmica y la ondulación serpentina de sus formas de Salomé sugestiva y triunfal ; con la sonrisa enigmática y dominatriz de su boca incitativa y perversa ; con sus ojos de siria mágica, llenos de fulgores y encantamientos ; con su cabeza de joven reina bárbara, bajo sus cabellos soberbios, estrellados de narcisos, surgía radiosa la

visión pertinaz y terrible de aquel lirio de pecado, de aquella flor del vicio, que había envenenado su vida y hecho volcar el carro de sus sueños.

Y tendía los brazos á la visión maldita, y la llamaba en su dolor.

En su locura pavorosa, comprendió bien el horror de su suerte. No podía vivir sin aquella mujer.

Ni con ella, ni sin ella, tal era su dilema.

Abrió el balcón y miró la gran noche silenciosa. La calma del cielo le exasperaba. La Naturaleza es cruel en su inmutable indiferencia para el dolor humano.

Largo tiempo estuvo silencioso, mirando el abismo del cielo y el de su alma.

Después, entró sereno, cuasi tranquilo, como si hubiese dominado por completo la tormenta de sus pasiones.

Escribió largo tiempo.

Luego apagó todas las luces, se desvistió, se acostó en su lecho, y sin precipitación, sin miedo, cuasi sonriente, puso su revólver sobre el corazón, y disparó.

Quedó muerto.

Había pagado con su vida la locura de su Amor.

* * *

Un rayo de alba muy pálida anunció el día.

Más tarde un torrente de luz entró por la ventana.

El fulgor del sol pasó jugueteando en la seda y el *moiré* de los trajes extendidos, en los zafiros, los brillantes, los rubíes de los joyeles abiertos, en las plumas, en las cintas, en los frascos, y pasó acariciando la frente del muerto, que estrechaba contra los labios el retrato de la mujer desnuda, en su último beso de deseo.

Y sobre esas cintas, esos encajes, ese muerto, se alzaba la figura radiosa de Adela, en su retrato al pastel, prendido al muro, vestida en traje de baile, sonriente y feliz, con sus ojos aterciopelados y glaucos, su sonrisa enigmática y cruel, su garganta de Juno, desnuda hasta los hombros, soberbia, augusta, en la plenitud de su Imperio, en el reinado indiscutible de la Belleza y de la Muerte.

¡ Soberana y triunfal en el esplendor de su última victoria !...

¡ Salve, la Vencedora !

*
* *

Ya la tarde invernal se iba extinguiendo sobre la gran Lutecia bulliciosa.

En el Salón del Maestro, la sombra gris tomaba contornos negros, en los cuales temblaban los reflejos de un fuego prematuro.

El *Maestro* estaba solo.

Había regresado de su gran viaje.

La India le había mostrado sus bosques sagrados, la China sus pagodas, el Egipto sus pirámides, Palestina sus desiertos, Jerusalem su histórica colina, Delfos su templo, Atenas sus propíleas.

Y había regresado por Italia, para reposar su vista en los puros horizontes del Arte, en la visión de la inmortal Belleza.

Una gran tristeza le poseía.

El desencanto de las almas superiores pesaba sobre su espíritu soberbio.

Hálitos de las victorias contrarias mesaban sus cabellos, evaporaban sus sueños, y le sepultaban vivo en los escombros de sus quimeras muertas.

Su Ideal se derrumbaba, produciendo en el alma estruendos de catástrofe.

Y las cenizas de su gran sueño lo llenaban todo.

El huracán de las derrotas había borrado en torno suyo las huellas de sus últimas visiones.

Era un éxodo de mitos. Todos sus dioses morían en la agonía brumosa de ese crepúsculo gris.

Como águilas moribundas, todas sus quimeras le miraban tristes, desde las cumbres desoladas, donde agonizaban, hoscas y trágicas. ¡ Los Pájaros Sagragrados !

Todos sus anhelos se plegaban mustios, como una floración de lilas pálidas, marchitas por el aliento de fuego de las Victorias aladas que pasaban sobre ellos.

Herido estaba como Job, en un estercolero de sueños.

Nada igualaba á la soledad inconmensurable de su alma. Nada turbaba el silencio de ese desierto. Ni un soplo de pavor turbaba la quietud de aquel misterio.

Dios, muerto en aquella alma, no extendía sobre ella el ala, como Arco Iris de Esperanza.

El pensador indomable había vuelto su espalda al mito formidable, y no quería alianza entre su pensamiento y la quimera.

Rebelde como Luzbel, no pactaba con el cielo.

Y menos con el fango de la tierra.

El Abismo tendía hacia él sus dos manos y lanzaba su grito formidable : *Abyssus dedit vocem. Altitudo manus suas levavit.*

Como el esqueleto que en el cuadro de Goya levanta la piedra sepulcral, y escribe con sus falanges descarnadas la inabarcable palabra : *¡ Nada !*

Así se alzaba ante él todo su pasado de lucha.

Había combatido contra los mitos. Y dioses formidables imperaban en la conciencia humana.

Había combatido por la Libertad. Y el Despotismo más oprobioso envilecía los hombres.

Había combatido por el Derecho. Y el triunfo era de la Fuerza.

Había predicado contra el Amor. Y su discípulo querido, su *chef d'œuvre*, acababa de morir devorado por el Monstruo.

¿Había ido pues á la conquista del desierto?

Y releía la última carta de Teodoro, carta valerosa y triste, en la cual se despedía de él para siempre, momentos antes de entrar en la sombra eterna.

Maestro, te obedezco, te bendigo, y muero.

Así decía el suicida.

Se puso en pie, y anduvo en la sombra, como si temiese tropezar con los jirones de sus sueños desgarrados, que caían sobre él como una lluvia de nieve y de alas, con la pureza impecable de la escarcha y de la tumba.

Llegó frente al fuego que proyectó su extraña silueta sobre el muro enrojecido.

Y allí sintió lo que nunca había sentido : estuvo triste. ¡ Triste como el Cristo en el huerto de los Olivos!

Tuvo vergüenza de su tristeza, vergüenza de la vida, y arrojó á las llamas la carta del suicida.

Las hojas se extendieron blancas, como hojas de un nenúfar que se abre al sol, se ennegrecieron luego, como anémonas de Octubre, se incendiaron como áspides, chisporrotearon, llamearon, y se evaporaron al fin, en una luz azul color de sueño.....

Y viendo apagarse la última llamarada que consumía la carta del discípulo, sintió renacer todo su odio

contra la pasión imbécil, y extendiendo sus puños al espacio, exclamó.

¡Oh, Acaso, formidable é inexcrutable, fuerza ciega, creadora y destructora, que llevas las olas de la Vida á romperse sobre riberas ignotas! ¿Dónde, dónde termina el poder de tu marejada misteriosa?... ¿No cesa nunca la inexorable crueldad de tu reinado?

¡Oh Destino! ¡Oh Destino! ¡Quién pudiera vencerte en la batalla que anunció bajo el buitre Prometeo! Muero de la nostalgia de tu muerte.

¡Oh, Humanidad débil y cobarde! ¿No te pondrás nunca de pie? ¿No escalarás jamás el cielo con la antorcha redentora en la mano, la antorcha que desvanece las sombras y los dioses? ¿No los expulsarás nunca? ¿Prefieres temblar bajo ellos?

¿No serás nunca libre? ¡Oh Humanidad!

¿Dónde terminan las fronteras de tu abyección vergonzosa? Enrojezco de ver que no enrojeces.

¡Oh corazón, entraña miserable, esclavo del amor! ¿Hasta cuándo deificarás el lodo y servirás de pedestal á la Diosa Implacable, que marcha sobre un tapiz de almas y de sueños?

¡Oh amor, Tirano Inexorable!

¿Nunca el hombre será bastante fuerte para acabar con tu Imperio, arrebatarte el cetro, quitarte el dominio de las almas, y desterrarte para siempre de la vida?

¡Tu reinado es eterno, como el Mal!

¡Oh corazón, oh Humanidad, oh Amor!

¡Malditos seáis!

Y sus manos se crispaban de disgusto y de cólera y exclamaba:

¡Oh Amor! ¡Oh Amor! ¡Maldito seas!

Y en el aire calmado vibraba la maldición tremenda ¡Oh Amor! ¡Maldito seas!... En tanto, allá á lo lejos, en la ciudad tumultuosa, tocaban las campanas, se abrían las puertas de los templos, fulguraban los cirios, y la obscura y estulta multitud de las almas, salmodiando plegarias, iba hacia los altares de sus ídolos á prosternarse al pie de sus deidades impasibles... ¡El triunfo del Mito!

Y, abajo, en la gran luz de París iluminado, la muchedumbre gozosa, feliz, ebria de vida, loba hambrienta de la carne, corría en su peregrinación tumultuosa á prosternarse ante los altares de sus dioses amados, de Eros y Afrodita, cantando como en un coro de Menades: *¡Evoeh! ¡Evoeh! ¡Evoeh!...* ¡El triunfo del Amor!

. . . .

El crepúsculo gris se había hecho negro, y en la invasión creciente de la sombra, la figura del gran rebelde se proyectaba enhiesta en la tiniebla, estremecida en la difusión rojiza de la hoguera, como la sombra de un murallón intacto entre las llamaradas del incendio, como la silueta del farallón gigantesco, en noche de borrasca, batido por las olas, cubierto por la espuma, coronado de nubes y de rayos.

FIN

ÍNDICE

